Defectivo lacks pp 17-32

Eugenio Garcés Obregón

VIDA

del

P. Miguel Agustín Pro

de la C. de J.

1930

ALMA COLLEGE LIBRERIA DE LA REVISTA CATOLICA Alma, California
IHS
EL PASO
TEXAS

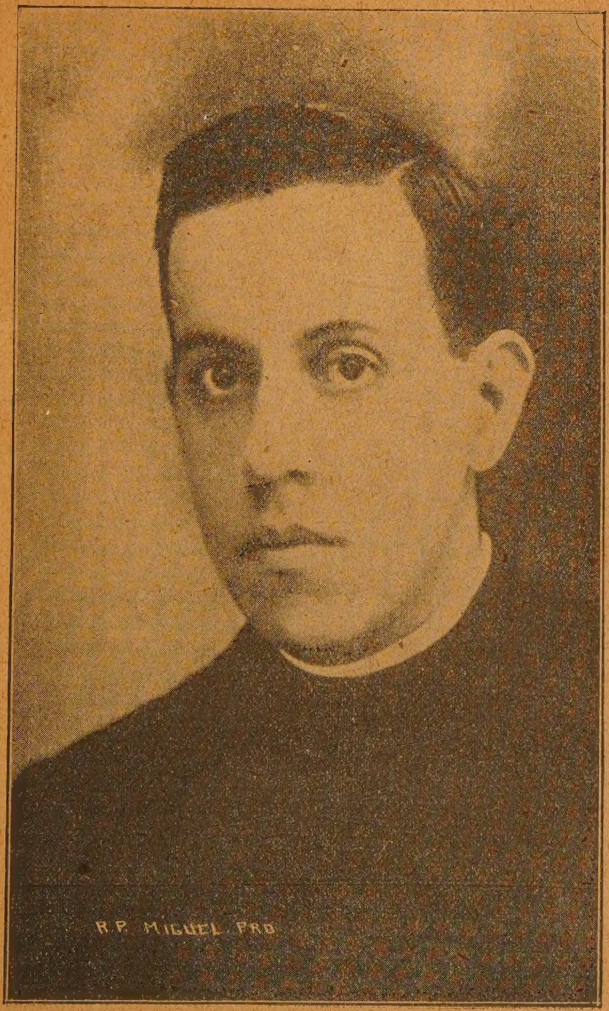
ALMA COLLEGE
060.97
LIBRARY
P94G
Alma, California

33142

Nihil obstat
Carolus M. Mayer S.J.

Imprimi potest
L. V. S.J.

Imprimatur
Paschalis Díaz S.J.
Archiepiscopus Mexicanus.



Rev: P. Miguel Agustín Pro S.J.

Advertencia preliminar

LAS circunstancias han hecho que esta sencilla relación salga quizá tarde, tres años después de la muerte del P. Pro. Fuera de nuestro México hay ya varias "Vidas" del mártir, muy bien escritas, mereciendo la palma por su extensión y copia de noticias la del P. Antonio Dragón S. J., en francés, la cual está en su tercera edición.

De ella y de las demás algo hemos tomado para la nuestra, pero las principales fuentes de que nos hemos servido son estas:

Para el primer capítulo, la relación del padre de nuestro héroe.

Para los siguientes, en que se refiere su vida religiosa en la Compañía de Jesús, las cartas, relaciones, recuerdos de sus compañeros.

Para contar su vida de ministerios, las cartas del mismo P. Pro, y, finalmente, para dar cuenta de los últimos y más gloriosos acontecimientos de su existencia terrestre, de la fidelísima narración de su hermano Roberto y de lo que testigos oculares muy seguros nos han contado o escrito.

Quiera Dios, por intercesión de quien por El dió la vida, hacer que se aumente cada día la devoción que el pueblo cristiano tiene al P. Pro, y el bien espiritual que esa devoción procura, únicos objetos que en esta primera edición popular nos propusimos, reservando para más tarde un es-

tudio más concienzudo y documentado sobre algunos puntos, principalmente acerca de los hechos milagrosos cuya cuidadosa investigación crítica hubiera retrasado más aún la publicación del libro.

Protestamos que todas las veces que llamamos a alguno santo o mártir, cuando hablamos de milagros, etc., no es nuestro ánimo prevenir el juicio de nuestra Madre la Santa Iglesia, a la cual en todo y por todo nos sometemos.

I

PRIMEROS AÑOS.— (Guadalupe, Zac.—México.— Concepción del Oro.— Saltillo.) — 1891-1911

A unos ocho kilómetros de la ciudad de Zacatecas, capital ahora del Estado del mismo nombre, y Real de Minas afamado en otro tiempo, está situada la Villa de Guadalupe. Tomó su nombre de un famoso Santuario que fué cedido a los Padres Franciscanos, los cuales, capitaneados por el Venerable Fray Antonio Margil de Jesús, fundaron allí el año de 1707 un "Colegio Apostólico de Propaganda Fide."

Hacia mil ochocientos ochenta y tantos era uno de los capellanes del Santuario el padre Crisóstomo Gómez, franciscano exclaustrado, y vivía con su hermana Doña Eduviges en una casa situada en la misma plaza el Convento. La excelente mujer, llamada por todo el pueblo "mamá Bibi" había recogido y cuidado a unos simpáticos sobrinitos suyos, huérfanos de madre. Entre ellos, Josefa Juárez, fué creciendo a la sombra de la anciana hasta llegar a ser

un mujer cabal, sólidamente cristiana como lo mostraron más tarde los hechos.

No lejos de la Villa se halla la hacienda del Maguey propiedad de D. Manuel Gordoa, la cual estaba administrada accidentalmente por el ingeniero de minas D. Hilario Pro. Uno de los hijos de éste, Miguel, vió a Josefa Juárez, prendóse de ella y contrajo matrimonio el 6 de marzo de 1886 no sin gran disgusto de mamá Bibi que era enteramente refractaria a semejante estado. Sin embargo, era tanto el cariño que profesaba a su sobrinita que apenas supo que estaba enferma, cuando obligó a ambos esposos a vivir en la propia casa de ella y allí nacieron los primeros hijos, entre ellos Miguel Agustín que fué el tercero. Le habían precedido en el mundo María Concepción y María de la Luz, que aún viven, y le siguieron otros ocho de los cuales viven sólamente tres: Ana María, Edmundo y Roberto (1).

Nació Miguel Agustín el trece de enero de 1891 y fué bautizado el 16 en el Santuario de Guadalupe por el Padre Luis Piedras capellán de la hacienda del Maguey, siendo padrinos sus abuelos paternos D.

(1)—He aquí la lista completa de los once hijos del matrimonio Pro-Juárez: 1) María de la Concepción; 2) María de la Luz; 3) José Ramón Miguel Agustín; 4) Josefina, (murió de 13 años;) 5) Ana María; 6) Edmundo; 7 y 8) Amelia y Amalia, gemelas que murieron pequeñas; 9) Alfredo que murió a los dos años y medio; 10) Humberto; 11) Roberto.

Hilario Pro y Doña Ricarda Romo. He aquí la fe de bautismo:

Al margen dos sellos, uno de la Parroquia y otro del Obispado.

"Yo, el Presbítero José Campos, Cura amovible de la Parroquia de Guadalupe de Zacatecas,

CERTIFICO: que en el libro No. 5 de bautismos administrados en la entonces Vicaría de la Parroquia del Sagrario y en la actualidad Parroquia de los Sagrados Corazones de Jesús y de María en esta Villa de Guadalupe de Zacatecas, en la foja (135) ciento treinta y cinco, frente, se encuentra una partida del tenor siguiente:

En la iglesia de María Santísima de Guadalupe, ayuda de Parroquia del Sagrario, a diez y seis de enero—1891—: Yo, el Presbítero Luis de las Piedras, previo permiso del Sr. Vicario bauticé solemnemente y puse los Santos Oleos a JOSE RAMON MIGUEL AGUSTIN, de tres días de nacido en Guadalupe a las dos y cuarto de la tarde; hijo legítimo de Miguel Pro y Josefa Juárez; abuelos paternos: Hilario Pro y Ricarda Romo; maternos: Nicanor Juárez y Antonina Murguía. Padrinos Hilario Pro y Ricarda Romo, a quienes advertí su obligación y parentesco espiritual. Y para constancia lo firmé.— Por muerte del Señor Vicario Fr. Jesús R. Sánchez y con autorización de S. Sría. Ilma. J. Guadalupe de J. Alva.— Rúbrica.

Es copia sacada fielmente de su original.

Guadalupe de Zacatecas, agosto 16 de 1930.

(Firma) Pbro. **José Campos.**

Ciudad de Ntra. Sra. de los Zacatecas, 19 de agosto de 1930.

Certificamos que la firma anterior, del Sr. Pbro. D. José Campos, Párroco de Guadalupe, es auténtica.

El Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo, Dr. D. Ignacio Placencia y Moreira, así lo decretó y firmó.— (firmas) El Obispo. Rafael Domínguez.— Cancelario."

Los primeros años de su vida los pasó en la capital de la República, adonde fue siendo de pocos meses, y en Monterrey, adonde se trasladó la familia en 1897, y sobre todo, en Concepción del Oro, (Estado de Zacatecas), en donde vivió de ordinario hasta 1913.

Su primer maestro fue su mismo padre el cual le enseñó, al mismo tiempo que a sus hermanitas mayores, las primeras letras; luego recibió, durante algunos meses, y en su propia casa, lecciones de la Srita. Carlota Garza, a la que sucedió D. Adolfo Ruiz, que vive aún y fue el que le enseñó más tiempo, hasta 1901 o 902; finalmente, recibió clases particulares de la Srita Rebeca Pulido, maestra zacatecana.

Juzgando sus padres que necesitaba el niño de una educación intelectual más seria, le pusieron de interno en el colegio "Manuel Acuña", de la ciudad del Saltillo, pero a los tres o cuatro meses de inter-

nado, habiendo ido a visitarle su padre, halló que el colegio no era precisamente lo que convenía para la educación que él quería dar a su hijo, y le trasladó al colegio de San José, en México, al cual asistió como externo por espacio de pocos meses, viviendo entretanto en casa de su tío materno, D. Florentino Juárez.

El año de 1906 le llevó consigo su padre, dando por terminados sus estudios, y queriendo que le ayudase en su Oficina de la Agencia Minera de la Secretaría de Fomento, en Concepción del Oro.

Tenía entonces el niño quince años. Había aprendido lo que suele de ordinario aprenderse en los estudios primarios. Con sus diversos profesores aprovechaba bien porque era listo, aunque no extraordinariamente estudioso; escribía con letra muy galana, leía con gran facilidad y sentido, tenía una memoria felicísima, de tal manera, que, siendo cerca de dos mil expedientes los que había en la oficina de su padre, los recordaba con tanta perfección, que cuando se ofrecía buscar uno, él inmediatamente decía: "es el número tantos", y llegó a ser tan útil su cooperación que cuando, el año de 1908 tuvo Miguel que ir al Saltillo con toda la familia, con objeto de perfeccionar la educación de los hermanitos pequeños, le mandaban cada semana los expedientes para que los estudiase, e iba su padre a recogerlos ya estudiados y ordenados.

En cuanto al carácter de Agustín, he aquí los re-

En familia.

cuerdos de su padre, hermanas y amigos: Era sumamente travieso y vivo, pero muy obediente; como tenía gran afición a la música aprendió a tocar guitarra y mandolina y a cantar una multitud de canciones populares con gusto y afinación. Frecuentemente, en las veladas, divertía a su familia con versos, charadas, suertes y música; declamaba muy bien e imitaba las voces y los gestos de otros con mucha facilidad y acierto. Aunque le gustaba pasear y divertirse, nunca tuvo amigos íntimos, sino que con sus padres y hermanitos le bastaba. Sus travesuras más bien acusaban un temperamento vivo y sanguíneo, lleno de fuerza y rebosante de vida, que no la terquedad o el capricho.

Entre otras cosas se entretuvo en componer un libro que llamó "El Libro de las Injurias" y que era una colección de cuentos, anécdotas, chistes, fábulas, etc., y de ese rico arsenal sacaba materiales para entretener a los suyos.

Gustaba mucho de tratar con los obreros de las minas, y en general, quiso a los pobres desde niño; uno de sus grandes placeres era ayudar a su madre a darles de comer, y cuando la señora fundó en Concepción un hospital para los mineros, gozaba yendo con ella a visitar a los enfermos y a prestarles todos los servicios que podía.

Su padre algunas veces le castigó por sus faltas, su madre con una lágrima lo dominaba por completo porque era sumamente cariñoso. De ella parece que

recibió Miguel las primeras impresiones de aquella fortaleza y dulzura para sufrir de que dió más tarde pruebas tan brillantes. Cuando muchos años después, en 1925, murió su madre, escribió él a varios de sus amigos que le daban el pésame, preciosas cartas que desgraciadamente no hemos podido conseguir para copiarlas, en las cuales muestra un cariño y agradecimiento profundos a la virtuosa dama.

Recibió la primera comunión en Concepción del Oro, de manos del que era entonces párroco de aquel lugar, el Sr. Pbro. D. Mateo Correa, muerto gloriosamente poco tiempo antes que Miguel, por amor a Cristo Rey, y allí mismo le fue administrado el Sacramento de la Confirmación por el Ilmo. Sr. Fr. José Guadalupe Alva, de la orden de San Francisco, obispo de Zacatecas.

Iban deslizándose los años de la juventud, plácidos y serenos, cuando quiso Dios llamar a la vida religiosa a la segunda de las hermanas de Miguel, María de la Luz, que entró el 6 de agosto de 1910 al convento del Oasis de Aguascalientes.

A los seis meses, fue toda la familia a dicha ciudad a la toma de hábito de Luz, y la hermana mayor, María de la Concepción, se quedó para ser religiosa también en el mismo convento. La separación de sus dos hermanas, que habían sido perpetuas compañeras de estudio y de juego y a las que le unía un cariño sumamente tierno, fue gran golpe para el corazón de Miguel Agustín, y le costó muchas

lágrimas, pero no es verdad, testigos su padre y sus hermanos que aún viven, que se haya permitido algunas expresiones de disgusto, ni menos, como algunos han referido que se haya apartado de los Sacramentos y huído temporalmente de su casa; antes bien, el ejemplo de sus hermanas junto con su sólida piedad, y la conversación de dos jesuítas, los Padres León y Corta, que solían visitar a la familia cuando estaba en Saltillo, despertaron en su alma la idea de consagrarse él también al servicio de Dios en la vida religiosa. Habló con su padre, y aprobada por éste la idea, se puso en comunicación D. Miguel Pro con el Rector del Colegio de Jesuitas del Saltillo que era entonces el R. P. Gabriel Morfín, se examinó al candidato, y como no hubiese dificultad, corridos los trámites ordinarios, fue admitido en la Compañía de Jesús por el R. P. Provincial Tomás Ipiña, y entró al Noviciado del Llano el 10 de agosto de 1910.

II

EMPIEZA LA VIDA RELIGIOSA.— QUIETUD Y MOVIMIENTO

Novicio y estudiante.— (El Llano — Los Gatos en California, Granada de España)

1911-1915

Ya tenemos a Miguel Agustín, de veinte años de edad, en la palestra donde van a probar sus fuerzas los jóvenes jesuítas para ver si tienen verdadera vocación de Dios a la vida religiosa en la Compañía, y donde, al mismo tiempo, deben adquirir la formación espiritual necesaria, el pliegue, digámoslo así, que les ha de dar el verdadero espíritu de San Ignacio de Loyola.

Vistió por primera vez la sotana el quince de agosto, fiesta de la gloriosa Asunción de Nuestra Señora.

Con qué espíritu haya hecho su noviciado nos lo dice un compañero suyo: (1)

"Desde la primera vez que le hablé en el noviciado

(1)—El R. P. Adolfo Pulido S. J., actualmente profesor de Filosofía en el Colegio Máximo de Isleta, Tex.

temano les costaba trabajo reconocer bajo aquel enorme sombrero, con aquel vestido de charro típico mexicano al H. Pro.

EN LA CAPITAL DE JALISCO

El dos de septiembre llegaba el H. Pro con su extraño disfraz a la ciudad de Guadalajara. Ya varios de sus antiguos compañeros estaban allí desde hacía dos semanas viviendo con sus propias familias los que las tenían y los demás en diversas casas de confianza; llegaron a juntarse catorce jóvenes religiosos, fuera de dos padres y un hermano que habían logrado burlar las pesquisas de los perseguidores. El aspecto que presentaba la ciudad a la llegada del H. Pro, era verdaderamente tremendo: Tomada por las fuerzas carrancistas, al mando de Obregón, el ocho de julio, sin necesidad de disparar un sólo tiro, inmediatamente comenzaron los atropellos y excesos más inauditos. El general Mier, Gobernador Militar, fue capturado a unos cuantos kilómetros, cuando con una reducida escolta huía hacia la capital de la República, fue fusilado y su cadáver ultrajado por la soldadesca; casas particulares, colegios, jardines, seminarios, conventos y varias iglesias fueron invadidos por la desenfrenada turba revolucionaria: El general Obregón penetró en la catedral montado a caballo y dió en ella alojamiento a sus tropas después de profanar las tumbas de los prelados y establecerse él mismo en el

Palacio Arzobispal; las soldaderas cocinaban en todos los rincones del vasto templo metropolitano; los caballos de los sacrílegos se veían por las calles enjaezados con los ornamentos más valiosos; jefes y oficiales se apoderaban de los automóviles, muebles y alhajas que les gustaban y las enviaban a sus familias al N. de la República; los sacerdotes que quedaron fueron puestos en la Penitenciaría después de exigirles un préstamo forzoso de medio millón de pesos. Por las calles vagaban de día y de noche turbas de revolucionarios beodos escandalizando y atropellando a los transeuntes, sólo con el fin de divertirse, y los dos nuevos diarios "México Libre" y "Boletín Militar", editados en las imprentas robadas a los periódicos de tendencias católicas, no cesaban de esparcir las más nausebundas calumnias y ultrajes contra la religión y sus representantes. Si a esto se añaden las contínuas extorsiones, amenazas, fusilamientos y molestias de todo género de que eran víctimas a cada paso los tapatíos, sin más motivo que el no alabar francamente los injustos excesos de los nuevos mandatarios, se tendrá una idea, aunque no completa, del ambiente de angustia y zozobra que flotaba en toda la ciudad en los días que llegó el hermano Pro.

Mas para él había todavía otro motivo más íntimo de justa y honda pena: los sufrimientos de su familia. Encontró a su anciana madre viviendo con sus tres hermanos pequeños y su hermana Ana Ma-

ría en incómodo cuarto de una lejana casa de vecindad situada en el extremo occidente de la calle "Prisciliano Sánchez"; allí no había más muebles que dos camas y unas cuantas sillas, ni más adorno que un hermoso cuadro del Sagrado Corazón, único recuerdo que pudieron conservar de su apacible y cómodo hogar. Todo lo habían perdido al ser ocupada la ciudad del Saltillo por los carrancistas, viéndose precisado D. Miguel Pro a huir en medio del torbellino revolucionario para salvar la vida, y, la prudente señora, falta de todo recurso, emprendió un largo y azaroso viaje buscando un poco de reposo y seguridad para sus hijos... Mas enmedio de la pobreza y del sufrimiento es donde aparecen en toda su excelsa sublimidad las virtudes cristianas de aquella señora, venerable por sus canas, sus méritos y sus aflicciones, acostumbrada a las comodidades de un hogar que sólo había conocido la abundancia, jamás exhaló una queja ni dió señal alguna de la tristeza que sin duda alguna le desgarraba el corazón; era la que había sido siempre, la madre cariñosa y jovial que sólo piensa en guardar la pureza de sus hijos, la mujer fuerte que tiene puesta toda su confianza en la Providencia amorosísima de Dios y recibe los acontecimientos como muestra de su bondad, la matrona mexicana que aun en medio de las más grandes penalidades y desgracias sabe conservar la paz de las heroínas de los primeros siglos.

Todos los que visitaron a aquella ejemplar fami-

lia en días tan aciagos conservan aún la grata impresión que les produjo la heroica resignación y cristiana mansedumbre de la señora Juárez de Pro, y la ternura con que hablaba del Sagrado Corazón, su devoción predilecta.

Fácilmente se podrá imaginar lo que sentiría el sensible corazón del H. Pro al conocer la verdadera situación de su familia; a la pena que le causaba haber dejado la apacible cuna de la vida religiosa, el estado tan lamentable de su Patria sembrada de escombros y desolación, se añadían estos sufrimientos tan íntimos y la zozobra contínua de la suerte que hubiera podido correr su amado padre, cuyo paradero se ignoraba completamente.

No es extraño que su salud se haya resentido con tan fuertes impresiones, hasta el grado de tener contínuos dolores de cabeza durante todo este tiempo y empezar a sentir la penosa enfermedad del estómago que le duró toda la vida.

Mas esto no influyó absolutamente lo más mínimo en su vida. Seguía con los trece jóvenes religiosos que moraban en la ciudad una distribución lo más posiblemente ajustada a la que se observa en las casas de la Compañía de Jesús. La misa, mientras se pudo burlar la vigilancia de los esbirros carrancistas, la oían unas veces en una casa particular, otras, en un lejano templo, y no pasaba día sin que se reuniesen todos para hacer en común alguno de los actos de comunidad, para comunicarse sus

impresiones y animarse mutuamente para permanecer fieles a su santa vocación. En tales reuniones se distinguía siempre el H. Pro por su carácter alegre y expansivo: sobreponiéndose a sus dolores y a las tribulaciones familiares, no pensaba sino en que sus hermanos en religión necesitaban un rato de expansión, y unas veces acompañándose de la guitarra o mandolina improvisaba chispeantes coplas que traían a la memoria alguna ocurrencia de los tranquilos tiempos del noviciado, otras, con la gravedad de un trueno pronunciaba retumbantes discursos llenos de la más ingeniosa exageración, otras eran todo un drama en que él sólo con mímica inimitable y variaciones de voz representaba todos los papeles. Era imposible que nadie, por más serio de carácter que fuese o por más agobiado que estuviese, pudiera contener la risa al verle en aquellos inolvidables momentos echando mano de todos los recursos de su ingenio, única y exclusivamente para alegrar a sus hermanos.

De esta manera logró también influir en la conservación del buen espíritu y mútuo trato, notas predominantes de aquellos memorables días.

La dificultad para asistir a la Sta. misa fue siendo cada día mayor, hasta que se convirtió casi en imposibilidad con la clausura de los templos el 12 de septiembre. Fué ésta una de las tribulaciones mayores entre las arbitrarias medidas de los constitucionalistas para obligar al clero a dar $100,000 des-

pués del primer préstamo forzoso. Desde ese día fue necesario recurrir a mil estratagemas para poder oir misa en alguna residencia privada sin caer en manos de los perseguidores; la mayor parte de las veces se necesitaban, además de la amistad de la familia que albergaba un sacerdote, usar de alguna contraseña para evitar que se introdujese alguno de los muchos espías. Eran tanto más necesarias estas precauciones, cuanto mayor era el empeño de sorprender a las personas que oían misa para imponerles exhorbitantes multas. En estos días de absoluta carencia de sacerdotes, tuvo lugar un hecho que manifiesta la abnegación y celo, tan característicos del H. Pro: en una de las viviendas cercanas a la que ocupaba su familia cayó gravemente enferma una anciana pobre y sola. Inmediatamente que lo supo, se presentó en el aposento de la anciana para servirla con mucha solicitud en todo lo que necesitaba, durante las 24 horas que duró la agonía, sin separarse de la cabecera de la enferma; lo que principalmente pretendía, que muriese arrepentida de sus pecados y confiando en la misericordia de Dios, lo alcanzó, pues al expirar aquella buena mujer lloraba de contrición y estrechaba contra su pecho el crucifjo de los votos del H. Pro.

Con la llegada de un sacerdote novicio cesaron tales inconvenientes y ya pudieron, los últimos días que pasaron en aquella ciudad, tener el consuelo no

sólo de asistir a la misa y comulgar, sino también de hacer visitas diarias al Santísimo Sacramento.

Restablecidas entre tanto parcialmente las comunicaciones con el norte de la República, recibieron el último día de septiembre un telegrama urgente para que emprendieran inmediatamente el viaje a los Estados Unidos por la vía de Laredo, única expedita. Se reunieron al día siguiente todos los jóvenes para deliberar sobre la forma en que se podía abandonar la ciudad, y para no llamar la atención decidieron hacerlo en dos grupos. El dos de octubre, primer viernes, después de oír la santa misa y recibir la sagrada comunión, emprendieron el viaje los siete primeros: entre ellos estaba el H. Pro.

La despedida no pudo ser más dolorosa: quedaba su madre enteramente abandonada con la hermanita demasiado joven y sus tres hermanos, el mayor de los cuales, Edmundo, no pasaba de trece años, los otros dos, Humberto y Roberto, tenían apenas 10 y 9 años, respectivamente; el paradero de su padre aún desconocido, y el horizonte de la patria más pavoroso que nunca. Bien comprendía cuando contemplaba a su anciana madre de pie en el andén, rodeada de sus hermanos, que quizás la estaba viendo por última vez. ¿Cuándo volvería? ¿a dónde iría? ¿moriría en el destierro?... Son preguntas que angustian a todo corazón humano en semejantes momentos; pero el H. Pro que había prometido al pie del altar, hacía más de un año, ser verdadero

soldado de Cristo, y que había aprendido prácticamente de su santa y queridísima madre durante aquel mes una lección sublime de abnegación y conformidad heroica con la voluntad de Dios, aceptó la prueba como siempre aceptaba los trances más difíciles, con la sonrisa en los labios. Cuando el tren empezó a moverse lentamente, él, de pie en el estribo del carro, agitaba sonriente su pañuelo, mientras el grupo de los seres más queridos iban apareciendo cada vez más borrosos a través de las lágrimas que nublaban sus ojos.

Durante el peligroso trayecto de Guadalajara a Nuevo Laredo, a las incomodidades de tan largo viaje con escasez, se añadió el triste espectáculo de trenes destrozados a uno y otro lado de la vía, estaciones quemadas, puentes destruídos, campos desolados, turbas de soldadesca desenfrenada y montones de ruínas por todas partes. Cuanto más avanzaba hacia el norte, mayores eran las desastrosas huellas de la revolución y mayores los peligros; porque ya para entonces luchaban encarnizadamente los dos bandos en que se dividían las chusmas triunfantes: los villistas al mando del famoso bandolero Villa, y los carrancistas.

Al pasar la frontera, las dificultades eran ciertamente de otra clase, pero no por eso menos molestas para quienes, ignorantes de la lengua, usos y costumbres, entraban por primera vez en una nación extranjera, y aunque en San Antonio fue ca-

ritativamente hospedado con sus demás compañeros por los excelentes religiosos Oblatos, y en El Paso por sus hermanos en religión, no pudo disfrutar de la paz tan largo tiempo apetecida, sino hasta

Noviciado de "Los Gatos", California.

que llegó a la casa de formación de la Provincia de Jesuitas de California, situada en el pintoresco pueblecillo de "Los Gatos".

EN CALIFORNIA

Los jesuitas mexicanos desterrados de su patria en 1914 tienen una inmensa deuda de gratitud para con los padres de la Provincia de California. Las puertas de sus casas estuvieron siempre abiertas para todos sus hermanos que llegaban de la vecina

República arrojados por la ferocidad revolucionaria; pero la delicadeza de su generosa caridad fue especialmente para los jóvenes

Desde luego ofrecieron la quinta perteneciente al noviciado, para que allí, con entera independencia y comodidad, pudiesen reanudar, libres ya de toda zozobra, la apacible forma de vida interrumpida por largos meses. Pero no estando esa casa acondicionada para el invierno, y no habiendo ya tiempo para hacer los arreglos indispensables, se convino en que era más prudente que se quedaran en el mismo noviciado.

Los novicios se quedaron en dos casitas de madera situadas a unos cuantos metros del edificio principal, mientras a los juniores se les cedía un departamento especial. Las dificultades que un aumento tan repentino y notable suele ocasionar a una comunidad, se palparon desde el primer momento, y principalmente porque en este caso, más que aumento de comunidad, era una doble comunidad, por seguir cada grupo su distribución especial; pero el tacto siempre caritativo y la benevolencia nunca desmentida del R. P. José Piet, Rector a la sazón de aquella casa, obviaron todos los inconvenientes.

El día 9 de octubre llegaba el H. Pro con sus compañeros de viaje al noviciado del Sdo. Corazón. La impresión recibida después de tantas amarguras

y de tan largo y penoso viaje, no podía ser más agradable: lo primero que contemplaron sus ojos al acabar de dominar la carretera que va serpenteando por entre alegres chalets, fue la estatua del Sdo. Corazón en la actitud de un padre cariñoso que recibe a sus hijos; después, el amplio edificio rodeado de jardines que se levanta en una explanada abierta a media colina teniendo por fondo extensas laderas cubiertas de viñedos en plena madurez, y finalmente, volviendo la vista al camino andado, el extenso y preciosísimo valle de Santa Clara con sus pintorescos pueblecillos y ciudades, sus huertas de viñedos, almendros, manzanos y ciruelos, limitado por el verde oscuro de las lejanas montañas al lado derecho, y la abrupta cañada por donde corre el río de Los Gatos. Pero más que por los encantos naturales de aquella región fue gratamente sorprendido por la exquisita afabilidad y las muestras de cariño con que fue recibido por los superiores de la casa y los cuarenta jóvenes juniores, sus futuros compañeros: él por su parte se captó la simpatía universal desde el primer momento, por la franqueza y jovialidad de su trato y carácter. Otro motivo de íntima satisfacción en aquellos días fue el intercambio de impresiones con sus antiguos compañeros, muchos de los cuales ya habían llegado y los demás que fueron llegando en los siguientes días. Ciertamente no fueron pocas las aventuras que dieron materia de conversación para muchos días; ya que todos, unos

más y otros menos, habían pasado por semejantes aventuras y peligros; pero el grupo de los que salieron de Guadalajara un día después que el H. Pro fue quizás el que sufrió una de las más desagradables sorpresas: Hacia las 10 de la noche pasaban por Yurécuaro, estación donde principia el ramal que pasa por El Llano, cuando el cabecilla Valladares que había incursionado por toda la región cercana al noviciado, invadió el carro con sus acompañantes y una numerosa orquesta. Desde ese momento las conversaciones más incovenientes, los modales más soeces y las bravatas más ridículas contra los sacerdotes, especialmente contra los frailes del Llano fueron el tormento de los jóvenes religiosos; pero la angustia fué más terrible cuando en Irapuato vieron subir al carro contiguo, escoltados por varios revolucionarios, a los tres únicos padres que habían quedado en el noviciado: el P. Maina, último ministro de la casa, y los P. P. Leturiondo y Moral. Al P. Moral le sacaron de la cama donde yacía enfermo cuando los llevaron presos a Zamora; de allí los llevaban a Morelia, donde después de unos días de incómoda prisión fueron condenados a la pena capital bajo el pretexto de que "habían predicado y hecho versos contra la revolución". A muy poderosas influencias se debió la conmutación de la pena de muerte en destierro.

Tan luego como llegaron a los Gatos los últimos grupos de dispersos, se reanudó la vida común em-

pezando con los ocho días de ejercicios anuales. Vinieron inmediatamente después todas las labores escolares con sus ordinarias dificultades y las especiales de la falta casi absoluta de libros apropiados; escenas como las de aquellas patriarcales clases en que el R. P. Mier y Terán, sentado con sus discípulos alrededor de la gran mesa de la Biblioteca les iba haciendo rápidas preguntas que rarísima vez eran repetidas con acierto; o los inútiles esfuerzos que el edil hacía para conservar templada la temperatura con una pequeña estufa de petróleo, más a propósito para producir humo que calor, cuando la clase se trasladó a un amplio dormitorio; eran años adelante reconstruídas con todos sus pormenores por la vigorosa imaginación del P. Pro para alegrar a sus hermanos.

Las incomodidades de un clima al cual no estaba acostumbrado, las dolorosas noticias de los trágicos acontecimientos desarrollados en México, los sufrimientos de su familia y el continuo esfuerzo que por la escasez de libros requerían los estudios de Humanidades, influyeron no poco en que sus males del estómago se agravaran y convirtieran en parte de la cruz que toda su vida le afligió. Por este tiempo estuvo también en peligro de perder el oído derecho, a causa de una paja que se le introdujo y le lastimó el tímpano; pero su carácter era siempre el mismo y aun parecía que las penas y tristezas propias le recordaban las de sus hermanos para aliviar-

las con aquella su inagotable y caritativa alegría. La fraterna intimidad que durante su estancia en California tuvo con los jóvenes jesuitas de aquella región perduró a través del tiempo y las distancias: y aún hasta poco antes de su muerte, cuando se encontraban los religiosos de las Provincias que se conocieron en Los Gatos, uno de los temas favoritos de conversación era el grato recuerdo del H. Pro, narrando usos y costumbres mexicanas más con su mímica tan peculiar y expresiva que con palabras inglesas, latinas y castellanas, que le fluían en graciosa confusión''.

Hasta aquí la hermosa relación del R. P. J. M.

III

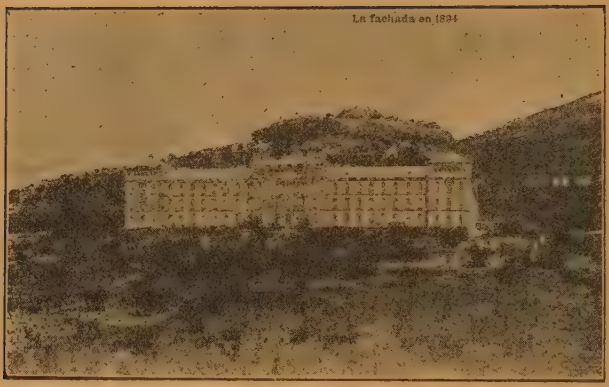
GRANADA (España) — GRANADA (Nicaragua.)

Vida de estudios y primeros pasos en el camino del Apostolado.

1915-1920 — 1920-1922.

Los acontecimientos exteriores de la vida de un estudiante jesuita son bien sencillos y carecen de interés para contados en una historia; el hermano Pro siguió el curso ordinario que suelen seguir todos los que en su situación se encuentran.

Pasó el año de 1915 a Granada de España, donde, primero, terminó los estudios de letras humanas que había, como dijimos, comenzado en el Llano y seguido en Los Gatos; después estudió por espacio de tres años el curso de filosofía y ciencias, y fue enviado a Nicaragua donde por dos años ejercitó diferentes oficios con los niños del colegio que tienen allí los jesuitas de la Provincia de México.



Colegio de Granada, en España.

Colegio de Granada, en Nicaragua.

Atendamos primero a su vida de estudiante.

Si se conservaran los apuntes espirituales y secretos que sin duda hizo, a lo menos cada año, en tiempo de los ejercicios espirituales de San Ignacio, podríamos ir observando por qué caminos interiores le llevaba Dios, cómo iba ascendiendo y purificándose y perfeccionándose en la vida del espíritu. Pero como no se han hallado papeles ningunos referentes a estas materias, quizá porque al venir de México tuvo naturalmente, dada la persecución, que destruir todo lo que pudiera delatarlo como sacerdote, quedamos reducidos a colegir su aprovechamiento interior por las obras exteriores.

Uno de sus compañeros (1) nos dice:

"Sabíamos todos cuándo había recibido malas noticias de su casa, porque en esas ocasiones se mostraba más alegre que nunca, por virtud, para disimular su pena. Otras veces no se le echaba de ver que sufría, aunque constaba que tenía malas noticias de trastornos sufridos por sus padres".

Otro de sus amigos escribe: "¡Cuántas veces creíamos todos que sus chistes eran desahogos espontáneos del carácter, y sólo algún gesto súbito de dolor que alguna vez le traicionaba descubría a los más observadores que sufría entonces mismo un fuerte dolor de estómago; mientras sólo unos cuantos podían sondear algo de las profundas heridas

(1)—El R. P. Rafael Ríos, S. J.

con que hacían sangrar su corazón las prolongadas desgracias de su familia, parte vistas con sus ojos, parte sabidas, mes a mes, por la correspondencia."

Luego añade, completando el cuadro de las virtudes que ejercitó con fortaleza: "Estoy del todo persuadido de que muchísimos actos muy hermosos de su virtud los ocultaba él bajo las bromas, de modo que no parecían sino espontaneidades suyas. Así, disimulaba ofensas, hacía mil favores y servicios, divertía a sus hermanos estando él con sus dolores de estómago o sus aflicciones de familia; hubo vacaciones mayores que se las pasó, casi sin divertirse, preparando festejos con qué divertirnos; esto tal vez no todos lo apreciaban por considerarlo natural, sobre todo en aquellos tiempos de amarguras por la suerte de su padre, la pobreza de su familia, etc."

De su humildad nos da cuenta el mismo amigo íntimo y compañero suyo: "Reprensiones y avisos no le faltaron durante casi toda su vida, pues a ello daban lugar las pequeñas faltas exteriores en que por fuerza incurre un temperamento como el suyo; pero me consta, por una parte, que sus superiores le estimaron mucho, y por otra, que con esas reprensiones llegó a un desprecio de sí mismo que he visto en muy pocos, no desanimándose, sino adquiriendo el hábito de tomar únicamente a "su Padre Dios" por testigo y juez de sus acciones. Realmente, al hermano Pro le importaba muy poco la opinión de los hom-

bres, y esa alta posición espiritual ayudaba a maravilla a su carácter arrojado y flexible para salir airoso de los trances más apurados."

En otro lugar dice el mismo testigo: "Las humillaciones que acaso le venían las llevaba con valor y sin menoscabo alguno de su alegría, verbigracia, cuando por equivocación le dieron noticia de que había sido reprobado en el examen de segundo año de filosofía Siempre se mostró superior a esta miseria de la honrilla propia." Y termina el mismo testigo dándonos cuenta a grandes rasgos de la caridad que ejercitó el hermano Pro en el tiempo de sus estudios: "Dondequiera dejó él recuerdos imborrables. Sus compañeros conservan hoy como reliquias quién alguna carta de felicitación por su santo o su primera Misa, quién una o muchas caricaturas alusivas a los hechos vividos en el estudiantado, quién algún chispeante epigrama u otras composiciones poéticas, generalmente de circunstancias, quién apuntes o programas que reconoce uno al instante por los típicos rasgos sueltos y decididos de sus dibujos y de su letra, siempre hermosa, aun escrita a todo volar de la pluma.

Pero hay otros recuerdos más íntimos, no guardados en papeles, sino esculpidos en los corazones, y de estos estamos llenos los que tuvimos la dichá de vivir con nuestro mártir. Estoy seguro de que si alguien conserva memorias de alguna broma algo pesada que se le haya podido escapar al padre Pro

para con él, se acordará también no de una sino de varias delicadezas de caridad, tal vez envueltas en nuevas bromas, pero al fin y al cabo delicadezas con que trató de reparar su falta.

Quería muy de corazón a sus hermanos; no era de vanas fórmulas corteses, sino de caridad muy sincera y varonil, demostrada en gozar con el que goza y sufrir con el que sufre, en prestar sus servicios con gusto, ofreciéndose al trabajo y a la molestia. En la tristemente famosa gripa española de 1919, apenas vió que no bastaban los hermanos enfermeros para atender a los 30 enfermos, se ofreció con otros al padre Rector, y aceptada su oferta, no sólo sirvió con todo cariño y diligencia, sino consoló mucho con su buen humor a los que cuidaba, y por fin cayó él mismo postrado por la infección y la faena, aunque en pocos días se rehizo".

De dónde sacaba fuerzas para ejercitar tales virtudes heroicas paréceme notarlo en esta frase de un testigo ocular: "Recuerdo que varios de otras provincias decían que parecía otro en tiempo de ejercicios espirituales: casi todos los tiempos libres se los pasaba hincado de rodillas en la capilla."

En los cinco años que vivió en Granada de España, fueron notables sus actividades catequísticas por varios pueblos de la Vega, y especialmente con los gitanillos del Albaicín, para los cuales fundó la doctrina de Lourdes y la sostuvo hasta que salió para Nicaragua. Pero oigamos más bien a un testi-

go de vista, el R. P. Marcelino Moreno S. J. que escribe así: "Fui compañero suyo de 1915 a 1920, intimé mucho con él y nos tratábamos con mucha confianza. Los superiores nos pusieron juntos casi siempre en los grupos de H. H. que se señalaban para enseñar catecismo en los pueblecillos de la hermosa Vega Granadina, y así fuimos juntos a los catecismos de Fargue el Alto, del barrio de los gitanos de Lourdes y de Lanjarón (los dos veranos de 1916 y 17), además vino conmigo varias veces al catecismo de Huétor Santillán y al de Albolote. Recuerdo con mucho cariño estos nuestros primeros ensayos apostólicos, en que el P. Miguel demostraba ya con claridad lo que había de ser luego, un varón consagrado por entero al bien y salvación de las almas, hasta sacrificarse todo por ellas y morir mártir por esta santa causa. Pude observar en él, en estos catecismos donde íbamos juntos, un celo insaciable por el bien de las almas, una habilidad y variedad de recursos asombrosos para enseñar al pueblo los rudimentos de nuestra fe, y como a ésto se añadía el buen humor y aquel gracejo que nunca le abandonaban, de ahí que dondequiera que iba se llevaba de calle a la gente; grandes y chicos le rodeaban para oirle y durante horas enteras lo escuchaban con atención, y él, de cuando en cuando, los entretenía a todos con bromas muy discretas y oportunas que excitaban la hilaridad de su auditorio. Se hizo popularísimo en todos los alrededores de nues-

tro colegio de Granada, y en todos los pueblos adonde fue a enseñar el catecismo era muy querido y se le recuerda ahora con mucho cariño, y eso que hace ya ocho años que salió de Granada. En Lanjarón iba yo con él al barrio de Sta. Ana, y lo mismo era llegar allí el P. Miguel (así le llamaban siempre) que salir de sus casas las familias enteras que cerraban la puerta de su casa con llave y le rodeaban enseguida formando una muchedumbre inmensa de personas mayores.

En aquellas vacaciones se distinguió también por su caridad en visitar y socorrer algunos enfermos pobres; recuerdo todavía que muchas tardes fue a visitar a un pobre enfermo que vivía en una miserable casucha cerca del Gayumbar y solía llevarle huevos y frutas que pedía al despensero después de haber obtenido licencia del P. Superior. Estas limosnas solía siempre acompañarlas con palabras de consuelo exhortando al enfermo a la resignación y a ponerse en manos de Dios y recibir los Sacramentos.

He vuelto a Granada a estudiar la Teología desde 1924 a 1928 y he podido observar que permanece muy vivo en el colegio y en los pueblos vecinos el recuerdo del P. Pro; me han contado los hermanos filósofos que fueron este año a la catequesis de Lourdes que cuando contaron ellos allí a la gente el martirio del P. Pro, varias mujeres que lo habían conocido cuando iba allá en 1917, lloraban amargamente y se recordaban unas a otras muchas escenas

El H. Pro Catequista.

del celo apostólico que allí desplegó el Padre y le llamaban el Santo Padre Miguel, lo recordaban como si hiciera poco tiempo que había ido, y habían transcurrido once años.

Este mismo fenómeno acaeció en Huétor Santillán y lo presencié yo mismo.

Una vez que me enteré de todos los pormenores del martirio del P. Pro, llevé conmigo la narración de él y varias hojas y estampas del P. que pude adquirir. Era de ver cómo lloraban las mujeres a quienes leí el martirio. Recuerdo que Doña Encarnación, la maestra del pueblo, que había conocido mucho al P., al oir la tiernísima descripción de sus últimos momentos, me dijo: "Padre, yo no sé si llorar de dolor o de alegría; ¡Qué muerte tan heroica y tan santa! ¡Es un verdadero mártir! Todos comenzaron a contar episodios que recordaban con exactitud como si hiciera pocos días que hubiera ido allí el P. Miguel. Una de las cosas que recordaban fue que en cierta ocasión se hallaba el padre Miguel en la puerta de la iglesia rodeado de un grupo de mujeres que le oían con mucho interés, a las cuales dijo que él de muchacho había sido muy malo y que luego se convirtió y que la ocasión de haber entrado en la Compañía fue ésta: que una vez entró en la iglesia donde un religioso estaba predicando sobre la pasión del Señor y oyó que el predicador decía: "Todo esto hizo y sufrió Jesucristo por nosotros, y nosotros qué hacemos por Jesucristo?";

Estas palabras le hicieron mucha impresión y reflexionando en ellas se preguntaba: y yo qué he hecho por Jesucristo? Le hizo tal mella esta frase que al fin se decidió a seguir de cerca a su divino Capitán, e ingresó pocos días después en el noviciado de los jesuitas. Todo esto contó el P. Pro a aquel grupo de mujeres las cuales ahora recordaban éstas y otras cosas del P. Miguel con todos sus pormenores.

En otra ocasión, el día de la comunión general de los niños, que era el Jueves de la Ascensión, vió que la plaza estaba llena de hombres que pasaban allí el tiempo. Iba a comenzar la misa. La maestra del pueblo dijo al P. Pro que ninguno de aquellos hombres solía poner nunca los pies en la iglesia. Acercóse el P. resueltamente a ellos y con aquella amabilidad y buen humor con que siempre trataba a la gente los invitó a entrar a la iglesia y cumplir con el Precepto. No pudieron resistir, miráronse unos a otros, primero con cierta especie de estupor, y luego, movidos como por un mismo resorte siguieron al P. Pro y entraron en la iglesia.

Realmente, el P. Pro tenía la cualidad de hacer lo que quería de la gente; todos, buenos y malos se rendían a él. En la catequesis de Albolote, en la cual fue superior de los Hermanos catequistas, hizo muchísimo fruto; acudían centenares de niños y niñas a ella con un orden y una organización admirables. Yo mismo ví cómo llegaban a la iglesia las es-

cuelas enteras de niñas con sus maestras a la cabeza y se iban colocando por orden en los bancos de la iglesia. El P. Pro enseñaba él sólo el catecismo a dos escuelas, y tenía atentísimas a todas las niñas. Fue también a enseñar el catecismo al Hospicio de los Reyes Católicos, de Granada, y al pueblo de Alfacar donde le recuerda aún mucha gente.

En todos los ensayos de su ardoroso celo apostólico se notaba en él lo que siempre se notaba en su trato con los nuestros, a saber, esa caridad admirable que tenía con todos, ese deseo de hacer a todos la vida feliz y alegre in Domino, y por eso siempre decía alguna gracia , alguna bromita discreta con el fin de alegrar y animar al que veía triste y decaído, y eso, aun en medio de fuertes padecimientos físicos que tenía con frecuencia en el estómago y de los demás fuertes padecimientos morales que sufría al enterarse de la cruel persecución porque atravesaba la religión en su amada patria y de las desgracias que por esa persecución cayeron sobre su querida familia."

En las fiestas de comunión general de estos catecismos solía hacer el P. Pro algunos versos. Indudablemente no son obras maestras literarias, pero sí indican facilidad y dominio del metro, y ya que se ofrece la ocasión, digamos que aquellos famosos versos franceses: "Mes Ames" que se le atribuyen, no son suyos, porque ya desde el año de 1904, en que el P. Pro era todavía niño y no sabía nada de

francés eran conocidos esos versos, pues los tenía copiados en un devocionario manuscrito una religiosa de Sn. José de Lyon que en aquel año llegó a esta capital y fue maestra del pensionado francés para jóvenes, según consta por carta que obra en nuestro poder. Debieron gustarle sin duda al P. Pro, porque los sentimientos expresados en ellos eran muy conformes a los suyos propios, y quizá hubo de copiarlos en Bélgica y los guardaría entre sus apuntes.

Siendo estudiante en Granada de España, dió de caridad insignes muestras. Uno de sus compañeros dice: "De las cosas edificantes que más llamaron en él la atención de todos, una fue lo pronto que era para servir en cuanto se ofrecía; ocurría, por ejemplo, alguna vez que faltaban sirvientes para la mesa, que no había quien hiciera la lectura en voz alta en el comedor, etc., y ya estaba allí el P. Pro para suplir la falta. Era también notable en el tino que tenía para darse cuenta enseguida de lo que faltaba a los demás en la mesa, y para proveerlos de ello; en recreo él era el principal atractivo; una vez le oí a uno en Granada esta frase: Vamos a descansar disfrutando del H. Pro un rato. El P. Valentín Sánchez que fué su rector, decía que él sólo valía por unas vacaciones, y cuando salió de allí el año de 1920 dejó en sus superiores y compañeros una impresión que el tiempo no ha borrado.

"Para la metafísica no tenía grandes cualidades,

dice el P. Pulido, su talento era eminentemente práctico; le costó sin duda haber caído en el examen de segundo año de Filosofía del curso mayor, pero llevó el fracaso con su paz y guasa acostumbradas. En cambio, en Sarriá hizo muy buen curso de Teología moral; el Derecho Canónico le encantaba; la Sociología era su fuerte, en la teoría y práctica de ella hizo grandes progresos en muy breve tiempo.

Cuando adivinaba que alguno de sus compañeros estaba demasiado triste, iba a su cuarto, le charlaba un rato, le decía unas cuantas bromas y se retiraba excusándose por haberlo molestado; un día se le ocurre llevar algunos compañeros necesitados de consuelo a un día de campo; arregla lo necesario y cuando estuvo dispuesto va con el P. Rector y le dice: —Padre, ¿No quisiera Ud. hacernos favor de ir a un día de campo con los hermanos mexicanos? —Con mucho gusto lo haría, le contesta el Rector, pero estoy sumamente ocupado. — ¡Qué lástima! añade Miguel. ¡Tanto gusto que tendríamos en ir con V. R.! — ¡Muy bien, pero ¿han conseguido ya el permiso? —No, padre, porque pensábamos que yendo con V. R. no necesitábamos de más permiso. —Pues yo no puedo ir. —Bueno, dice el H. Pro sin turbarse, entonces, tal vez podríamos ir solos. Se sonrió el Rector y les dió permiso para ir solos al campo.

Terminados los estudios de filosofía, le enviaron sus superiors al colegio que los jesuitas mexicanos

habían abierto en Granada de Nicaragua, cuatro años antes. Allí, el que esto escribe tuvo el consuelo de conocerle personalmente, de ser su confesor y director espiritual y de haber comenzado una amis-

Animando a los chicos en el recreo.

tad que no terminó sino con el triunfo del mártir.

El clima de la ciudad de Granada, como el de casi toda la República de Nicaragua, es excesivamente cálido; multitud de insectos de todas clases hacen

la vida más dura; el colegio está en pleno campo, en bellísima situación a la orilla del Lago, pero las bellezas naturales no compensaban los inconvenientes de un edificio a medio hacer, sin más piso en muchos sitios que la dura tierra, rodeado por todas partes de malezas donde se ocultaban víboras venenosas de diferentes especies que penetraban a los aposentos y se subían a las camas . Los niños no estaban aún acostumbrados a la vida de disciplina y de orden que se exigen en un internado, y era el primer año en que se admitían internos. El P. Pro tuvo que sufrir bastante, así por el carácter avieso de varios muchachos, como por otras razones, una de las cuales era que no todos entendían su modo de ser y llevaban a mal su constante alegría; mas lo que en él parecía disipación, me consta que no era sino esfuerzo por disimular sus penas, junto con un natural alentado y guasón de suyo.

Del tantas veces citado P. Pulido, que también fué aquí su compañero, tomamos lo siguiente: "El primer año fue para él una diversión enseñar a varios niños las primeras letras, y poco más trabajo le daría la vigilancia de los alumnos semi internos y externos. Dió además todos los días una hora de clase nocturna a los criados del Colegio que le querían entrañablemente. Allá también ayudó en los catecismos al pueblo y como tenía tanto don de gentes y se metía sin miedos con todo el mundo, sus doctrinas resultaban muy amenas y concurridas.

En el lago de Nicaragua.

El segundo año, hecho inspector de los internos mayores, al pie del cañón de día y de noche pues dormía en una camarilla en el salón de los muchachos, fue sin duda muy laborioso. Aquella camarilla podría contar primores: él decía, como la cosa más natural, que le caían del techo alacranes encima de la cama, y Dios sabe cuántas noches las pasó casi enteras en vela, consolando a los chiquitines (que dormían en el mismo dormitorio de los mayores) durante las tormentas de rayos, frecuentes a la orilla del gran Lago, o desviando las camas para que no se mojaran los chicos con las muchas goteras que había en el dormitorio. Los últimos tres meses antes de irse a estudiar Teología tuvo una clase de primaria, y todavía se acuerdan sus discípulos de aquellas clases, las más amenas tal vez de toda su vida de colegio."

Añádanse a estos trabajos, ingratitudes, falsas acusaciones, penas morales, contrariedades de toda clase que tuvo que sufrir, y sin embargo, en medio de los trabajos y de los padecimientos conservó la misma alegría de siempre. En vacaciones, cuando nos veía agobiados por los trabajos y el calor, tomaba una guitarra y nos cantaba con su hermosa voz canciones populares mexicanas. A los niños organizaba los juegos, les daba ejemplo jugando cada día en el recreo de la una de la tarde, en pleno sol tropical, para estimularlos; cuidaba de su inocencia con suma delicadeza, procuraba hacer alegres y anima-

das sus clases, inventaba mil medios para que estudiaran más y aprovecharan el tiempo.

Era de conciencia muy delicada, y, aunque esto parezca incompatible con su carácter decidido, cándido y dócil como un niño. Sufría penas interiores y llevaba hasta el extremo la delicadeza de su caridad.

I V

SARRIA (BARCELONA) — ENGHIEN (BELGICA).—

El Padre Pro, estudiante de teología.— Ordenación Sacerdotal

..Julio de 1922 — Noviembre de 1925.

Terminados sus dos años de magisterio, fué enviado en julio de 1922 a Sarriá, cerca de Barcelona, para comenzar los estudios de Teología. Por cierto que en el viaje por mar de Corinto (puerto de Nicaragua) al Havre, dónde desembarcó para ir a España, se encontró con un chino que no sabía hablar castellano, pero que demostraba con sus contorsiones el mal que sufría. El hermano Pro quiso ejercitar con él la caridad, se acercó, le examinó cuidadosamente la lengua, las pupilas, le tomó el pulso y acabó por hacerle ingerir una buena cantidad de aceite de ricino; como la primera dosis no produjese efec-

Casa de Sarriá, Barcelona, España.

Casa de S. Agustín, Enghien, Bélgica.

to, le endilgó una segunda y después una tercera, y tuvo el gusto de ver al día siguiente paseando tranquilo por la cubierta del barco al exenfermo que se deshacía en mímicas de agradecimiento y contaba con su media lengua a quien quería oírlo los méritos del insigne doctor que le había curado.

Ya en Sarriá, estudió con verdadero ahinco, sobre todo la Moral y el Derecho Canónico, que le parecían más inmediatamente necesarios para salvar las almas; dió las mismas muestras de alegre y delicada caridad que había dado en las demás casas, y sufrió acrecentadas las mismas enfermedades. En 1924 tuvo la dicha de ir a hacer los ejercicios anuales a la Casa de Manresa, donde San Ignacio compuso sus ejercicios. "No olvidaré nunca, dice uno de sus compañeros, esos ejercicios. El P. Pro sabía ocultar su espíritu de mortificación con la alegría que derramaba en derredor de sí. Pero en ejercicios, nuestros cuartos estaban vecinos del suyo y cada noche le oíamos tomar disciplina con un vigor extraordinario."

En julio del mismo año, 1924, determinaron los superiores cambiarle de sitio y le enviaron al Teologado que tienen en Enghien (Bélgica), los PP. jesuitas de la Provincia de Champagne. La razón de haberle destinado a aquel lugar nos la dan las siguientes líneas de una carta del R. P. Crivelli, Provincial en aquellos años de los jesuitas mexicanos:

"Recuerdo que al hacer la visita de Orizaba y ver lo que se podía hacer con los innumerables obreros de aquellas fábricas, pensé luego en formar al P. Pro para ello: le envíe a Enghien, y para Orizaba le destinaba". Y es que, la excelente organización de los obreros católicos en Bélgica, la multitud de hombres capacísimos destinados a trabajar en las cuestiones obreras, la cercanía de la universidad de Lovaina, el íntimo y frecuente trato con los PP. de la "Acción Popular", y otras circunstancias, hacen a Enghien el sitio ideal para formar sociólogos prácticos, y como, por otra parte, el P. Pro por su afición a los trabajadores y a los pobres, por su carácter abierto, franco, alegre, lleno de recursos, por su sólida virtud, por los conocimientos prácticos que desde niño había adquirido de las condiciones de los mineros, etc., era uno de los hombres más apropósito para dedicarse a tan importantes labores del apostolado, medida prudentísima fué facilitarle los medios para que, con pleno conocimiento de las cosas y excelente preparación, se dedicara a ellas.

Al llegar a su nueva casa encontróse con una comunidad de cerca de cien hombres originarios de trece naciones diferentes. Al principio, la lengua común tenía que ser el latín, pronunciado por unos a la francesa, por otros a la española, por los de más allá a la alemana, etc., por consiguiente, las primeras conversaciones no podían ser de lo más animado. Sin embargo, el P. Pro se dió pronto a co-

nocer como jovial compañero, y más que con palabras, con gestos y mímica comenzó a ejercitar aquella virtud de alegrar a sus compañeros que ya le

El H. Pro trabajando en su aposento.

conocemos. "Tu, contra.—Ego sum Pro". dijo al presentarse por primera vez en un grupo que se hallaba en animada discusión. Como se ignoraba su nombre no cayeron al principio en la cuenta del sentido que tenía tal interrupción, pero explicadas las cosas, entendieron todos que la comunidad había

adquirido un alegre miembro. "El hermano que llamaba a la puerta del P. Pro para pedirle ayuda en cualquier cosa, estaba seguro de recibir calurosa acogida. A las primeras palabras, el rostro del teólogo a quien se venía a interrumpir en su trabajo, dibujaba una alegre sonrisa y frotándose las manos decía: ¡qué gusto, padre mío, qué gusto!"

El empeño en tomar parte en los pequeños trabajos de la casa, la exuberancia con que alegraba a toda la comunidad, habrían podido hacer suponer que su sencilla caridad carecía de mérito; sus compañeros no supieron durante mucho tiempo los esfuerzos que debía imponerse el H. Pro para conservar siempre su buen humor; las violentas crisis de estómago que padecía desde tantos años antes le torturaban; muchas veces tenía que abstenerse de todo alimento, y sin embargo, jugaba a la pelota con los padres americanos de la casa: "Era, decía el H. Pro riendo, la lucha de Calles contra Coolidge."

Su gran deseo era consagrarse al apostolado en los medios obreros y se aplicó con firmeza a hacer de sus estudios una preparación a la vida apostólica que entreveía en lontananza. Leyó y releyó las encíclicas de Leon XIII para coordinar en un conjunto sencillo y vigoroso los puntos esenciales de la doctrina social de la iglesia, y se proponía ejecutar

un trabajo semejante con los documentos publicados por Pío X.

Pensando que un sacerdote, para ejercer una acción verdadera, profunda, no debe descuidar ninguna competencia doctrinal, se entregaba generosamente al estudio de los problemas de la teología y, aunque su ingenio era pronto y sutil, no se detenía en las cuestiones de pura especulación, sino que reservaba todo su vigor intelectual para los puntos de doctrina que tendría que exponer más tarde en sermones o en conferencias. Durante sus años de estudios parece que estuvo atento a hacer de la teología la servidora de su piedad. Desde su llegada a Enghien comenzó a leer en francés el libro del P. Plus, "Dios en nosotros", como para introducirse sin dificultad en el tratado teológico de la Trinidad que iba a estudiarse aquel año.

Más tarde se le oyó a menudo hablar, no con discusiones teóricas, sino con palabras sencillas, sobre nuestra elevación a la vida divina y la presencia de las Tres Personas en el alma en estado de gracia, y el año siguiente, cuando las crisis de su enfermedad fueron más dolorosas, y le causaron interminables insomnios, confió a uno de sus hermanos el secreto de su serenidad y paz: "Nunca está uno solo..." Uniendo así estrechamente estudios y piedad, su alma ardiente se desquitaba de la imposibilidad de hacer largas visitas en la capilla; pero más tarde, estando gravemente enfermo, pasaba

de rodillas largos ratos, muy cerca del altar, con el rosario en la mano, el cuerpo derecho, sin apoyo, los ojos fijos en el Sagrario, sin moverse, en un recogimiento profundo.

Acercábase ya el tiempo en que debía ordenarse de sacerdote, al fin del tercer año de teología, y entonces permitió Dios que padeciera el P. Pro una tormenta de que sus compañeros no se dieron cuenta, pero que él mismo comunicó por carta, que desgraciadamente no se conserva, al autor de estas líneas. Fue una temporada de crisis interior, de desaliento, de tristeza, de temores. Recordando entonces a la luz de la desolación, los años pasados en la vida religiosa, y principalmnte los de su estancia en Nicaragua, se persuadió de que no iban a concederle las órdenes. Esta persuasión le quitó el poco sueño y el apetito que sus enfermedades le dejaban, y con expresiones dolorosas y tiernas, con verdadera angustia preguntaba a quien le había conocido interiormente, y había sido el confidente de sus supuestas faltas, si sería posible que le concedieran la inmensa gracia de que se ordenase de sacerdote.

A los pocos días, himno triunfal: "No dudo en enviarle esta (carta) para darle un notición mayúsculo: me han concedido la misa; el 31 de agosto diré la primera!" ¡Y vuelve a usar el futuro P. Pro de aquel su estilo guasón que en la citada anteriormente había suprimido: "Y era natural, siguien-

do los consejos que de su acertada férula espiritual recibí, cuando iba a depositar en su real pecho las cuitas que no cabían en el mío y cuando le abría no sólo el seno de mi alma pura y angelical, sino el coseno y la trastienda y la tangente o contangente de mi corazón sencillo, devoto, místico, frío y edificante; es natural, digo, que la misa viniera, como vino y alegrara a mi ánima beata, como la ha alegrado, regocijado, rejuvenecido, animado... en sus tres o cuatro potencias naturales o sobrenaturales.

Alégrese conmigo y ayúdeme con sus sacrificios y oraciones a dar gracias a Dios por este nuevo favor y alcanzar de El que me prepare mejor a recibir tan gran sacramento.

Ud. querrá sin duda hacerme un regalo para la misa ¿verdad? pues mire su merced qué hijo espiritual le dió el cielo... yo no me opongo ¡claro! ¡qué me voy a oponer! ¡no faltaba más! por tanto, envié lo que quiera (aunque sea una carta) con tal que no sea un alacrán, ni papaya, ni vigorón (chicharrón con yuca) ni maduro (plátano).

Aunque, maduro... ya lo necesitaría, a ver si me entra el juicio, pero creo que en ese punto ya me quedé remendón para **in saecula.**

Si me viera Ud. (quod spirituale) ya no me conocería: me he vuelto místico, ni a tres tirones salgo de la vigésima morada, y... lo digo con rubor: ¡Hasta he escrito a las monjas mis hermanas!

Bendiga a su cachorro espiritual que no lo olvi-
a in Corde Jesu."

En tarjeta postal de 7 de julio, anuncia a su ami-
o el P. Pulido: "El 19 recibiré el subdiaconado,
l 25 el diaconado, y hasta el 30 del mes que entra
l presbiteriado."

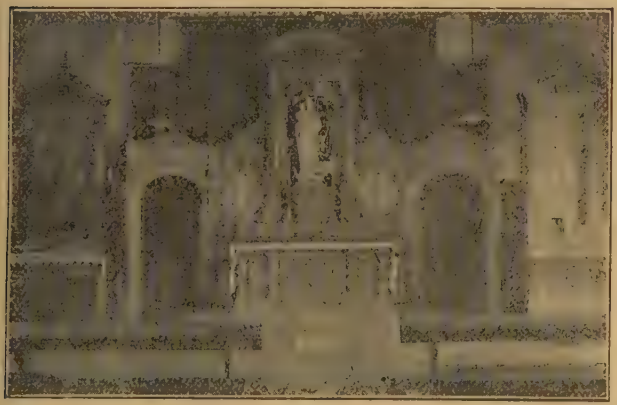
Llegó por fin el día suspirado que no fue el 30
omo él esperaba, sino el 31 de agosto de 1925. Mon-
eñor Lecomte fue el que ordenó al padre Pro, jun-
o con otros veintiún religiosos, diez y ocho de los
uales eran franceses, uno brasileño, otro de los Es-
ados Unidos, y el P. Pro mexicano.

En la sacristía lloró muy conmovido de gozo y de
risteza, y en el momento en que levantó las manos
ara dar su primera bendición, se le nublaron los
jos con lágrimas. Casi todos sus compañeros ben-
lecían a los miembros de su familia que estaban allí
resentes, él, alejado de sus padres y hermanos por
oda la extensión del Océano sabía que estaban en
ran pobreza, perseguidos, llenos de pena. Poco
luró la impresión de tristeza; encontrando pocos
nstantes después a uno de sus compañeros de orde-
ación le dijo con entusiasmo: "Por fin somos sa-
erdotes, y eso basta".

Qué impresión haya sentido interiormente en tan
olemne día, y el siguiente, cuando dijo su primera
isa, lo encontramos en algunas cartas en que feli-
itaba a algunos condiscípulos por su ordenación de
llos. De Hyéres el 13 de mayo de 26 escribía al P.

Ordenación Sacerdotal.

Iagín Negra, de la Provincia de Aragón: "...La oticia de su misa fue para mí una consolación tan rande que sólo se compara a la que yo experimen- en circunstancias análagos... ¿El premio aquí n la tierra? **Introibo ad altare Dei** rodeado de a familia, al lado de sus padres... yo no tuve esa icha, mi madre no recibió de mi mano la comunión, al vez mi padre no la recibirá. La alegría comple- a no existe en la tierra". Y al P. Juan Antonio avestany ,de la Provincia de Toledo, el 8 de junio



Capilla en que el P. Pro dijo su primera Misa.

e 1926: "Aunque no he recibido noticia de su pró- ima ordenación, creo que para estas fechas ya ha- rá ido ésta a llenar su alma de consolación y di-

cha. Yo me uno muy de corazón a ella y me gozo y regocijo sinceramente con Ud. Justo es que su contento sea el mío como el dolor de la muerte de su padre también lo fue y como mis alegrías y tristezas hallaron fiel eco en su corazón de hermano.

Muchas cosas hubiéramos charlado, si el Señor me hubiera concedido la gracia de ir a Sarriá, que por esta carta no se pueden decir, a propósito de la ordenación. Con todo, voy a decirle a Ud. una que mejor que yo ha comprendido y que en su oración diaria el Señor le ha hecho ver más claramente en estos inolvidables días de preparación próxima para el sacerdocio. Hablo por experiencia propia, y a Ud. que me conoce.

Yo no he hallado en toda mi vida religiosa un medio más rápido y eficaz para vivir muy estrechamente unido a Jesús que la Santa Misa. Todo cambia de aspecto; todo se mira bajo otro punto de vista; todo se amolda a horizontes más amplios, más generosos, más espirituales. No será Ud. el Juan Antonio de antes.; algo más divino va a inundar su alma, y a trocarla por completo, y ese algo que en el carácter se le va a dar y que no es otra cosa que la plenitud del Espíritu Santo, va a consumir todo lo que de humano quedaba, para avivar su vida divina, su participación más estrecha y real al "**Consortes divinae naturae**"...

Yo, padre mío y hermano muy querido en el Corazón de Jesús, le felicito con toda mi alma; yo he

sentido y siento, aun en medio de mis tibiezas, una fuerza superior que me hace ir adelante, y que muy pronto va a recibir Ud. Desde ahora para ese día le envío mi abrazo más apretado y fraternal, y beso desde aquí esas manos elegidas para ser el Trono de Jesucristo. Bendígame a mí y a los míos; yo por mi parte le ofrezco mis oraciones de un modo más especial estos días... Adiós, y hasta el cielo."

Las mismas ideas se repiten en la carta del 27 de mayo, al P. Benjamín Campos: "Ayer recibí su postal en que me da Ud. la grandísima noticia de su próxima promoción al sacerdocio; gracias a Ud. por tan buena nueva y gracias a Dios por beneficio tan grande.

Mi querido padrecito Campos, si en vez de emborronar una carta, pudiera yo platicar familiarmente una media hora con Ud., le diría el gran consuelo que sentí al saber la noticia oficial de que va Ud. a subir al altar... tengo costumbre de bromear, pero ahora quiero hablarle con toda sinceridad.

Hace cerca de un año que tengo la dicha de decir misa; la alegría que se siente no se parece a nada de este mundo bajo, es algo superior, espiritual y divino. Despójese Ud. para siempre de su antiguo Benjamín, porque, aunque Ud. no quiera, va a sufrir una transformación radical. El Espíritu Santo va a darse a Ud. de una manera especial el día de su ordenación; va a destruir todo lo que quedaba de huma-

no en ese pobre corazón de tierra; se admirará Ud. de ver cambiada **in melius** esa pobre naturaleza que nos juega tan malas pasadas, y esto, no sólamente en las grandes líneas de su vida nueva, sino en las pequeñas menudencias de su vida cotidiana. ¿Tengo la misma voluntad que antes tenía? ¿Mi manera de pensar, de juzgar, de decidir, es la misma? ¿Los ideales de santidad que había acariciado durante los largos años de mi vida religiosa, son los mismos? Mi querido padrecito Benjamín, si cree Ud. a la corta experiencia de un pobre minero, esté Ud. seguro de que no será mañana lo que es hoy. Hay algo en mí que antes no había sentido nunca, y que me hace ver las cosas de otra manera; eso no es fruto de los estudios, ni de nuestra santidad más o menos sólida, ni de nada que tenga el sello personal y humano. Eso viene del carácter sacerdotal que el Espíritu Santo imprime en nuestras almas, es una participación más estrecha de la vida divina que nos eleva y deifica, es una fuerza superior que hace accesibles los deseos y las aspiraciones que hasta entonces no habíamos podido realizar.

Sin embargo, ese cambio no lo había sentido antes de estar en contacto con las almas. Dejo de lado las falsas humildades para abrirle de par en par mi pobre corazón de hermano. De una manera o de otra, durante mi teología estuve cerca de seis meses ocupado en el ministerio, y puedo asegurarle que Dios N. S. se ha dignado tomarme como instru-

ento para hacer el bien. ¡Cuántas almas he deja-
o consoladas, cuántas penas he hecho desaparecer,
ué valor he inspirado a las almas para seguir el di-
cil camino de la vida! Dos vocaciones casi perdi-
as han vuelto a reanudarse, un seminarista deci-
ido a dejar la sotana sigue con nuevo valor los de-
gnios de la Providencia. Evidentemente, no era
o el que hacía todo eso: no tengo sino fijarme en
i manera de proceder, en mi temperamento, mis
sposiciones y mis estudios. A veces quería decir:
Negro", y decía "blanco", y era precisamente
anco lo que había que decir. ¿Podría yo glorifi-
rme de mis dones humanos, cuando evidentemen-
ve Ud. que no me habrían dado ningún resultado?
i he hecho algún bien, es claro que lo debo a la
acia de mi sacerdocio, al Espíritu Santo que me
obernaba, a algo que no tenía nada de humano.

Estas cosas no las había sentido antes de mi orde-
ición. Vea Ud., hablo en el púlpito con facilidad,
doy lecciones a quien sabe más que yo; pero la
ngua habla de la abundancia del corazón, y estoy
gobiado de gracias que el Señor me ha hecho des-
e el dichoso día de mi ordenación; no puedo decir
no lo que decía el profeta: **De stercore erigens**
auperem ut collocet eum cum principibus populi
ui... (levanta del estiércol al pobre para colocar-
con los príncipes de su pueblo).

Va Ud. a recibir la misma gracia que yo gozo; el
nsuelo que sentí al saberlo me ha hecho emborro-

nar esta pobre carta sin orden ni plan, pero escrita con la mejor voluntad que puede Ud. imaginar.

Adios. Que el Señor le bendiga. No le he olvidado a Ud. un sólo día en la Santa Misa; pero sepa Ud. que en adelante pensaré en Ud. de manera especial para dar gracias a Dios y para que se prepare Ud. lo mejor que pueda."

La tristeza por la ausencia y las penalidades de sus padres y hermanos, y los dolores de sus propias enfermedades no fueron parte como se ve, para amenguar su fervor y caridad, antes al contrario, por medio de tantos sufrimientos interiores y exteriores, iba Dios puliendo y afinando el alma de su siervo para llevarle a la altura de santidad que Su Divina Providencia le había destinado.

Los demás sacerdotes sus compañeros podían ejercitarse en los ministerios durante las vacaciones; el P. Pro, que no llevaba sino un año de aprender la lengua francesa, nó estaba capaz todavía para dar salida al fuego que le abrasaba por la salvación de las almas; pero era tan ardiente este fuego, que se buscó salidas, y una fué, pedir ahincadamente al P. encargado de señalar a los que debían decir misa fuera de casa, que le nombrara pronto y muchas veces, sea para la parroquia, sea para el convento de las Hermanas de la Caridad, porque en esas misas se distribuía la comunión a gran número de fieles y "eso me consuela, decía él, de no poder ejercer los ministerios en Enghien como los estudiantes fran-

ceses". Además, pidió permiso para visitar las minas de Charleroi, entrar así en contacto con los obreros que de mucho tiempo atrás fueron sus preferidos, y prepararse mejor para su futuro apostolado. "Hizo estas visitas, dice uno de sus biógrafos, con la seriedad de una peregrinación, oyendo las quejas, penetrando el sentido de las palabras con que expresaban los obreros sus miserias y sus cansancios".

Fué sin duda durante uno de estos viajes cuando tuvo lugar en un carro de ferrocarril la siguiente escena: Entró el P. Pro en uno de los departamentos reservados a los obreros, fingiendo no caer en la cuenta del poco afecto con que se le recibía. A los pocos minutos, uno de los viajeros se dirige al padre:

—Señor cura, no sabe Ud. dónde ha venido a meterse.

—¡Cómo! ¿Pues dónde?

—Entre puros socialistas.

—¡Ah, magnífico!—responde el padre imperturbable, yo también soy socialista.

—¿Cómo? ¿Usted?

—Sí... sólamente—añadió rascándose la cabeza, —siempre he tenido una dificultad: cuando tengamos en nuestras manos todo el dinero de los ricos, ¿Cómo nos arreglaremos para guardarlo?

El obrero no atinaba qué responder y para salir del paso dijo:

—También hay comunistas entre nosotros.

—Conque comunistas ¿Eh? ¡Qué bueno! Yo también soy comunista. Miren, ya es la una, Uds. están comiendo; pues, bueno, yo también tengo hambre. ¿No quieren Uds. partir conmigo?

El obrero desconcertado mira a sus compañeros y la conversación sigue: ¿No tiene Ud. miedo de subir a nuestros reservados?

—¿Miedo? ¿Por qué? Yo siempre voy armado.

Entonces el padre saca de su bolsillo un crucifijo y enseñándole dice: "Estas son mis armas, con ellas no tengo miedo," y les explicó el amor de Jesucristo por los obreros.

Al llegar a la estación próxima, un obrero bajó del tren, compró unas tablillas de chocolate, y se las dió al padre. Antes de separarse le estrecharon todos la mano.

Quería el P. Pro que le permitieran los superiores pasar una temporada trabajando como obrero metalurgista o minero, y después de mucho orar y reflexionar detenidamente, escribió a México dando cuenta de su deseo.

Ya veremos que el estado de su salud no permitió obtener la gracia pedida. Entre tanto que la respuesta venía, pasó parte de sus vacaciones del mes de septiembre en Fayt-les-Manage en que sus amigos de la J. O. C. (juventud obrera católica) había organizado su primera semana de estudios para dirigentes. Allí conoció a los principales directores

de obras sociales, tuvo interminables conversaciones con jóvenes obreros venidos de las cuatro extremidades de Bélgica, y pensaba acomodar a México lo que se pudiera de las maravillosas organizaciones obreras belgas.

V

AMOR FILIAL.— PADECIMIENTOS FISICOS.— CELO DE LAS ALMAS.

Noviembre de 1925 — Junio de 1926

Antes de hablar de las crisis principales de sus enfermedades, recordemos algunos hechos que dieron muestras de la ternura y grandeza de corazón del P. Pro. Tomamos lo que sigue de una carta del P. Enrique Basabe S. J.: "Estando en la clínica (de Bruselas), le llegó la noticia de la muerte de su madre. (Murió la señora el 8 de febrero de 1926). Le escribí el mismo día una carta de pésame, y recuerdo cuán sinceramente me la agradeció el jueves siguiente en que lo fuí a visitar. Entonces pude apreciar todo lo hermoso de su corazón filial. Siento no poder recordar las frases que aquella tarde oí de su boca, pues serían de las más interesantes páginas de su vida. Dios le exigió el sacrificio cuando ya se estaba acercando el tiempo en que podría verla después de tantos años, y en que podría ella oirle una misa... "Cuando recibí la noticia, recuerdo que me

Clínica de St. Remy en Bruselas

ijo, me quedé no sé si sereno o atontado. No te-
ía lágrimas. Pero cuando al caer de la tarde me
ncontré solo, cogí el crucifijo en las manos y me
rté de llorar." Me enseñó la fotografía de ella y

de toda su familia, y me habló de lo muy consolado que estaba por la muerte santa que había tenido, y el presentimiento dulce que tenía de que ya estaba en el cielo. Fue una tarde de esas que difícilmente se olvidan."

En una conversación con algunos de sus hermanos dijo de pronto con una convicción extraordinaria: "Mi madre está en el cielo, quería esta mañana decir misa por el descanso de su alma, pero no pude rogar por ella; estoy seguro de que está en el cielo."

Para que se vea el tierno y delicado cariño que profesó siempre a su familia, léanse los versos que escribió en Enghien, en mayo de 1925, habiendo recibido unos retratos de sus hermanos: Edmundo con su primogénita, Roberto y Humberto. Dicen así:

VIENDO EL RETRATO DE MIS HERMANOS

Lo que recibí.

—I—

Edmundo está con su nena
hecho un tarrito de miel;
su boca dice: "Mi...guel,
¿qué juzgas de mi morena?"
Que... a su carita rellena
caen de perlas sus ojazos,
y esos lindos cachetazos
piden besos al papá
que uno tras otro dará
cuando la arrulla en sus brazos.

—II—

Roberto está coquetón
fumando un ..."canela pura";
es varonil su figura,

noble sin ostentación,
todo su buen corazón
en su rostro se refleja,
y no habrá ninguna vieja
que al mirarlo no se cuadre
y diga: "¡viva tu madre
que tales chicos nos deja!"

— III —

Parece Beto de pie
algo flaco, pero esbelto;
¿que es un muchacho resuelto?
sólo al mirarlo se ve.
¿Sentado?... Yo no podré
decir que vale un comino,
pues tiene un aire de indino,
de pensador... de talento..
que va a dictar al momento
del mundo el nuevo destino.

Lo que espero recibir.

— IV —

El retrato de un señor
que como preciosa herencia
quiso, al darme la existencia,
darme su nombre y amor.

Y aunque el tiempo destructor
ha plateado su cabeza,
no ha menguado la grandeza
del cariño que me tiene,
que en las luchas me sostiene
y me infunde fórtaleza.

— V —

De una amable viejecita
el retrato ha de llegar
a quien más no puedo amar
pues tengo el alma finita...
De mi santa mamacita
que de niño me cuidó,
y en sus maternales brazos
rompió del mundo los lazos
cuando al señor me entregó.

— VI —

Un retrato más y así
veré mi dicha cumplida,
¿Quién falta?... la preferida,
la nanita para mí.
Siempre pretencioso fuí,
busqué siempre lo mejor,
y jamás hallé un primor
que colmara mi alegría
como cierta... ANA MARIA
que es de mi casa la flor.

Lo que no espero.

— VII —

Ver el retrato de dos
monjitas de mis pecados
que ya no tienen tocados
ni van de la moda en pos.
Dos monjitas, ¡vive Dios!
que valen un potosí,
pues en ellas descubrí
una "Luz" que muestra el cielo
una "CONCHA" de consuelo
que en todas partes sentí.

. . . . . .

Cuánto mi alma gozará
al ver mi familia entera,
cuya imagen verdadera
en mi pecho vivirá;
Y ni la muerte podrá
borrar por leves instantes
de esos seres los semblantes,
que como en sagrado templo
de mi corazón contemplo
siempre amados, siempre amantes.

Dos meses y medio llevaba estudiados el P. Pro
su cuarto curso de teología, cuando las crisis es-
macales que cada vez con mayor frecuencia y más
tensos dolores había ido teniendo desde hacía
ios, hicieron pensar a los médicos que era necesa-
o interrumpir los estudios y enviarle a una clíni-
. Como veremos, anduvo de sanatorio en sanato-
o, desde noviembre de 1925 hasta junio del año si-
iiente. Al P. Espiritual de Enghien, P. Bouvy,
ie le exhortaba a sufrir las operaciones que tal vez
rían necesarias para permitirle trabajar largo
empo y con fruto en los ministerios apostólicos, le
ntestó: "No tengo miedo al sufrimiento físico".
en efecto, conducido primeramente a la clínica
aint-Rémi, de Bruselas, determinaron los facultati-
os que se imponían dos operaciones. Para la se-
unda, se determinó que no le darían cloroformo al
nfermo, entonces él pidió el Código de Derecho Ca-
ónico, y todo el tiempo que estuvo su cuerpo en ma-
os de los cirujanos se esforzó por ocupar intensa-
iente su espíritu en el estudio. Quedó después de las
peraciones en un estado de suma debilidad, con fuer-
s dolores de estómago y una dificultad tan grande
ara alimentarse, que cualquier cosa que tomase
arecía que le quemaba el estómago. Sufrílo todo
on paciencia que dejaba admiradas a las religiosas
nfermeras, y todavía más se admiraban del espíri-
u de obediencia con que tomaba las medicinas más
esagradables. Cuando sus compañeros iban a vi-

sitarle, tenía siempre en los labios palabras de broma y de alegría con que disimulaba sus penas, y ponía todo empeño en reírse de sí mismo y hacer agradable el tiempo a los demás. La fuente de donde sacaba la fortaleza y energía necesarias para sufrir, para obedecer, para sacrificarse alegremente por los demás era la oración. "Oraba casi todo el día y parte de la noche", nos dice el P. Couvreur. "Cuando había orado, añade, sentíase como renovado."

Después de la tercera intervención quirúrgica, su debilidad había ido en aumento de tal manera que los superiores juzgaron oportuno enviarle a un clima donde la suavidad del aire, las emanaciones salinas del mar, y un descanso completo reavivaran aquel organismo destrozado. Le mandaron a la Costa Azul, a una pensión de familia, dirigida por religiosas Franciscanas, en la cual había varios sacerdotes en tratamiento.

Desde su llegada pidió que le permitieran decir la primera misa de cada día, para que sus compañeros pudieran descansar un poco más, y como le objetaran que él también necesitaba descanso: "Déjenme decirla, contestó; como no puedo dormir, no es para mí gran sacrificio levantarme temprano." Terminada la acción de gracias de su misa, tomaba apenas el tiempo necesario para desayunar y acudía a ayudar otras misas. Un día que la madre sacristana le aconsejaba que no se tomara ese trabajo contestó: "Quisiera yo poder ayudar todas las misas

El P. Pro en la Clínica.

que se celebran.'' Y esta devoción le duró toda la vida. En México, durante la persecución, cuando estaba tan cargado de trabajo como veremos, ayudaba a misa todas las veces que podía en las casas particulares. Durante el día, visitaba a los demás enfermos del sanatorio, esforzándose por alegrarlos y consolarlos y prestándoles los pequeños servicios que podía.

Su celo estaba siempre despierto para aprovechar las ocasiones de hacer bien a las almas. Recién llegado a la Costa Azul, yendo un día de paseo, sabe que en una clínica vecina hay una señora en peligro de muerte y que no se ha confesado. Armado con todas las facultades necesarias, acude allá y se encuentra a la dama muy inquieta por no saber nada de su marido y de sus hijos que se hallan en Toulon. El P. Pro pregunta los nombres de los niños, la ocupación del marido, etc., y va poco a poco preparando el terreno hasta que dice: ''Está Ud. delicada. ¿No quiere Ud. para no sufrir sola recibir a Dios?'' Acepta la enferma y al día siguiente se confiesa y recibe el Santísimo Sacramento. Pocas horas después había muerto cristianamente.

Para poder confesar a un anticuario enfermo, pasó una tarde entera pidiéndole explicaciones sobre las curiosidades de la tienda, hasta poder deslizar algunas palabras sobre la importante cuestión de la salvación del alma. No le faltaron algunas dificultades. Una tarde, habiendo salido de paseo, le avi-

san que está muriéndose un enfermo: corre a la casa que le indican y se encuentra con un hombre en perfecta salud, y que al ver entrar en su casa a un sacerdote, le injuria y aun quiere pegarle, el padre procura calmar al viejo y logra escapar sano y salvo.

La religiosa que le cuidaba le habló de un obrero por nombre Amadeo que venía todas las tardes, después del trabajo, a cultivar el jardín del sanatorio; el muchacho no había hecho todavía su primera Comunión, aunque las monjas se habían esforzado por convertirle, pero en vano. El padre Pro, la misma tarde en que recibe la noticia, procura hacerse amigo del jardinero, le dice que ha viajado de México a Europa para darse cuenta de la vida de los obreros, que quisiera hablar con él acerca de ello. Al día siguiente le recibe en su cuarto ante una mesa bien provista de chocolates, frutas y pasteles. La merienda da ocasión a pláticas agradables que llevan al P. suavemente hasta preguntar a Amadeo si va a misa los domingos. Silencio profundo. A las afectuosas instancias del Padre, abre su corazón el muchacho, le cuenta su historia: cuando chiquillo era travieso y estudiaba en un seminario menor de donde fue expulsado por una insubordinación que no había cometido. Profundamente indignado por la injusticia había prometido no acercarse jamás a ningún cura. A fuerza de tacto y de bondad logra el P. Pro ganarse completamente la voluntad de Ama-

deo, y después de algunas semanas de catecismo, le da la primera comunión.

Trajeron un día al sanatorio al Sr. Dozón, cura párroco de Porquerolles atacado súbitamente de parálisis. El P. Pro obtuvo del capellán el permiso para reemplazarlo en su ministerio con el pobre anciano; lo decidió a hacer sin tardanza una última confesión general, le rodeó de todos los cuidados posibles para hacerle menos desagradables los últimos días, tuvo el gusto de administrarle él mismo los últimos sacramentos, y la tarde en que le dió la extremaunción manifestó su intención de pasar la noche junto al enfermo para endulzarle su agonía; la superiora tuvo que usar de toda su autoridad para obligar al P. Pro a retirarse a descansar.

No pudo, sin embargo, asistir a la muerte del señor Dozon, porque aquel día mismo recibió el P. Pro carta de su superior llamándole a Enghien para volver a México.

Los superiores, viendo que el estado de su salud no mejoraba gran cosa, insistieron con los superiores de México para ver si los aires natales mejoraban al enfermo, y para que tuviese por lo menos el consuelo de ir a morir en su patria y enmedio de los suyos. Cuando recibió la noticia, creyendo él que le daban por deshauciado, exclamó: "Por qué no me lo dicen? Yo ofrecería desde ahora el sacrificio de mi vida. Para hacer el bien en México, Dios no necesita de mí."

Pasados en Enghien unos días, pidió permiso para ir a Lourdes a despedirse de Nuestra Señora. Una carta suya, fechada en París, el 18 de junio de 1926 nos dice sus impresiones en el Santuario de la Virgen. La carta va dirigida al R. P. Magín Negra S. J., de la Provincia de Aragón, y dice de esta manera:

"Muy amado en Cristo Padre:

Ahora sí ya puedo decir lo que Simeón: **Nunc dimittis**...; ya puedo partir para el otro mundo, y no aquel que llamaban nuestros mayores: Las Indias, sino el verdadero otro mundo que está en el cielo.

¿Que hice yo una barrabasada, estando, como estoy, endeble y bueno para nada? —No lo niego. ¿Qué fue una imprudencia pasar dos noches en el tren sin dormir y sin cenar? —Tampoco lo niego. Pero lo que en jamás de los jamases negaré es que ayer fue uno de los días más felices de mi vida.

De París salgo el miércoles a las siete de la noche. Llego a Lourdes a las ocho y tres cuartos de la mañana, y desde luego palpé la asistencia especial de Nuestra Señora, porque en el camino encontré al Secretario del Obispo, le presenté un papel, me dió el permiso de celebrar, y llego a la Basílica... cuándo? Cuando se acababa la última misa pedida en el altar mayor. A las nueve comencé mi misa, y si duró más de lo acostumbrado fue porque en los momentos tenía muchas familias por quienes pedir, de México, de Sarriá, de Enghien, de Bruselas... y us-

ted sabe que su familia y la mía tienen, gracias
Dios, muchos miembros.

De la iglesia fui a la gruta... la gruta, o un peda
cito de cielo, donde ví a una Virgen que inundó u
alma de una dicha inmensa, de una consolación ín
tima, de un bienestar divino que se siente sí, se sien
te vivamente, pero que no hay palabras para expli
car. El infeliz y pobre Pro no vió, ni oyó ni se di
cuenta de nada de lo que hacían los miles de pere
grinos que allí estaban... digo mal, una vez, al le
vantar los ojos para ver a su madrecita, vió a una
enferma metida en su carrito, a los pies de la Vir
gen y que rezaba el rosario con los brazos en cruz..
y eso le acabó de perder, pues la fe y la confianza
que descubrió en esa enferma avivaron las suyas y
comenzó una conversación íntima con esa Santísima
Madre, en la que más que él, ella hacía y deshacía
en mi alma como jamás lo había sentido.

¿Cómo duré tanto tiempo de rodillas, yo que a los
cinco minutos ya no puedo continuar? No lo sé.—
A las doce fui a comer. Escribí cuatro postales, y
a las doce y veinte ya estaba en la gruta. No me
pregunte qué dije o qué hice; yo no sé nada, yo no
fui ayer el miserable de siempre.

A las tres, un cura se acerca y me dice: "Si sigue
usted así se va a poner enfermo, yo le aconsejaría
que se fuera a las piscinas, allí hay sombra". ¿Por
qué me lo dijo, o qué cara o postura tenía yo, o
otra de las cosas que ignoro. Yo sólo sé que estaba

los pies de mi Madre, y que yo sentía muy dentro e mí su presencia bendita y su acción. En las pis-inas vi a los cientos de pobrecitos enfermos que van n busca de su salud. Un capuchino predicaba en-'e las decenas del rosario; yo hice lo que todos ha-ían, cantar, rezar, besar el suelo, ponerse en cruz e ivocar a la Virgen. A las cuatro cincuenta ya iba a el tren.

Y... ¿Estuve en Lourdes? pues ¿Cómo no fui al alvario? ¿Cómo no vi el río? ¿Cómo no sé cual es forma de la Basílica ni qué cosas hay o no hay? sin embargo allí estuve. Porque para mí ir a ourdes era encontrar a mi Madre del cielo, hablar-, pedirle; y la encontré, le hablé y le pedí.

A las ocho y media llegué a París, y a las nueve ecía misa en casa.

No he podido dormir hoy más que una hora; el omingo saldré a las ocho y media de la mañana, y egaré a Saint-Nazaire a las cinco de la tarde. El apor sale a media noche. Mi viaje no será tan du-o como pensaba, pues la Virgen me lo ha dicho. Ay, padre!... Era muy penoso para mi miserable aturaleza volver a México sin salud, sin acabar mis studios, encontrar a mi pobre patria deshecha por is gobernantes y sin el placer de volver a ver quella santa madre mía que me dió el sér y a quien oro aún, en medio de mi resignación y conformi-ad. Pero mi viaje a Lourdes me ha dado bríos, y

ese viaje a Lourdes es debido a la caridad y delicadeza de Ud. y de su familia..."

Esas últimas palabras requieren una ligera explicación: Cuando dieron al P. Pro sus superiores de Bélgica el permiso para ir a Lourdes, ofreció conseguir el dinero necesario "Dando un tajo, como él dice, a un alma buena", y el 8 de junio escribía al mismo P. Magín Negra la delicada carta siguiente: "Dos cosas mueven mi pluma para endilgarle a usted esta carta: primera, el poner en su alto conocimiento que dejo estas europeas soledades por las vírgenes y soleadas selvas de mi patria. El rector de casa, que es la amabilidad en persona, no descansó hasa obtener de mi Provincial que me volviera a México, en donde tal vez es muy probable que pueda ser que de casualidad se restablezca mi compósito beluino, agotado por tantos tajos, cuchilladas, inyecciones y aberturas. La segunda cosa que debo decirle, es más peliaguda, delicada, sutil y gitanesca. Trátase nada menos que de ofrecerle cuatro misas que tengo disponibles en todo este año si es que no muero antes y lo dejo colgado.

¿Cuatro misas? Sí, señor, cuatro; pero (ahí viene la parte espinosa) porque usted no debe pensar muchos días, sino, a vuelta de correo, escribirme a París, a la dirección que le daré más abajo, diciéndome: Miguelito Pro, acepto tus cuatro misas, y como estipendio te mando (4 por 3 en buenas matemáticas francesas son 15 pesetas!!) 15 pesetas, con

las que podrás darte el lujo de ir a Lourdes y decir muchas cosas a la Virgen por mí... Que sea esto un abuso de confianza no lo dudo, que sea una desfachatez tampoco lo dudo; pero mis ganas de niño caprichoso han pasado por todo, y le escribo... El doce de este estaré en París, y el 19 salgo para Saint-Nazaire... Y basta de lata. Gracias, pero muchas, muchísimas gracias por... mis misas, y perdone los últimos sablazos de quien no le ha olvidado delante del Señor desde que pudo subir al altar..."

El 24 de junio salía el "Cuba de Saint-Nazaire, llevando al P. Pro a las playas mexicanas.

V I

POR FIN EN MEXICO. — PRIMEROS TRABAJOS APOSTOLICOS.

Junio 1926-Mayo 1927

"Pasé los mares en una compañía deliciosa de puros mexicanos, siendo el único cura a bordo. Por permisión extraordinaria de Dios, fui admitido en mi patria, pues siendo el gobierno el que es y echando a curas y frailes de su territorio, no sé cómo quiso que yo entrara en él, pues ni la sanidad se opuso, ni se fijó en mi pasaporte, ni en la aduana vieron mis maletas. A las seis de la tarde salí del puerto, y a las siete de la mañana del día siguiente estaba en Lerdo. (En la residencia del R. P. Provincial). A las diez vi al jefe, y a las once ya estaba de Padre grave (operario) en Enrico Martínez con esta orden: "Luego que se reponga del viaje hará otro a Chihuahua, al Colegio". Tal dice el mismo P. Pro en carta que desde una hacienda escribía el 12 de octubre al R. P. Jasús Martínez Aguirre.

Al P. Pro le faltaba, como se ha visto, concluir su último año de Teología, retirarse después, por un año entero, a lo que llama San Ignacio "Tercer Año de Probación", que es como el coronamiento de la formación del jesuita, y sólo entonces hubiera podido, normalmente hablando, entregarse sea a la enseñanza, sea a los ministerios espirituales con los prójimos, según lo que ordenara la obediencia. Pero Dios, por medio de las circunstancias, lo dispuso de otra manera. Llamado el P. a México para mejorar su salud, le dieron orden de estudiar en privado las materias que le faltaban, para dar su examen final, y de emplearse en aquellos trabajos de celo que buenamente pudiera.

Para historiar los últimos y más gloriosos meses de la vida del P. Pro tenemos el material más apreciable que son sus cartas; las que poseemos van dirigidas al R. P. Provincial, al P. Henry Valley o al P. Fernando Otón. Escritas, es verdad, al correr de la pluma, pero con aquel su estilo fácil y agradable, a personas a quienes por cariño y por deber hablaba con toda sinceridad, mostrando lo íntimo de sus pensamientos, son el retrato más verídico de su alma, nos dan la idea más cabal de lo que en realidad era.

Llegó a la capital, como hemos visto, el 8 de julio de 1926. Las circunstancias en que se hallaba México por aquella época son tan conocidas de todos, que no nos parece necesario insistir en ellas; sólo recordaremos que el 31 de julio, poco más de

veinte días después de la llegada del padre, se suprimió en toda la República el culto público.

"Y aquí comienza el trabajo, dice el P. Pro (12 de octubre de 26); mi confesonario fue un jubileo; dos veces me sacaron de él desmayado, pues mi beluina naturaleza, que acababa de dejar los almohadones blandos de la clínica, no estaba avezada a la tarima dura del confesonario, que calentaba desde las cinco de la mañana hasta las once, y desde las tres y media de la tarde hasta las ocho. Empezaron al mismo tiempo las pláticas, los fervorines, los espiches, y...¡horror me da pensarlo!... el sermón de campanillas de nuestro Santo Padre..."

Este sermón no pudo predicarlo porque su estomago le dió por aquellos días más trabajo que de costumbre.

"Al cerrarse los templos pensé tirarme a la bartola para descansar del trajín de los últimos días en que todo el mundo quería confesarse. Trajín verdaderamente espantoso que nos puso en jaque, de la mañana muy temprano a las once y doce de la noche." Pero el ansia de los fieles por continuar recibiendo los Sacramentos no dió lugar al descanso. Pláticas, confesiones, bautismos, matrimonios ocuparon bien a los pocos sacerdotes que por menos conocidos podían trabajar con seguridad relativa. "Y claro está, lo que se hacía en una hora en la iglesia, apenas si en todo el día se podía llevar a cabo fuera de ella. En ese tiempo fui nombrado jefe de conferencistas, y

esto sí que me sacó canas verdes, pues los tales conferencistas eran lo más granado de la juventud capitalina, gente de talento y de carrera, que me embestían con preguntas de Filosofía, Moral, Sociología, Escritura, y sobre todo de política y Cívica. Y les dí conferencias, y las dí al público pasando del alfombrado salón al templete de una bodega, del auditorio perfumado y culto al francote y grosero del gremio obrero.

Y no para aquí la hebra. Como la mayor parte de los nuestros no podían hacer ministerios por ser aquí conocidos y perseguidos, allí estaba yo para suplir, yendo de Herodes a Pilatos y de día y de noche. Con la ida de Otón se me echó un quintal encima, pues a mi propia parroquia tuve que añadir la que él dejaba, así ... como quien dice: No puedes torear un borrego, pues ahí te va ese "miura"... ¿Cómo resistí? ¿Cómo resisto? Yo, el débil, yo el delicado, yo el interesante huésped de dos clínicas europeas, que pasaba el día tendido en un diván tomando calditos... todo lo cual prueba con una evidencia evidentísima que si no entrara de lleno el elemento divino que sólo usa de mí como de instrumento, yo ya hubiera dado al traste con todo. Y... a Ud., a quien puedo hablar más interiormente, le digo que ni siquiera puede mi vanidad halagarse un poco en algo aunque sea lo mínimo, pues toco, palpo lo bueno para na-

da de mi persona y el fruto que hago. **Unde, non ego, sed gratia Dei mecum.** (No yo, sino la gracia de Dios conmigo).

Tengo lo que llamo estaciones eucarísticas, adonde voy cada día a dar la comunión, burlando la vigilancia de los cuicos (policías), unos días en un sitio y otros en otro, teniendo un promedio de trescientas comuniones diarias. Y el "primer viernes tuve yo sólo seiscientas cincuenta comuniones, el segundo "primer viernes" (suponemos que será el de septiembre de 26) 800, y el tercero (octubre), 910. Eso sí, me dan un endiablado trabajo, pero salgo avante. Endiablado trabajo, digo, de confesionario, y con beatas remilgadas, con hombres escrupulosos (que es lo peor), con juventud mundana, y sirvientas necias y mozos testarudos y niños molones; pero todos, todos dignos, no sólo del trabajo de un pepenacohotes como yo, sino del apostólico y caritativo celo de mil y mil misioneros, ya que el fin que mueve a nuestros desgraciados paisanos es el reparar las ofensas que al deífico Corazón de Cristo hacen nuestro infame gobierno y malvados gobernantes. ¡Oh! ¡Si tuviera tiempo de contar los ejemplos de virtud que he visto! Tamañito me dejan estas gentes, ricas y pobres. Mi confesonario no es para mí sino ejercicio de modestia al ver lo lejos que estoy de imitar a los que vienen a mí en busca de dirección. Ayú-

deme de sus oraciones, como decimos los franchutes, para que no la raspe, y pueda sacar fruto para mi alma, sin ser la estatua del P. Rodríguez, que indica el camino y se queda parada.

Todo esto escribo momentos antes de entrar en ejercicios, es decir, en el primer momento de que dispongo después de mi llegada a México, ¡Ejercicios! Otro toro y ¡olé! pues no sólo voy a tomarlos, sino a darlos a un hermano Coadjutor, y eso, yo, sin tercera probación! ¡Los primeros ejercicios que voy a dar! ¿Cómo saldrán? Sea lo que sea, compadezco al infeliz hermano en su parte espiritual, porque lo que es en su parte humana va a estar de perilla, porque lo dormiré de un tirón los ocho días.

La revolución es un hecho; las represalias, sobre todo en México, serán terribles; los primeros serán los que han metido las manos en la cuestión religiosa, y yo... he metido hasta el codo. Ojalá me tocara la suerte de ser de los primeros... o de los últimos, pero ser del número; si así es, prepare sus peticiones para el cielo. Pero no se hizo la miel..."

Esta es la vez primera que aparece en las cartas del P. Pro el vivo deseo del martirio que le ha de acompañar hasta el fin de su vida. La revolución a que se refiere debe haber sido la defensa armada de los católicos, en la cual, aunque por regla general, sólo los seglares tomaron parte, dió ocasión a

los que entonces gobernaban para acusar a los sacerdotes de ser los primeros motores de ella.

Esta carta la firma con el nombre de "el barretero", y da la razón en la postdata, diciendo: "La censura del correo está terrible, por eso no pongo mi nombre." Este seudónimo muestra su cariño a los mineros,como el que usa en otras cartas: "Miguel Enghien" simplemente indica el buen recuerdo que conservaba de la casa donde había recibido la ordenación sacerdotal.

La segunda carta del P. Pro que poseemos nos hace saltar del 12 de octubre de 1926 al 19 de febrero de 1927, y no porque no haya escrito, sino porque no todas las cartas llegaron a su destino. La del 19 de febrero, escrita al R. P. Provincial, comienza diciendo: "Ahora sí creo que le llegará a usted esta carta, pues va por propio. El Sr. D. Carlos me había dicho que usted no había recibido ninguna mía, y eso no sé a qué atribuirlo, pues he escrito a usted tres veces."

Continúa luego describiendo su vida de increíble actividad, y aunque repite algo de lo relatado al P. Martínez en la carta del doce de octubre, vamos a transcribirla íntegra, para que se tenga idea más completa de su modo de trabajar. Dice así:

"Cuántas cosas quisiera contarle; pero sólo me concretaré a lo mío, que, en resumen, es esto:

Después de la partida del P. Otón se me recargó

el trabajo, pues, a medida de mis fuerzas, me quedé con la feligresía de la Sagrada Familia. Antes de que las cosas se extremaran más, tenía mis centros eucarísticos adonde iba todos los días a llevar la Sagrada Comunión; las comuniones fluctuaban entre 300 y 400 diarias. Los primeros viernes aumentaron casi el triple. Ya se imaginará Ud. lo que eso significa para un pobre curita sin experiencia de trabajo de confesiones. Muy caballero en una bicicleta de mi hermano andaba por esas calles de Dios en peligro próximo de la vida, pues los camioneros de aquí son muy atrevidos.

De otros ministerios ya casi perdí la cuenta, pues los enfermos eran mi ocupación predilecta; los viáticos y extremaunciones, bautizos y matrimonios, a porrillo, especialmente entre la gente obrera. Los más notables fueron el bautizo de dos pequeñitas de 25 y 28 años que ya habían hecho el disparate de comulgar varias veces antes de ser bautizadas; el matrimonio de una pareja que tenía 25 años de vivir mal; la conversión de varios socialistas y de un hereje, y muchas, muchísimas primeras comuniones.

Nombrado jefe de los conferencistas, por la Liga, organicé con unos ciento cincuenta jóvenes la propaganda oral que dio muy buenos resultados al principio; pero las aprehensiones vinieron a cortarnos las alas y a echar por tierra nuestra labor.

Llevado a barriadas de pura gente pobre parece que me hallaba en mi elemento, y hablaba, gritaba ante aquel auditorio descamisado que sin temor a técnicos ni a gendarmes venía por cientos a nuestras conferencias. ¡Pobrecitos! ¡Tanto bien que se puede hacer entre ellos!

Mis hermanos carnales estaban metidos hasta la coronilla de la cabeza en todo lo de la Liga, y como promotores supuestos de los famosos globos, atrajeron las miradas de nuestros amigos del gobierno. El 4 de diciembre (1926) día en que se echaron los 600 globos que distribuyeron millares de hojas de propaganda religiosa, fue Bandala (uno de los jefes de la policía) a catear la casa. Nada encontró pero dió orden de que todo varón que llegara de doce a una de la tarde, fuese llevado a la cárcel. Yo fui el único que llegó, pues allí estaba refugiado, y... el único de la casa que fue a visitar la cárcel de Santiago Tlaltelolco. (Prisión Militar).

¡Qué recuerdos! A las siete de la noche nos llevaron a la prisión entre dos hileras de soldados, a siete jóvenes aprehendidos por causa de los globos. El teniente que nos recibió en Santiago, al leer el oficio de Gobernación en que nos declaraba presos, nos dice riendo: "Mañana vamos a tener misa".— "¡Malo!, me dije yo, ya me lo conocieron".— "¿Misa? !", preguntamos todos espantados" —Si, responde el teniente, porque entre voso

ros viene un presbítero. —¡Malo!, muy malo!, se-
uí diciendo para mi capote. "Todos nos vimos
e pies a cabeza para ver quién era el desventura-
o presbítero que nos acompañaba. —"Es un Mi-
uel Agustín, dice el teniente. —¡Alto ahí! Dije en
oz alta; ese Miguel Agustín soy yo, pero así diré
isa mañana como colchón voy a tener esta noche.
—Y ¿ese "presbítero" que se pone después de su
ombre?—Es sólamente mi apellido, Pro y no Pbro.
ue es la abreviación de presbítero.

La noche... ¡Huy! La noche la pasamos en el
atio, a cielo raso, pues en la orden de prisión ve-
ía este inciso: "procúrese fastidiar a los apre-
endidos." ¡Y vaya si lo cumplieron! Una exten-
a cama de cemento, es decir, todo el patio, se puso
nuestra disposición, con unas almohadas enormes
muy altas que servían de pared, y sin más sába-
as que las que el fresquete de la noche pudiera
arnos. Los siete presos nos pegamos uno al otro
ues el frío era más que regular, comenzamos a re-
ar el rosario, a cantar a media voz cuanto bueno se
os ocurría y a cabecear sin respeto alguno a los
entinelas que nos custodiaban. Yo, que en el ob-
ervatorio de Granada me pasaba las horas muertas
omando la altura de las estrellas y que rabiaba
orque no caminaban más de prisa, tuve que rabiar
quella noche porque iban demasiado despacio... A
mañana siguiente nos iban a despertar a cube-
zos de agua, pero como no dormimos, no hay pa-

ra qué decir que al primer chorro de agua ya estábamos corriendo por aquel patio entre las risas y las chiflas de los soldados presos.

Nuestra bolsa tenía la módica suma de $3.10, caudal suficiente para pagar una olla entera de hojas de naranjo hirviente y sin azúcar, que nos supo a manjar del cielo, pues la escarcha nos había dejado tiesos como témpanos.

A las doce de ese día salí yo de la cárcel; mis compañeros fueron más privilegiados que yo y salieron al día siguiente. Tuve que presentarme dos veces más a Gobernación para declarar. ¿Declarar qué cosa? Yo no lo sabía ni lo supe; aquello fué una farsa en la que a ciencia y conciencia les tomé el pelo a nuestros dignos gobernantes usando el tono guasón en que se dicen verdades y no se compromete nada. Sin embargo, ahora que reflexiono, me maravillo de que no me hayan fusilado por una frase muy fuerte que dije. Al preguntarme Bandala si estaba dispuesto a pagar como multa una fuerte cantidad de dinero, pues Calles estaba disgustadísimo por lo de los globos, yo le respondí: "No, señor, por dos razones: primera, porque no tengo ni un centavo, y segunda, aunque lo tuviera, no quisiera tener durante mi vida el remordimiento de haber sostenido al gobierno actual con medio centavo de mi bolsa, siquiera fuera la diez millonésima parte de un segundo."

Después de este sainete mis ministerios fueron

más reducidos. Con todo, pude preparar la fiesta de navidad en unos seis asilos y en el Buen Pastor, con pláticas, bendiciones y comunión general el 25—; y con meriendas, piñatas y juguetes.

Esa fue mi última hazaña pública, pues el 29 de diciembre llegaron los de la reservada con orden de aprehensión para mí y para mis parientes. En vano me puse muy hombrecito con ellos; en vano les supliqué con frases tiernas; en vano invoqué influencias y recomendaciones. Su duro corazón sólo se ablandó con $50.00 pesos que les dí. Pero mi papá, mi hermana, mis dos hermanos y yo, tuvimos que salir con lo que llevábamos puesto y buscar asilo entre amigos y parientes, desde esa fecha hasta nuestros días. Mil versiones se han hecho, pero la que ha prevalecido es la de que yo fui el autor de las hojas del Ejército y mis hermanos los responsables de los globos, lo cual es falso por ambas partes.

Recluído en un cuarto estrecho, sin más horizontes que un corral vecino y con prohibición de exhibirme mucho, paso los días revolviendo mis libros y papeles, y estudiando. Por no estar ocioso, hago también **sotto vocce** mi granjería con semillas comestibles de toda clase y con casas desocupadas para las familias de los valientes jóvenes que se van a defender nuestras libertades. Más o menos organizadas tengo a varias personas que me recogen todo eso, lo llevan a Frontera, y de ahí se re-

parte a los puntos necesitados. Hasta hoy tengo unas dieciocho familias en esta forma provistas de despensa para dos meses. Lástima que no pueda salir, pues casi estoy seguro que pudiera hacer la misma obra con otras más que están en críticas circunstancias.''

Pasando en seguida a la cuestión de sus estudios, que, como hemos visto era una de sus obligaciones, añade: ''Preparo mi examen a medias.— ¿A medias? — Sí, pues no tengo más libros que la Biblia, un Enchiridion, y un tomo de Pesch, de la primera edición. Dos o tres libros más que pudiera usar están en mi casa, la cual está vigilada. D. Carlos no ha podido conseguirme ni siquiera un mísero Tanquerey. El libro de texto es Hurter, y los tratados que tengo que presentar son De Gratia y De Fide.

En mis cartas anteriores pedía a usted un Hurter; pero como no llegaron aquellas, en vano he esperado éste. Si pudiera enviarme ese libro se lo agradecería infinito., pues junio se acerca y por falta de materia ''ex qua'' no puedo acabar de preparar mi examen...

Es mejor la obediencia que los sacrificios, y por eso no me he movido de donde estoy; con todo, permítame decirle una cosa, sin pretender en nada criticar y murmurar. La situación es muy delicada aquí, hay peligros para todos y sé que Dios dice que nos ayudemos para que El nos ayude. Sin embar-

go, la gente está muy necesitada de auxilios espirituales: a diario me llegan noticias de que muere la gente sin sacramentos; no hay sacerdotes que afronten la situación, pues por obediencia o por miedo están recluídos. Contribuir yo con mi granito de arena sería expuesto si lo hiciera como antes, pero con discreción y medida, no me parece temerario... yo juzgo que entre la temeridad y el miedo hay un medio, y que entre la extremada prudencia y el arrojo, también lo hay. Yo he indicado esto a D. Carlos, pero él teme por mi vida.— ¿Mi vida?... Pero ¿Qué es ella? ¿No sería ganarla si la diera por mis hermanos? Cierto es que no hay que darla tontamente, pero ¿para cuándo son los hijos de Loyola, si al primer fogonazo vuelven grupas? Y esto lo digo, no en general, pues hay sujetos que servirán mucho el día de mañana y conviene que se conserven y se cuiden, pero tipos... como yo?— No es, Padre, humildad, ni deseo de aparecer como muy valiente, es sólo el convencimiento que tengo delante de Dios de lo inútil que soy y de lo poco que puedo valer, y de que sería animar mucho a infinidad de gente, sacerdotes y no sacerdotes, si no abandonásemos a nuestros pobres hermanos, hoy que tanto necesitan los auxilios de la iglesia. — Lo más que me pueden hacer es matarme, pero eso no será sino el día y a la hora que Dios tiene reservados. Además, la situación parece prolongarse, y hay muy pocos, poquísimos pastores

que cuiden el rebaño de Cristo... Yo sé que más hago por la iglesia hundido en un pobre cuarto por obediencia, que en medio de la plaza por mi propia voluntad; pero tampoco es desobediencia pedir a mi Superior permiso para hacer algo, pudiéndolo hacer sin mucho peligro, y eso, a pesar de la orden de mi superior inmediato. Juzgue usted, Padre, y ya sabe usted que en todo y por todo acataré sus órdenes y las de D. Carlos."

Juzgamos innecesario comentar los párrafos que preceden. La grandeza de alma del P. Pro se abre en ellos completamente ante los ojos de su Superior. El encendido celo de las almas, la caridad llevada hasta el sacrificio, la humildad y la obediencia del buen religioso resplandecen en toda su magnitud.

La carta termina con esta postdata: "Mi salud es de bronce. Ni un solo día he estado en cama, mi estómago se acuerda muy raras veces de que está operado. Son, a mi modo de ver, las últimas aletadas que da, después de casi ocho años de dolores cotidianos."

El 21 de abril de 1927, dos meses después de escrita la anterior, escribía al R. P. Henry Valley, socio o secretario del R. P. Provincial:

"Como agua de mayo recibí la orden o permiso de por aquellas regiones, permitiéndome dejar, con la cautela necesaria, el estrecho retiro a que me había recluído el ilustre Calles de los Plutarcos.

Verdaderamente me ahogaba en aquel encierro en el que por todo espacio tenía cinco metros cuadrados, y donde, a pesar de las ventanas, nunca entraba el aire, porque estaban cerradas a cal y canto. El horizonte único era el corral de una casa contigua donde pacíficamente pastaba un burro viejo... Momento por momento llegaban a mis oídos las quejas de los que me rodeaban, lamentando la prisión de fulano, el destierro de zutano, el asesinato de mengano... Y yo, enjaulado, sin poder siquiera estudiar porque no tenía libros y ardiendo en ansias de lanzarme a la palestra y animar a antos campeones de nuestra fe, a ver si de casualidad me tocaba la suerte de ellos... Pero no se hizo la miel para la boca del ... que esto escribe, y uve que resignarme, ofreciendo a Dios los deseos en aras de la obediencia.

Llegó la carta de por allá... y ... me he desquitado de mi aislamiento dando a diestra y siniestra os ejercicios, ministerio heroico, pero al que le tenía miedo porque nunca lo había practicado. Comencé "in anima vili" a manera de ensayo con siete y media docena de viejas beatas, que con sus ayes y suspiros, con sus sollozos y gemidos me hicieron ver que si bien manejo yo la tecla de lo sentimental en los otros, también manejo la de la risa en mi humanidad beluina; tal era la risa que bullía en mi cuerpo al ver los girimiqueos y caras compungidas, que corté por lo sano, y dejé el géne-

ro femenino para ir al masculino. Y de veras que me resultó demasiado masculino. ¡Unos cincuenta redondos choferes, de esos de sombrero tejano, de mechón colgando y que escupen por el colmillo; gente de pro, aunque su exterior sea rudo y asqueroso. Con gran admiración mía comprobé que hablando a esta gente, me fluían las palabras gruesas y sonoras... yo pensaba que después de tantos años ya se me habían olvidado, pues hace la nonada de dieciséis años que dejé las minas; pero ¡córcholis! si parece que ayer las había aprendido. Excuso decirle lo solemne de esa conferencia, en un corralón de mala muerte, vestido de mecánico, con una cachucha hasta las cejas y dando empellones a mi simpático auditorio. ¡Bien haigan los choferes del mundo entero!

Me subí un poco a mayores ante un grupo de profesoras y empleadas del gobierno; eran cerca de ochenta, y de esas desenvueltas y decidoras que no le tienen miedo ni al lucero del alba. Quizá, quizá, se hizo más fruto en ellas que en los choferes. Aquí hubiera querido verlo, D. Enrique, acosado por semejante jauría, que negaban la existencia del infierno, que afirmaban la mortalidad del alma, que hacían alarde de una autonomía rabiosa, sin querer doblegar la cabeza a las suaves verdades de nuestra religión. Sudé tinta, se lo confieso, pero quedé más que pagado, al verlas comulgar a todas, pudiendo contar más de doce conversiones ruidosas,

pues no se puede llamar de otra manera al cambio tan radical de esas pobrecitas almas. Y mire Ud. lo que somos, ni siquiera puede entrarnos la vana-

Listo para dar ejercicios a los choferes

gloria, porque se palpa la gracia de Dios, única y exclusiva en estos casos; toda la fuerza de mi argu-

mentación, todos mis conatos, mis tiros, mis disparos para conseguir una cosa, resultaban inútiles, pues, como he visto, la gracia de Dios tocaba las almas con frases sueltas y sencillas que yo improvisé en el momento... ¡Bien haiga mi Padre Dios tan requete bueno!

El Viernes Santo fue un trajín continuo: ejercicios por la mañana a las profesoras; siete palabras; ejercicios para jóvenes y sermón de Pésame en barrios muy apartados, y eso, sólo yo, sabiendo que muchos de los nuestros hasta dos sermones o tres tuvieron.

A pesar de la Pascua sigo con ejercicios, pues hay material y peticiones a porrillo. ¡Quién pudiera trilocarse!

Una escena chusca que pudo acabar en trágica me pasó la primera noche de ejercicios a las empleadas del Gobierno. Salgo yo a las nueve y media de la noche como un gitomate, de puro acalorado que estaba por los gritos y berridos que pegué. Dos tipos se atraviesan en la calle y me esperan en la esquina. —Hijo mío, me dije, despídete de tu pellejo; y, fundado en la máxima de que el que da primero da dos veces, me dirijo hacia ellos y les pido un fósforo para encender mi pitillo. "En la tienda lo puede usted conseguir," me responden. Muy orondo, me voy, pero ellos me siguen. ¿Será casualidad?— Tuerzo por aquí, tuerzo por allá, y ellos hacen lo mismo. ¡Mi abuela... en bicicleta!, me digo, esto va

e veras... Tomo un coche, y... ellos hacen lo mis-
o. Por fortuna que el chofer era católico, y al ver
e en tal aprieto se puso a mis órdenes; "Pues mira,
ijo, en la esquina que yo te diga disminuyes la ve-
cidad, salto yo, y tú sigues de frente." Me echo
cachucha en la bolsa, me desabotono el chaleco
ara lucir la blancura de mi camisa, y... salto. In-
ediatamente me puse de pie y me recargué en un
rbol, pero haciendo de modo que se me viera. Los
pos pasaron un segundo después, casi rozándome
on las salpicaderas del auto, me vieron, pero ni por
somo se les ocurrió que fuera yo. Di media vuelta,
ero no tan giro como hubiera deseado, porque el
orrazo que me dí ya lo empezaba a sentir.—"Listo,
ijo mío, ya estamos dispuesto para otra", esa fue
i jaculatoria final, al emprender renqueando el ca-
ino para mi casa.

Nadie sabe donde vivo. En cuatro sitios diferen-
es recibo cartas, recados, consultas y donativos de
emillas para mis familias pobres que han aumenta-
o hasta 23. Yo palpo lo que leemos en las vidas de
os santos, (¡ojo, no me vaya a tener por uno!)
ues sin saber cómo, ni cuándo, ni quien lo envía,
ecibo, ya cincuenta kilos de azúcar, ya cajas de ga-
etas, ya café, chocolate, arroz, y hasta vino... y
Providencia de Dios es tan paternal, que cuando
e rasco la cabeza pensando a quién ir a darle un sa-
lazo, ya tengo la despensa llena. No conozco casi
nadie, y no se me ha dificultado el conseguir ca-

sas vacías prestadas por seis y ocho meses; en una hasta teléfono pusimos. Lo bueno de todo esto es que mi santísima personalidad no aparece en primer término, sino que yo muevo los resortes, y otras almas generosas lo hacen todo. Y llega a tanto mi cinismo, que una vez que nos dieron cien kilos de frijol picado y que no servía para nada, me fui a la misma persona que nos lo dió a suplicarle que nos diera un poco de frijol porque una caridad que nos habían hecho había resultado inútil por lo picado de la semilla... y ¡claro está! pidiéndolo el Padre, resultó hasta garbancillo (no el Padre, sino el frijol.)

¿Enfermos? ¿Viáticos? ¿Extremaunciones?.... aquí sí que quisiera no sólo trilocarme, sino centuplicarme. El Viernes de Dolores, a pesar de las dos tandas de ejercicios, anduve de aquí para allá ayudando a bien morir. A una teósofa de primer grado tuve que aguantar durante una hora las barbaridades más bárbaras que boca humana puede decir, y eso, a pesar de que mi vocabulario minero ya se despertó. Era una enferma de gravedad que a borbotones soltaba blasfemias y maldiciones contra lo más santo y sagrado que tenemos, los santos, los sacramentos, y aun contra la misma Santísima Virgen... Boca verdaderamente infernal, que ha cambiado tanto en seis días que ahora sólo sabe decir Avemarías y Credos. ¡Cuánta miseria por falta de educación católica! ¡Pobre alma! Quizá mañana muera a con-

cuencias de una operación; pero mañana voy a lle-
rle el Santísimo.

Cuándo tendremos siquiera media hora para con-
rle las mil y mil peripecias de una vida tan agita-
a como la que llevamos! Suspiro, sí, por la quietud
e nuestras casas, por el orden que reina en todo, por
facilidad con que se hacen nuestras obras ordina-
as... Pero aquí, en medio del remolino, admiro la
uda especial de Dios, las gracias especialísimas
ue nos da en tantos peligros, la presencia suya más
timamente sentida, cuando el desaliento viene a
npequeñecer nuestras almas. Aquel grito de San
ablo en que pedía a Dios que lo sacara de este mun-
o, y eso, por tres veces, lo comprendo muy bien;
ero al mismo tiempo siento la verdad de aquella
spuesta divina: **Sufficit tibi gratia mea, quia vir-
us in infirmitate perficitur.**" (Te basta mi gracia,
orque la virtud se perfecciona en los trabajos.)

Bueno, basta de charla. Usted perdone el sin nú-
ero de disparates que he dicho, pero, ya que no te-
emos tiempo para vernos los que bregamos en este
ar agitado, al menos ustedes, los que se preparan
ara venir a ocupar los puestos que vamos a dejar,
guanten la parada. La caridad se ejercita aun es-
ando muy lejos."

La próxima carta que poseemos del P. Pro, escri-
a al R. P. Provincial, nos lleva al 15 de mayo, y nos
omunica más pormenores sobre la vida y los minis-
erios, de aquellos tiempos difíciles. Dice así:

"A vuela pluma escribo a usted esta carta, porque acabo de saber que va una persona de confianza a ese país, y de no ser así, hay peligro de que las cartas se queden en el camino.

Por aquí la cosa va muy mal, no se ve que el horizonte se despeje, y de no ser una intervención directa de Dios N. S., los medios humanos no remediarán la situación. ¡Bendito sea el que así dispone las cosas y nos da gracia para vivir esta vida que no es vida! La falta de sacerdotes es extrema; la gente muere sin los sacramentos, y los pocos que quedamos no damos abasto. ¿Los que quedamos? ¡Ojalá todos trabajaran un poquito, que así la cosa no andaría tan mal; pero cada uno es dueño de su miedo. Yo uso las cautelas que usted me indica, y nada me ha pasado; sustos más o menos que no pasan de sustos y que me sirven espiritual y materialmente para confiar más en la amorosa Providencia de nuestro Padre Dios, y para reírme después de pasado el percance, por lo cómico que resulta de esta situación tan fingida que llevamos.

No tengo ni un centavo, ni creo poderlo conseguir, pues ya nadie quiere dar nada, y sin embargo, mantengo (usted perdone la ocupación) a 39 familias ,dándoles despensa, casa, y poca, muy poca ropa. Palpo cada día la acción directa de Dios sobre nosotros, pues de El únicamente viven esas pobres familias. Las comisiones de auxilios son mi obra favorita... Que, ¿quién me da arroz y frijol y azúcar

maiz, etc? No lo sé. Es decir, sí lo sé. Mi Padre Dios, porque infinidad de veces sin pedir nada, y estando la cosa agotada, me envían regalitos de semiadas sin saber quién los mandó.

De ministerios, lo más que hago son confesiones y moribundos, y quisiera centuplicarme para poder estar en todas partes. Dios aceptará mi buena voluntad. Muy especialmente me encomiendo en sus oraciones. Los peligros en que vivimos son terribles si los vemos con los ojos del cuerpo y no con los del espíritu. Ahora sí comprendo la vida, la santa vida de comunidad. Con todo, confío con toda mi alma en la gracia de estado, porque de mi parte ya hubiera dado al traste con todo. **Non vos me elegistis, sed Ego elegi vos**... Y Dios sabe qué buena pieza era yo.

Bendiga, Padre, a su hijo y métalo cada día más dentro del Corazón Santísimo de Cristo."

El 29 de mayo, el R. P. Provincial contestaba a la carta anterior agradeciéndola y felicitando de todo corazón al P. Pro por sus trabajos apostólicos; al mismo tiempo le preguntaba si tenía programa para el examen que debía dar del último año de Teología, y cuántos meses había estudiado, para pedir dispensa del tiempo que faltaba a los estudios eclesiásticos, según el Derecho Canónico. Contesta el P. Pro con fecha 11 de junio:

"Por conducto de D. Carlos envié a Ud. hace más de seis meses copia del programa del curso que me

falta, y que fue el que me dieron en Enghien. Si quiere usted que le envíe otra copia se la enviaré enseguida.

Me pregunta usted que cuánto tiempo he estudiado. En Enghien estudié dos meses y medio antes de ir a la clínica; aquí... desde enero he estudiado todo lo que he podido en un miserable compendio de Tanquerey. Digo todo lo que he podido, porque las circunstancias especiales de cárceles, encierro, huídas, etc., no me han dado toda la paz apetecida. Esperaba con ansias su carta para saber el tiempo del examen, pues D. Carlos nada concreto me decía. Si a usted le parece podré presentarlo a fines de este mes o en la primera decena del entrante.

Dice usted que necesita saber estos datos para "legalizar la dispensa del curso"; permítame en este punto recordarle lo que dije a usted cuando tuve oportunidad de verlo. En Sarriá y en Enghien, no una, sino muchas veces, y en compañeros míos, se ha dispensado de este último examen cuando por razones especiales no se ha podido dar, y habiendo cursado tres de Filosofía y tres de Teología. Más aún, a mí mismo se me propuso esta dispensa que no acepté hasta consultarlo con usted, pero como por ese tiempo llegó la orden de partir, todo quedó **in statu quo.**"

También se me propuso preparar en ocho días, cinco o diez tesis para presentarlas antes de partir, ya que no quería aceptar la dispensa sin consenti-

Un momento de descanso.

lenzo de usted. Esto me parecio pueril y no lo hi-
. Todo esto no quiere decir que pida la tal dis-
cusa, pues yo no haré otra cosa sino la que usted me

ordené. En una carta anterior usted me indicó que yo saldría de estas tierras por junio o por julio. D. Carlos nada me ha indicado a este respecto. ¿Sería demasiada curiosidad el preguntarlo? Usted sabe bien que yo no me inclino a nada en particular, y que, aunque para mí sería un pesar el perder aquí la oportunidad de ir al cielo a dar el examen "de universa", o de no adquirir la capellanía perpetua de las Islas Marías, sin embargo, más prefiero obedecer, porque así más haré por los mismos por quienes quiero trabajar.

Ahora bien, sin que esto incline para nada el parecer de usted, y siempre bajo la dirección de la obediencia yo diré lo que dijo el Sr. Crivelli en Roma: "Permitidme quedar en mi puesto hasta que pase esta persecución." El miedo no es mi defecto dominante, y ese es el que impide que se haga por aquí algo en favor de esta abandonada grey. Que tal vez sea mi ruina? Que harán o desharán en mi persona? Eso sólo corresponde a Dios. Ojalá fuera digno de padecer persecución por el nombre de Jesús, mucho más yo, que soy de aquellos que merecieron el glorioso dictado de "caballería ligera". Pero... como en el Padre Nuestro: "Hágase tu voluntad".

Fue ciertamente admirable el empeño con que, sin tiempo, sin libros casi, en medio de tantas ocupaciones, se puso a estudiar Teología el P. Pro. Para redactar sus tesis no se contentaba con escribirlas una vez, sino que presentaba el borrador al R. P.

Alfredo Méndez Medina, encargado por los superiores de guiarlo en sus estudios, y según las advertencias o correcciones, volvía a transcribir y a presentar de nuevo la tesis. Señaláronle por fin para su examen el día 16 de septiembre, y fueron sus examinadores los RR. PP. Luis Benítez, Alfredo Méndez Medina y Joaquín Cordero. Tendrán curiosidad los jesuitas que lean estas líneas de saber cuál fue la calificación que obtuvo. Los tres examinadores le dieron la misma: "**attigit mediocritatem**". Ya se ve que el examen no debió de ser brillante, pero sí suficientemente pasable.

VII.

EN PLENA EFERVESCENCIA

Mayo — Noviembre de 1927

Retrocedamos algún tanto, hasta el 25 de mayo, Vigilia de la Ascensión, para continuar la serie de cartas en que da cuenta a sus superiores o amigos, de su vida y de sus ministerios. He aquí lo que escribe en esa fecha al P. H. V.

"Propiamente debería estar dando sepultura eclesiástica a un par de tacos de aguacate y a media docena de zopes de frijoles, pues son las dos de la tarde; pero... el cansancio de una señora mañana de confesiones me quitó el apetito y preferí escribir ésta como intermedio a la tanda de confesiones de hoy en la tarde, que terminará a las diez u once de la noche...

Por aquí las cosas marchan viento en popa, pues se envían cristianos al cielo por un quítame allá esas

pajas. El agraciado que cae a los sótanos (de la Inspección General de Policía) ya puede estar seguro de no volver a comer pan a manteles, y esta persuasión es en mi casa tan verdadera que toda mi tierna parentela al salir a la calle, en vez de despedirse, reza un acto de contrición. Ya lo sabemos: fulano que no vuelve a las once de la noche, es otro blanco más a las balas traidoras de los dignatarios. Hicimos ya una reunión de familia, nos despedimos hasta el Valle de Josafat, no hicimos testamento porque los dos petates y un comal que teníamos nos lo han quitado, pero en vez de lágrimas han brotado, y a torrentes, las carcajadas, pues es una ganga el ir a la corte celestial por causa tan noble. Cuánto diera porque su merced pasara un día con nosotros. En una casa de tres al cuarto vivimos refundidos sin recibir visitas; no hay sino lo esencial para vivir.

Somos siete y hay cinco sillas, cuatro platos, cuatro cuchillos, ocho camas, tres colchones, y una escoba... todo prestado, es decir, regalado, porque es casi seguro que ni nosotros ni nuestros herederos devolverán nada.

En los tres cateos que hemos sufrido no nos han dejado ni una escupidera, pero como nada de eso es necesario para ir al cielo, lo damos todo de barato. ¿Libros? Ujule, y aquí tengo que cantar la palinodia. No sé a manos de qué técnico habrá ido a dar su PESCH... con todo, hago formal promesa de de-

volvérselo en el cielo donde no habrá técnicos que valgan.

De ministerios vamos "a la page" ¡Jesús me valga!. Si no hay tiempo ni de resollar, y como estoy metido hasta las cejas en eso de dar de comer al que no tiene, y son muchos los que no tienen, le aseguro que ando como trompo de aquí para allá y con tan buena pata... (Privilegio exclusivo de los pillos,) que ni me inmuto cuando recibo un recado semejante: "La familia X dice que ya se le acabó la despensa, y que son doce de familia; la ropa se les cae a pedazos, tres están en cama y no hay ni agua". Lo ordinario es que mi bolsa esté tan enjuta como la parte espiritual del alma de Calles, pero no vale la pena el preocuparse, pues el Procurador del cielo es tan campechano como esto que le diré: "Aquí le tengo, Sr. Barretero, cien pesillos que me dieron para usted.— Guárdemelos, porque ahora no tengo nada preciso", y... conste que es historia, dos cuadras más allá tengo urgentemente que ponerle una tarjeta: "De los cien pesos, envíe usted cuarenta a fulano, cuarenta a zutano, veinte a mengano." Tan palpablemente veo la ayuda de Dios, que casi, casi temo que no me maten en estas andanzas, lo cual sería un fracaso para mí que tanto suspiro por ir al cielo a echar unos arpegios con guitarra con el Angel de mi guarda.

Me dan objetos de valor para que los rife y cosas que valen 10 pesos las rifo en 40 y... al "pepe leo-

lo''.— Iba yo con unas bolsas de señora muy ''mona'' (la bolsa no la señora) que hacía cinco minutos me habían dado, cuando héte aquí me encuentro con una dama muy pintada, **ut in pluribus.** ''¿Qué lleva Ud. ahí?... Una bolsita para señora que vale 25 pesos, pero, por ser para Ud. se la dejo en 50 pesos, los cuales le ruego envíe a tal familia... Y con semejantes indirectas no hay quien se resista.

Ultimamente no he tenido lances policíacos, pues el más reciente fue con uno de la reservada que me aseguraba por los 15 pares de Francia que yo iría a la cárcel y yo casi le juraba que por las barbas de Mahoma no iría. Tan pesado se puso que casi me dieron ganas de abofetearlo, pero acabé por decirle: ''Mira, majadero, si me llevas a la cárcel yo no podré confesar a tu mamacita'' .... —Usted perdone, padrecito, ya ve cómo están los tiempos, váyase, váyase cuanto antes''.— ''Irme...? El que te vas eres tú y no a la Inspección sino a decirle a tu mamá que hoy por la noche voy a confesarla y que mañana le llevo la comunión, a ver si por ese medio logro que tú te confieses, gandul, sinvergüenza, demonio, ''Ah qué padrecito tan tres piedras''. ''Pos una me bastaba para romperte la mollera''... Al día siguiente mi amigote asistió a la comunión de su madre; creo que pronto se la llevaré a él.

Y... aquí corto la hebra. Son las tres y ya debería estar confesando... Y estos días cómo me ha

costado este acto: mi Padre Dios me ha mandado un cilicio en los dientes y muelas y a veces son los dolores tan fuertes que quisiera tomar el biombo confesonario y tirárselo por la cabeza a la infeliz penitente. Hay que pagar a Dios los réditos de lo mucho que me da para tanta familia."

El 5 de agosto, dirigiéndose al padre Fernando Othón Ambía, a quien en sus cartas suele tratar de primo, dice acerca de esto: "Mis comisiones de auxilio marchan viento en popa; el dinero, tan escaso para todo, no falta para las bolsas de los pobres, y las peticiones de socorro son más numerosas que las solicitudes de los cesantes. Las semillas abundan, aunque, a decir verdad, gracias al color de mi cara, porque Ud. no se imagina qué vergüenza da pedir. Por fortuna que Aquel por quien se hace no se muestra tacaño y da espléndidamene. Bendito sea por siempre, amén.

En esta relativa paz que tenemos hacemos nuestro agosto en lo que se refiere a los ministerios, pero... la misma dificultad: el día sólo tiene 24 horas. Una lucida corte de choferes forman mi corona de gloria; qué bien se está entre esa gente que habla "fuerte" y que no se para en barras. pero que es muy dócil cuando se persuade de que se le atiende y se le tienen consideraciones. No los cambio ni por las más encopetadas matronas y ni siquiera por los caballeros fifís. Los ministerios más variados y hermosos: ca-

samientos de luteranos y herejes, moribundos de todas edades y religiones, consultas a lo Nicodemus con gente armada a la puerta para cuidar a los que vienen, primeras comuniones que enternecen, misas a lo catacumba, en las que el celebrante se queda chiquito al ver la fe del auditorio, confesiones de día y de noche que agotan al hombre viejo y lo hacen detestar el pecado (por lo que a él le cuesta).

Si tuviera la vida de comunidad, el peso disminuiría en un noventa por ciento, pero corriendo de ceca en meca, sudando y trajinando, en camiones sin muelles, espiando disimuladamente a los que nos espían y con la espada de Damocles que nos amenaza en cada esquina con la Inspección y los sótanos... vamos, que casi preferiría estar ya en la cárcel para descansar un poco... me rajo y me rete rajo de esa barbaridad: pobre gente! pobrecita, posponer el bien de sus almas por una comodidad del cuerpo! Al pie del cañón hasta que el Capitán y Jefe ordene otra cosa, porque no por mis fuerzas, sino **Gratia Dei mecum,** perseveraré hasta el fin."

De prisa escribe al mismo el 5 de septiembre: "El trabajo me abruma. Para el 2 de éste tuve 807 comuniones. Ya comienzan de nuevo las estaciones eucarísticas, pues la persecución ha amainado."

"Si tuviera el día 48 horas aún me faltaría tiempo, dice en tarjeta postal escrita el 13 de septiembre; por añadidura, me encargo de las "Vanguardias: cuarenta diablos que gritan y rompen." Mi

academia Vocationum con el ingeniero Vera al frente cuenta ya 10 socios, es mi escuela apostólica. Pasan de 100 las familias que sostengo con la bolsa de Dios."

Era y es la "Vanguardia" una especie de club de muchachos en donde juegan, se instruyen, se forman alejándose cuanto es posible de los peligros del ambiente que corrompen a la juventud. Por cierto que la gestión del P. Pro como encargado de ella durante algún tiempo, cargado como estaba de otras ocupaciones de mayor importancia, no fue la que con más tiempo y mayor calma hubiera podido ser dado su carácter tan atractivo, tan alegre y tan celoso por el bien de las almas, y hubo que nombrarle pronto un substituto.

De vez en cuando se permite un ligero desahogo lleno de chispa, como en la siguiente tarjeta postal, del 25 de septiembre, al P. Ambía:

"Di ejercicios los Pinos. Abrumado trabajo. Para desaburrirme contaré la historia de la fuente de las ranas de Chapultepec, es de suma actualidad: una rana pidió a su mamá ya no ser rana sino **serrano** y la madre respondió: es mejor que **calles.** Después tres horas confesonario escribo ésta. Adieu."

Para quien recuerde los sucesos ocurridos en México por aquella época con la candidatura presidencial de los generales Gómez y Serrano, la tarjetita anterior está bien clara.

"Lunes, 17 de octubre. Muy apreciable primo D. rique: Si he sido tardo en escribir se debe al sin imero de ocupaciones que me traen a mal traer or estos barrios capitalinos.

Se pierde la cuenta de confesiones, comuniones y utizos; pasan de media docena los matrimonios se- anales; hay multitud de enfermos que piden se les site y no sé cuántos son los prójimos que visan su saporte para el otro mundo. Laus Deo. Y a eso mo yo "ocupaciones secundarias", porque las enciales, las que tienen un puesto principal en mis reas diarias son las comisiones de auxilios. Estan- los tiempos como están, es indecible la miseria ie reina en este país. Ya llegan a 96 las familias ie mantenemos de pe a pa, y con la particularidad que no contamos con ninguna entrada fija. ¡Me- r! Así, ni siquiera nos puede entrar vanagloria, orque la acción directa de Dios se deja sentir en to- su amorosa esplendidez. Qué cierto es que el ie da de comer a los pajarillos del campo no deja orir de hambre a los hijos que crió y redimió con preciosa sangre.

Todo mi personal se reduce a media docena de adosas mujeres y a otra media docena de píos va- nes sin empleo. A las primeras las llamamos pú- icamente: "Sección de investigación y aprovi- onamiento" y en particular las titulo: pidiches y sgonas, pues ellas se meten en todos lados como ra- s y me llenan cada mes los escuálidos sacos de ca-

fé, maíz, arroz, azúcar y manteca que ya por los dí
25 y 28 no sueltan ni un solo grano aunque los estr
jemos sin piedad. A los varones los llamo en púb
co: "mesa directiva", y en privado los honro c
el hermoso título: "cesantes aprovechados" po
que no pierden coyuntura de dar sablazo al prim
primo que se les ponga delante para provecho de
real familia de Dios que se mantiene de su cesant
En varias jefaturas de la Capital ya hay comision
de auxilios particulares que atienden a las neces
dades de su demarcación que sólo cuando nos sob
algo se lo damos, ya que tenemos la máxima de n
ser tacaños con la bolsa de Dios, ni desconfiad
que guardemos de un mes para otro. Si económic
mente esto es un disparate, yo respondo que may
disparate, humanamente hablando, es el de echar
a cuestas un centenar de familias para mantenerla
sin contar con nada.

De cuatro a seis es el mínimo de sujetos que fo
man una familia, y de diez a doce el máximo, qu
tienen la mala costumbre de comer tres veces al dí
y generalmente con buen apetito, y eso fuera cos
y cantar si fuera lo único, pero los muy... hijos d
Adán y Eva viven bajo techo que les cuesta renta,
usan zapatos que desgastan, y ropa que se adorna co
agujeros, y saben enfermarse y pedir medicina
Claro está que no hay ni puede haber dinero par
tanto adminículo, pero para eso me gasto amistad
de doctorazos que no me cobran, y de ricachones qu

prestan casas por seis u ocho meses, con recibos
iados y hasta con timbres que ellos mismos po-
de su bolsa. Lo único que lamento es que mis
stades entre zapateros y sastres sean nulas, que
eso, ya no habría quebraderos de cabeza, ni com-
iciones numéricas como ésta: Seis pares de za-
os a 12 pesos, son 72; es así que sólo hay 20 pe-
luego... como decía mi profesor de moral: "es-
ilaizos."

ace doce días tuve una ceremonia muy bonita:
onversión de una protestante. Firmó ante tes-
os su abjuración como lo prescribe el Derecho
ónico, pero ella quiso hacer oblaciones de mayor
ma y momento y pidió hacer pública abjuración
sus errores momentos antes de comulgar. La ce-
onia fue en el Buen Pastor, ante un auditorio de
s de doscientas personas. Hizo un acto de fe an-
Cristo Sacramentado, pidiendo perdón, prometien-
vivir fiel a las enseñanzas de la iglesia, encomen-
dose a las oraciones de los presentes y terminan-
con el símbolo atanasiano.

Hay otras ceremonias que son verdaderamente
iosas. Por ejemplo: "Me acuso, Padrecito,
soy tejona... — ¿Qué? —Que soy tejona.
Qué quiere decir eso? —Que tejo mucho. —¡Ah!
e tejes los domingos y días de fiesta?—No, que
o mucho la vida de mis prójimos."

Me acuso, padre, que soy hombrona. —¿Qué di-
? —Que soy hombrona. —Pues no entiendo.

Que cuando me mandan una cosa levanto los hom
bros.

Y conste que eso no es revelación del sigilo, por
que no fueron en confesión y yo pedí expreso permi
so para hacer uso de tales confidencias para dar
doctrina a las personas que se confiesan de modo
que no se entienda lo que dicen, a ver si pasa y se
ensarta.

La nota culminante de esta semana, y eso, en mi
vida privada, fue el regalo de un niño de seis me
ses que sus infames padres abandonaron. No hubo
lugar en ninguna casa de cuna, y no hubo tampoco
más remedio sino llegar a mi casa con tal alhaja.
Mi papá, mi hermana y mis dos hermanos recibieron
al bebé con los brazos abiertos y ha sido la diver
sión de la vida íntima de mi casa. Con éste van
seis que me regalan, pero los otros se han colocado
fácilmente. Se llama José de Jesús y es tapatío, y
tan buena pieza que ríe todo el día y llora poco. Se
me ha venido encima un nublado entre los amigos
por tal adopción, pero ¿no le parece justo que cui
demos al niño que Dios nos da, ya que ese mismo
Dios nos ha cuidado a todos los de la casa en estos
tiempos de luto y de miseria? —En la primera aven
tura de este género, cuando no hubo tiempo de man
dar por el niño y yo mismo me lo llevé, cometí la
imprudencia de colocarlo en un Fordcito, muy en
vuelto en una manta y arrinconarlo en el asiento,
pero al primer salto del coche, saltó al piso del auto,

si no lo cojo en el aire, de allí lo hubiera llevado panteón. Claro, lo tomé en los brazos y excuso de- rle cómo llegué cuando lo entregué a los que lo loptaron, **juxta illud** (según aquello): el que con s niños se pasea en auto tiene que ponerse al sol ara secarse."

Diez días después de escrita esta carta, le encon- amos en Toluca adonde había ido para dar ejer- cios. Véase de qué manera da esta noticia al pa- re Henry Valley en tarjeta postal: "Querido pri- o: (así solía llamarle, lo mismo que al padre mbía para mejor disimular). Aquí me tienes de xcursión en la ciudad de la mantequilla y del cho- zo. Estaré hasta el primero de noviembre. Vine proponer mis ventas de medias por medio de cu- ones y para hacerlo a la moderna doy conferencias aciendo ver la utilidad. (Fue sencillamente a dar jercicios). Todo el día hablo: a las cinco y media a. ., a criadas; a las ocho, a niños; a las diez, a se- oritas; a las tres, a criados; a las cinco, a señoras; a las seis a comerciantes compañeros míos (a acerdotes), y a las ocho a hombres; tengo que ha- er mi agosto y salir de bruja. La gente ha respon- ido bien y espero sacar dinero para pagar mis deu- as. Ojalá mis patronos me dejaran hacer una gi- a por la República".

"Tres días después, el 30 de octubre, repite las ismas ideas con más pormenores, en carta al mis- no padre, y esta carta la vamos a copiar íntegra,

por ser la última que poseemos, y probablemente la última que escribió en su vida. Dice así:

"Mi muy querido primo Enrique:

Estoy ya con el pie en el estribo para volver a la Capital después de una semana de pindongueo que la amabilidad de Dn. Toribio (el R. P. Toribio Bracho, S. J.,) me concedió. Estoy cansado, pues el trajín fue mayúsculo y superó a lo yo me había imaginado. Dejé en su buena opinión y fama al elemento mujeril elegante, y me dediqué a la merita raspa, que no por ser tal dejan de ser hijos de Dios y más necesitados pues que no tienen posibles para proporcionarse lo que los ricos con su dinero pueden hacer.

A las cinco de la mañana abría la puerta de la calle, que ya se animaba con más de treinta buenas maritornes que venían a confesarse; una hilera de sirvientas aumentaba el auditorio hasta llegar a cerca de 150 que apiñadas en una sala, pacientemente esperaban que mi real cáscara terminara de confesar para empezar la misa. Una plática después del evangelio, y una comunión general tuve en todo el triduo con gran consuelo de mi ánima beata. Seguía después una interminable serie de responsos que esta buena gente me hacía decir desde sus bisabuelos, hasta sus futuros biznietos. Por la tarde pasaba algo semejante (pero sin misa) con los hombres. Yo no sé cómo había tal cantidad de obreros y señores en tres piezas regulares y poco iluminadas. Calcu-

o en 200 mi auditorio, ávido el infeliz de oir la pa-
abra de Dios. Estaba yo admirado de que tanta
ente viniera, a pesar de la vigilancia que hay y de
star a dos pasos los revolucionarios, amenazando a
a población con un asalto. Tal vez precisamente
or eso la autoridad municipal no creía que pudiera
aber tipos tan... sinvergüenzas como yo, que en
us mismas narices dieran un triduo con rosario y
antos de misión como en tiempos normales. Yo me
abía hecho un dilema "en bárbara" para quitar
as dudas de mi conciencia: ...o me llevan a pre-
idio durante el triduo, o no me llevan; si no me lle-
an, doy el triduo y honro así a Cristo Rey; si me
evan, seguiré dando el triduo con oraciones y peni-
encias en la "chinche", y honro de igual modo a
risto Rey. Luego el triduo se dió, y para mucha ra-
ia del señor diablo que tuvo que doblar la rodilla
nte el único Rey de cielos y tierra.

Con el pomposo título de "conferencias" anduve
e Herodes a Pilatos por esta Villa dicien-
o tres frases, al principio, de mucho bombo, para se-
uir sencillamente con un vulgar sermón del juicio
de la muerte, del pecado y de la confesión. "Sa-
mos ajustaditos", me dijeron tres zapateros al fin
e una conferencia; es decir, que les vino muy bien
l saco, y los muy eminentes críticos confesaron que
sa clase de conferencias eran de "gran prestigio
ara la mentalidad constituyente de la nación".
o no entendí la frase, pero les dí tal apretón de

manos que la mía se quedó oliendo a betún durante unas tres horas.

Por demás es decirle que, olvidando las prescripciones médicas que como anatemas pesan sobre mi humanidad durante los tres años que deben seguir a mis operaciones, en que todo alimento grasoso es pecado mortal, yo comí aquí los famosos chorizos y pambazos que hasta ahora no han protestado en mi estómago. Lo cual prueba que estoy hecho a prueba de bomba, y que esas excursiones que "dan prestigio a la mentalidad constituyente de la nación" deben prodigarse más sin temor a nada ni a nadie. ¿Qué pensará D. Carlos de esto? ¿qué pensarán ustedes? ¡Ah! primito Enrique, interponga usted su influencia para que me suelten el mecate y pueda yo ir por esos mundos de Dios. Mire que se trata nada menos que de "la mentalidad constituyente de la nación".

Adiós. Recuerdos a todos, no se olvide de mí y cuando no tenga por quién aplicar un Ave María, sepa que yo la acepto gustosísimo. Enghien."

El carácter del P. Pro, de alegría para padecer y trabajar, su celo encendido de las almas, su obediencia a los superiores, su desprecio de sí mismo quedan descritos admirablemente por su propia pluma. La opinión de las personas que le conocieron y trataron está en perfecto acuerdo con la que de él se adquiere al leer su correspondencia. "Nadie se acercaba a él sin sentirse subyugado por su bondad";

ribe una persona que le trató muy de cerca. A
z de su muerte escribe otra: "Ha sido un gran
nbre el que hemos perdido, pero es un gran san-
el que hemos ganado. Trabajaba por la causa de
s desde que amanecía hasta que anochecía, no
cansaba un momento en dos años que estuvo en
ı ciudad (ya sabemos que estuvo menos tiempo)
o el bien sin cuento... yo diariamente lo invoco
s me inspira una devoción como pocos santos me
ı inspirado."

las personas que dirigía conservan de él gratísi-
recuerdo: dicen que consolaba, alentaba, co-
nicaba bríos, excitaba con sus ejemplos y pala-
s al amor de Dios y del prójimo, las atendía con
gencia y cariño, haciéndose todo a todos para
narlos a todos.

VIII

DESEOS DEL MARTIRIO. — SUCESOS DEL 13 DE NOVIEMBRE. — ¿QUE HIZO EL PADRE PRO? —DE QUE LE ACUSARON —PRISIONERO. — MUERTO.

Llegamos a los días culminantes en la vida del P. Pro, a los días en que **el sacrificio alegre por Dios y por las almas,** CARACTER, como se ha visto, de toda su vida, va a aquilatarse, a aumentarse, a consumarse.

Habrá notado el lector que apenas hemos hecho ligeras alusiones a los sucesos políticos de México; no entraba en nuestro plan decir más, ni creemos necesario insistir en cosas harto conocidas y que directamente no tienen nada que ver con la vida que historiamos.

Desde mucho tiempo antes, desde los principios de su estancia en México, estaba él deseando dar su vida por Dios y por las almas. Ya se ha visto por sus cartas. "Ansiaba el martirio y siempre nos re-

Fotografía sacada la víspera de su muerte.

comendaba que ofreciéramos nuestras oraciones por que el Señor se lo concediera; he tenido ocasión de leer unos versos en los cuales, el día de Cristo Rey ofrecía su vida por el triunfo de nuestra causa...

(Carta de Fernando M. Acosta al P. Ambía).

Una religiosa escribe: "El siempre anheló el martirio; eso a nosotras nos consta, pues en cada visita que nos hacía nos decía que él quería morir, que moriría, pues para que se salvara nuestro México se necesitaba sangre sacerdotal, y mucha."

El sábado 21 de septiembre, habiendo ido a decir misa a una casa religiosa suplicó a toda la comunidad que le ofrecieran a él como víctima por Calles por la causa y por los sacerdotes, que él celebraría el Santo Sacrificio por la misma intención. "En toda la misa, escribe una religiosa, estuvo muy emocionado; se dilató mucho y estuvo llorando durante todo el tiempo, mientras las religiosas estaban cantando. Al terminar la misa, dijo a una de las monjas que vive aún y puede testificar la verdad: "No sé si sería pura imaginación, o si realmente ha pasado, pero siento claro que N. S. aceptó de plano el ofrecimiento..."

El P. Carlos M. Mayer, S. J., Superior del P. Pro escribiendo al Provincial de los jesuitas afirma: "El P. Pro estaba deseando ser mártir y morir por la causa de la defensa de la iglesia: así lo mostraba muchas veces y pedía oraciones para conseguirlo especialmente en estos últimos meses. Desplegaba

un celo desmedido que le hacía no cuidarse de sí mismo, ocupándose en especial en atender a los pobres, dando ejercicios a grupos de obreros, de choferes, y otros semejantes.... El P. se sujetaba a los cuidados que se tenían de él, pues era muy obediente, y se concretaba a pedir que le dejaran más libertad para ocuparse en sus obras de celo; pero bién podían temerse los peligros en que necesariamente había de caer. Sin embargo, él, no los tenía en nada por hacer algo por Dios, con el constante deseo de sacrificarse...

(Arch. Prov., 28 de Nov. 1927.)

Estaba, pues, el P. Pro preparado para el sacrificio, así por el ejercicio constante de las virtudes apostólicas, como por el intenso deseo de morir por Dios. Véamos cómo se realizaron los acontecimientos que tanto deseaba.

Hay que tener presente para entender las cosas de raíz, que el 13 de noviembre de 1927 yendo en automóvil el general Obregón, de otro automóvil, que después resultó ser un Essex con placa 10101, le arrojaron una bomba de dinamita y algunos tiros. En realidad poco efecto produjeron; desgracia personal, ninguna. Se persiguió al Essex, y al cabo se le capturó hallándole ocupado sólamente por un individuo que luego se supo tenía por nombre Nahum Lamberto Ruiz y era el chofer ordinario del vehículo. Aprehendieron también a un obrero, Juan Tirado Arias, que se había bajado del mismo automó-

vil. Como Ruiz estaba herido por "un proyectil que penetró por la región temporal izquierda, hizo saltar el ojo del mismo lado y salió por la región occípitofrontal" (El Universal, 22 de Nov. 1927), se le condujo al Hospital Juárez donde perdió el otro ojo y ahí quedó en estado de coma. De él dice "Excelsior" el día quince: "Ruiz se encuentra en estado agónico."... Y más adelante: "Como Ruiz está moribundo y no puede pronunciar ni una sola palabra, nada ha dicho," y el día 17: "Ruiz continúa en el Hospital, luchando entre la vida y la muerte. Según hemos sido informados, este hombre se agravó ayer"; y por fin, el 21 de noviembre: "Ayer (20) a las 8 de la mañana falleció L. Ruiz... Pasó una semana completa de agonía."

¿Qué hacía entre tanto el P. Pro? Vamos a seguir paso a paso el empleo de su tiempo.

Ya hemos visto que había vuelto de Toluca a principios de noviembre con el deseo de hacer una gira apostólica por toda la República. Los días subsiguientes los empleó como de costumbre en confesar, repartir comuniones y buscar recursos para sostener a las familias pobres que le estaban encomendadas, de lo cual son testigos multitud de personas humildes.

Para que se vea la imposibilidad de que el P. y sus hermanos hayan tomado parte en el intento, vamos a dar aquí por menudo la distribución de su tiempo.

Aquel día, 13 de noviembre de 1927, era domingo. Dijo misa el P. en una casa particular, y durante la mañana, mientras sus hermanos Humberto y Roberto estaban en Atzcapotzaltongo dando una conferencia, empleó el tiempo en sus trabajos acostumbrados. Llegó a su casa a la una de la tarde, y poco después llegaron sus hermanos y se pusieron los tres a jugar pelota con Edmundo y Pedro el chofer. Comieron a las dos, siguieron jugando hasta las tres y cuarto, salieron a comprar paletas heladas, y cuando volvieron, hallaron que les esperaba una visita. A las cuatro bajó toda la familia a la bendición del Studebaker, concluída la cual se fue Miguel con Pedro el chofer, en el carro que acababa de bendecir, a la bendición de una casa. Visitó después dos familias, y en casa de alguna de ellas debió tener la primera noticia de los sucesos de la tarde, porque al volver a su casa, a las nueve y cuarto de la noche, ya no era para él una novedad lo que sus hermanos comentaban. Estos, cuando Miguel salió, a las cuatro, se pusieron a jugar Mayón con su hermana Anita, y a eso de las seis y media salieron a diferentes sitios, pero volvió Roberto muy pronto, a eso de las siete con la noticia de lo acaecido. Humberto volvió a las nueve con el "Gráfico" que traía el número del automóvil apresado, 10101.

Para juzgar de la sorpresa de los Pro, hay que tener presente que el Essex en cuestión había sido vendido a la Liga de que eran miembros Humberto y Ro-

berto y le había servido primero para la propaganda, después para la comisión de auxilios a los necesitados, de la que, como hemos visto, era Jefe el P. Pro. Por consiguiente muchas veces habían sido vistos los tres, cuándo uno, cuándo varios, coriendo por esas calles de Dios en el destartalado carro. Es verdad que desde hacía tiempo había pasado el coche a otra comisión, y por eso ellos estaban usando el Studebaker que había comprado la Liga en septiembre, en Euskaria; pero, al hacerse la traslación del carro de una comisión a otra, se había conservado, por no pagar nueva licencia, la que antes usaban, que estaba con el nombre de Daniel García; podía, pues, suponerse que el automóvil no había cambiado de dueño, y que los Pro tenían alguna relación con el conato de dar muerte a Obregón, cosa que era completamente falsa, pues ni noticia habían tenido de lo que se tramaba, según afirma con otros muchos testigos que conocieron íntimamente al Padre, su hermano Roberto.

Indudablemente, era preciso esconderse un poco, y así, los días siguientes anduvieron por diferentes casas; con tanto mayor motivo, que ya desde el día catorce, nótese bien la fecha que es muy anterior a las supuestas declaraciones de Lamberto Ruiz, buscaba la policía a la familia Romo, nombre bajo el cual se ocultaban los Pro; el día 16 ya se buscaba a los Romo y a los Pro; El Padre, seguro de su inocencia, quería presentar-

se en la Inspección de Policía, de lo cual hay muchos que pudieran dar testimonio, pero le aconsejaron que no lo hiciese; el día 18, finalmente, a las cuatro de la mañana, estando los hermanos Pro durmiendo tranquilamente en la casa número 22 de la calle de Londres, llegan agentes de la Policía reservada y de la montada, por las azoteas y por la puerta. La dueña de la casa, al oír que llamaban con fueres golpes, despierta y grita: "¡La Policía!" Entonces Miguel dice: "Un momento, voy a vestirme." Entra la Policía capitaneada por los agentes Basáil y Quintana, los soldados apuntando con sus armas: "¿Son los Pro?—preguntan los jefes,—"Sí", responden los interesados. "Están ustedes detenidos." Pidieron los muchachos confesarse y así lo hicieron. Miguel les dijo después: "Muchachos, ya nos han cogido, ofrezcamos nuestra vida por la paz de México, y hagámoslo los tres juntos para que Dios nos acepte el sacrificio." Los llevaron a un café para que tomaran su desayuno; después a la calle de Cozumel a ver a su hermana Anita, y ahí, como llorara la hermanita y Miguel diera la bendición a todos los hermanos, le dijo Basáil: "Padre, usted está como si no los volviera a ver." — "Una bendición contestó el padre, no estorba, y yo tengo la costumbre de bendecir a mis hermanos cuando salgo; además, todo cabe en lo posible." "Llevánronlos luego a la Inspección de Policía, en donde, después de tomar sus nombres y demás prelimina-

res, según costumbre, los condujeron a ver el auto de Obregón en la situación en que había quedado, pasando pocos minutos después a las oficinas, desiertas todavía, de Mazcorro, en donde estaba el resto de las bombas, parque enviado a los levantados, y algunas armas; los pasaron de ahí al sótano número 1 en donde estuvieron juntos los tres desde las cinco y media de la mañana hasta las diez y media; a esa hora llaman a los tres hermanos sucesivamente, por orden de edad, para datos generales. Al volver de las declaraciones, llevan a Humberto a otro sitio, al centro de los sótanos, a una pieza que puede considerarse como el "Hall"; Miguel y Roberto quedan definitivamente en el número 1.

Cinco días vivieron en los sótanos, siendo llamados diariamente a declarar. Las declaraciones versaron todas sobre el mismo tema: averiguar qué relación tenían con el atentado los hermanos Pro. Miguel contó todo lo que había hecho, que es lo relatado.

Fuera del tiempo empleado en declarar, se entretenían Miguel y Roberto en cantar cuanto sabían, en conversar, en decir chistes, en rezar y en calentarse a golpes porque hacía frío.

Entre tanto, se esforzaba la Policía por hallar trazas con qué averiguar quiénes eran los que habían arrojado la bomba y disparado los tiros.

Tomamos del periódico "Excelsior" lo que si-

gue: 15 de noviembre: "Tirado, terminantemente se ha negado a declarar y no se le ha sacado ninguna revelación." —16 de noviembre: "Desde el lunes último, Tirado se encuentra con centinela de vista en uno de los departamentos altos de la Inspección y ha continuado en su propósito de negarse a contestar a los interrogatorios que le hacen los jefes policíacos, pues se concreta a decir que nada sabe, porque al ser capturado se hallaba esperando un tren." —17 de noviembre: "Juan Tirado sigue guardando silencio, mejor dicho, persiste en afirmar que él no tuvo arte ni parte en el atentado... En la Inspección de Policía casi se tiene la certeza de que Tirado es uno de los dinamiteros; pero, a pesar de que, tanto el jefe de las Comisiones de Seguridad como otros agentes, le han interrogado con habilidad, para hacerlo caer en contradicciones y obligarlo de esta manera a confesar de plano su delito, el preso se sostiene todavía en los puntos de su primera declaración sin permitir que sus palabras orienten a la policía hacia la verdad de los hechos."

Hemos visto ya que Nahum Lamberto Ruiz estuvo en estado de coma, en agonía, toda la semana que se siguió a su captura, por consiguiente, nada pudo haber dicho. Sin embargo, el 22 de noviembre, tercer día después de la muerte del infeliz chofer, "El Universal" y "Excelsior" publicaron la noticia de que algo había declarado. "El Univer-

sal'' dice así: ''Se supo que el detenido tenía un hermano, llamado Rodolfo Ruiz (El ''Excelsior'' decía un cuñado), y uno de los agentes, Basáil, se aprovechó de esta circunstancia. Desde el primer momento, Ruiz quedó con los ojos vendados por la lesión recibida. De esta manera no podía enterarse de cuanto pasaba a su alrededor. El agente, con todo sigilo, y después que hubo hecho que la mujer de Ruiz lo saludara, le dijo: ''Nahum, yo soy tu hermano, tu hermano Rodolfo; quiero que me digas qué se te ofrece.''

''Y fue entonces cuando Ruiz, según se nos dijo en la Inspección General de Policía (bajo la responsabilidad única y exclusiva de Basáil, pues podemos afirmar que no hubo otro testimonio), contestó con voz apagada:—Quiero que le digas al Ingeniero Segura y a los señores Pro, que se escondan, puesto que corren peligro.'' Dada por supuesta la posibilidad, que muchos niegan, de que Ruiz hubiera hablado, y de que no hubiera conocido que aquella voz no era de su hermano, no es probable que hubiera dicho lo que le atribuyen porque ¿Cómo sabía que no estaban presos Vilches y los Pro? y aunque lo hubiera dicho, eso no significaba gran cosa, ya que se le hubiera podido ocurrir que los pondrían presos por haberlos visto en el Essex. Que el Ingeniero Segura Vilches y el obrero Juan Tirado hayan tomado parte en el intento, es ya cosa completamente clara, según las declaraciones de José de León To-

l que todos pueden leer en los periódicos de aque-
os días. Por lo que toca al Padre Pro, no confesó
nguna culpabilidad porque no la tenía. El New
ork Times narra la visita que hizo el 22 de no-
iembre a la Inspección de Policía el abogado Orcí
n nombre de Obregón. Roberto Cruz estaba au-

Camino del suplicio.

ente, y uno de los subalternos, el Lic. Guerra Leal,
mostró un papel, diciéndole que era el proceso.
rcí lo devolvió diciéndole: "Esta no es una inves-
gación, sino una simple relación de policía que
ntecede a la investigación judicial." Se le respon-
ió que no había más detalles. Entonces Orcí pre-
unta: "Qué piensa el jefe del crimen de estos

hombres?'' Y responde el secretario de Cruz: ''El P. Pro Juárez no confesó, y no tenemos prueba ninguna en contra de él''... ''Entregaremos mañana el asunto a los jueces''... Ahora bien, al día siguiente era fusilado el P. Pro como a las diez de la mañana. ''Con gran sorpresa mía, dijo en sus declaraciones el mismo Orcí, continúa el citado periódico americano, a la mañana siguiente, estando en mi oficina, me informaron que los cuatro presos habían sido ejecutados. Por teléfono hablé con el jefe de Policía, Cruz, preguntando por más pormenores por cuanto la investigación aún no estaba completa, y no había nada que pudiera llamarse auto judicial.

El general Cruz me explicó diciendo: antes que visitase Ud. la Inspección y a pesar de las recomendaciones del general Obregón, TUVE ORDEN POSITIVA DE HACER LO QUE HICE.'' —Otra narración, de la cual afirma el autor de la Vida del P. Pro editada en Barcelona, que viene de fuente muy autorizada, dice: ''Cuando Roberto Cruz recibió la orden de fusilar a los detenidos, preguntó cómo podría paliar el hecho para guardar las formas, y se le respondió: ''NO QUIERO FORMAS, SINO EL HECHO.''

Sin embargo, Roberto Cruz hizo la siguiente declaración: ''Estando convictos y confesos los acusados de ser los responsables directos del atentado en contra del general señor Obregón y habiendo

omprobado su responsabilidad en el delito, se dis-
uso que fueran ejecutados desde luego.''

La única declaración pública que hizo el P. Pro
ue a los reporteros de la prensa, en presencia de
s agentes de policía, y la relata el ''Excelsior'' del
2 de esta manera: ''Conducido y vigilado por otros
gentes, nos fue presentado el Presbítero Miguel
gustín Pro...

—¿Es usted sacerdote?, le preguntamos.

-Sí, señor, sacerdote jesuita.

—¿Quiere usted hacernos alguna declaración?

—Ninguna declaración quiero hacer. Sólo diré
ue estoy agradecido de las atenciones por parte
e las personas que me aprendieron... Yo soy abso-
ıtamente ajeno a este asunto, pues soy persona de
rden. Estoy completamente tranquilo y espero que
esplandecerá la justicia. NIEGO terminantemente
aber tomado alguna participación en el complot.''

Es de notar que la palabra ''niego'' aparece en
l mismo diario con caracteres separados. La rela-
ión publicada por El Universal'' el mismo día, dice
sí: ''Cuando le preguntamos sobre su participa-
ión en los hechos delictuosos que se le atribuyen,
os dijo: ''Yo soy ajeno a cuestiones revoluciona-
ias; cuando se me haga justicia, se verá que en
stos momentos estoy diciendo la verdad. De una
ıanera resuelta negó haber tomado participación
n el atentado, y también nos expuso que desea que
ıanto antes se le consigne con el objeto de que el

juez, al convencerse de su inocencia, lo ponga en libertad."

Para que los lectores puedan darse cuenta perfecta de las opiniones de personas entendidas acerca del proceso, si así puede llamarse, del P. Pro, publicamos el siguiente

MEMORANDUM... FORMADO POR VARIOS ABOGADOS DE ESTA CAPITAL

La muerte de los señores Pbro. Agustín Pro. Juárez... etc., es, al punto de vista jurídico, un verdadero asesinato, así por el hecho mismo como por las siguientes circunstancias:

PRIMERA.—Esa muerte fué decretada y ejecu-

Ora brevemente antes de morir.

tada por el Jefe del Poder Ejecutivo y por sus subordinados, autoridades, con arreglo a la Jurisprudencia y a la legislación de México y de todos los países civilizados, absolutamente incompetentes para decretarla.

SEGUNDA.—No se sujetó a los inculpados a un verdadero proceso, ya que no fueron consignados a un juez de lo penal, como está prevenido tratándose de delitos cometidos por civiles.

TERCERA.—No se les nombró defensor ni se les dió oportunidad para nombrarlo, habiéndoseles notificado la orden de ejecución momentos antes de llevarla a cabo, impidiendo de esta suerte la petición de un amparo que pudiera librarlos de la muerte.

CUARTA.—No se observaron las formalidades esenciales en todo procedimiento.

QUINTA.—Se tuvo por convictos y confesos a los inculpados, basándose solamente en las supuestas declaraciones, arrancadas con engaños a un moribundo, quien no podía desmentirlas por haber fallecido; debiendo observarse, por una parte, que esas declaraciones se publicaron cuando el supuesto declarante había muerto, y por la otra, que los médicos que lo atendieron y las mismas autoridades policíacas declararon que dicho individuo se encontraba en un estado de absoluta inconsciencia.

SEXTA.—El fundamento para darlos por confesos es falso, desde luego en lo que se refiere al

Pbro. Pro, quien, según la misma nota porporcionada a la prensa por la Policía, proclamó su inocencia y su deseo de ser llevado ante un juez para demostrarla...

SEPTIMA.—Es también increíble que los supuestos asaltantes del general Obregón regresaran tranquilamente a sus hogares después del atentado para esperar en ellos el resultado del suceso. Eso es sencillamente un absurdo que arguye más bien en favor de los inculpados, pues sabido es que todo criminal, por instinto de propia conservación, se aleja del lugar en que cometió el delito, así como de aquellos en que es de suponerse habría de buscarlo la justicia.

OCTAVA.—Finalmente, aun suponiendo que el Presidente de la República y los funcionarios de Policía, sus subordinados, hubieran sido competentes para juzgar a los inculpados, que estos hubieran sido juzgados, que en el procedimiento se hubieran llenado las formalidades que la ley exige, que se hubieran otorgado a los acusados las garantías y los recursos que a todo acusado se conceden, ni aun así, hubiera sido justificada la pena impuesta, ya que, con arreglo al código penal vigente, no es la pena de muerte la que debe aplicarse al culpable de homicidio frustrado, sino la de prisión que fluctúa entre los ocho y los doce años. (Art. 105 del Código)

GARANTIAS CONSTITUCIONALES VIOLADAS EN LOS HECHOS QUE ANTECEDEN

PRIMERO. - El artículo 13 de la Constitución General de la República establece que nadie puede ser juzgado por leyes privativas, ni por tribunales especiales; que los tribunales militares en ningún caso, ni por ningún motivo, podrán extender su jurisdicción sobre personas que no pertenezcan al ejército, y que cuando en un delito o falta de orden militar estuviere complicado un paisano, conocerá del caso la autoridad civil que corresponda. En el caso que examinamos, los detenidos fueron juzgados, si al procedimiento iniciado en su contra puede llamarse juicio, por el general Cruz, Inspector General de Policía y por sus agentes subordinados, habiendo extendido dicho general su jurisdicción sobre personas que no pertenecían al ejército; debiendo hacerse notar que no se constituyó siquiera un Consejo de Guerra. El delito que se les imputaba no es del orden militar, pero aun suponiendo que lo fuera, según el Artículo que comentamos, debió ser conocido por la autoridad civil correspondiente, en virtud de ser particulares todos los inculpados. Como se ve, son notorias las violaciones a ese Artículo de la Constitución.

SEGUNDO.—El Artículo 14 establece que **nadie podrá ser privado de la vida** sino mediante juicio seguido ante los tribunales previamente estableci-

os y en el que se cumplan las formalidades esenales del procedimiento, y en el caso, los inculpados fueron privados de la vida sin habérseles seguido juicio alguno en los tribunales, y sin haberse tenido en cuenta ninguno de los preceptos consignados en el Código Penal ni en el de Procedimientos Penales.

Añade el mismo artículo 14: "En los juicios de orden criminal, queda prohibido imponer por simple analogía, y aún por mayoría de razón, pena alguna que no esté concretada por una ley exactamente aplicable al delito de que se trata". En este caso se aplicó una pena no decretada por ninguna ley para este delito.

En efecto, el artículo 197 del Código Penal establece que siempre que a los responsables de algún delito se les imponga una parte proporcional de la pena impuesta a otros responsables, se hará el cómputo como si fuera de veinte años de prisión, si la pena fuera la capital. Ahora bien, los responsables de homicidio consumado, premeditación, alevosía, ventaja y traición, deben ser castigados con la pena capital, por lo que siendo este un delito frustrado, debe considerarse como penado por veinte años de prisión y hacer la reducción correspondiente, que, conforme al artículo 204 del Código citado sería de dos quintos a dos tercios de la pena que se aplicaría si se hubiese consumado el delito, o

sea, en el caso, de ocho a doce años de prisión, pero **nunca la muerte.**

TERCERO.—El artículo 16 establece que nadie podrá ser molestado en su persona sino en virtud de mandamiento escrito de la autoridad competente, que funde y motive la causa legal del procedimiento, y los inculpados fueron reducidos a prisión y fusilados sin que existiera orden alguna de autoridad competente que motivara la causa legal del procedimiento. Y más adelante añade el propio artículo: que no podrá librarse ninguna orden de prisión o detención, a no ser por la autoridad judicial, sin que preceda denuncia de hecho determinado, apoyada por declaración, bajo protesta, de persona digna de fe, circunstancias que en el caso no se reunieron. El propio artículo 16 ordena también que cuando no haya en el lugar ninguna autoridad judicial y tratándose de casos urgentes, podrá la autoridad administrativa, como lo es la Inspección General de Policía, bajo su más estrecha responsabilidad, decretar la detención de un acusado, poniéndole inmediatamente a disposición de la autoridad judicial. Ahora bien, en la ciudad de México, existen autoridades judiciales y no se puso a la disposición de estas a los detenidos, a pesar de haberlo prometido formalmente en las declaraciones hechas a la prensa.

CUARTO.—En el artículo 19 se establece que ninguna detención podrá exceder del término de tres días, sin que se justifique con un auto de formal

Listo para el Sacrificio.

prisión en el que se expresen todas las circunstancias del caso.

Si las autoridades que consumaron el atentado hubieran cumplido con los deberes que la Constitución les impone debieron poner en libertad a los detenidos dentro del tercero día de su detención, ya que ningún juez había pronunciado en su contra el auto de formal prisión; debiendo notarse que en el mismo artículo se establece que incurren en responsabilidad la autoridad que ordene la detención o la consienta, y los agentes que la ejecuten, es decir, en el caso, el Presidente de la República y sus subordinados.

QUINTO.—En el art. 20 se establecen para todo acusado del orden criminal las siguientes garantías:

A.—) Queda rigurosamente prohibida toda incomunicación o cualquier otro medio que pueda compeler al acusado a declarar en su contra; y en este caso los detenidos estuvieron sujetos a una incomunicación rigurosa.

B.—) Dentro de las 48 horas de su detención, deberá rendir su declaración preparatoria, en audiencia pública, y ante el juez que conozca de la causa. cosa que no se hizo, pues ni se les consignó a un juez, ni se les tomó la declaración en este artículo prevenida; siendo secretas las declaraciones rendidas ante los funcionarios de la Policía.

C.—) Será careado con los testigos que depongan en su contra; ninguno de los acusados fue ca-

ado con Lamberto Ruiz, su supuesto denunciante.
D.—) Se les recibirán los testigos y demás prue-
as que ofrezcan, concediéndoles el tiempo que la
ey estime necesario al efecto, y auxiliándoseles
ara obtener la comparecencia de las personas cuyo
estimonio soliciten. Ningún testigo les fue admiti-
o, a pesar de que pudieron comprobar plenamen-
e que el día en que se cometió el atentado se en-
ontraban en lugares muy distintos de dicho sitio,
esto, precisamente a la hora en que, según dicen
os agentes de la policía, se cometió.

E.—)El autor o presunto responsable de todo de-
to será juzgado en audiencia pública por un ju-
ado o juez, según la pena que merezca dicho de-
to. Según se ha demostrado, ni juez ni jurado al-
uno conocieron de este asunto, y las averiguacio-
es fueron secretas e intervinieron en ellas, indebi-
amente, particulares adictos al general Obregón,
omo lo hizo el Lic. Orcí que no tiene otra repre-
entación que la de miembro connotado del partido
bregonista.

F.—) Le serán facilitados todos los datos que so-
icite para su defensa. La incomunicación rigurosa
n que se encontraron los detenidos hasta el momen-
o de su muerte, hizo para ellos completamente nu-
atoria esta garantía.

G.—Se les prevendrá que nombren defensor, y en
aso de no querer hacerlo, el juez les nombrará uno
le oficio. En la Inspección General de Policía no se

En Cruz a Imitación de Jesucristo.

permitió a nadie hacer gestiones ni defender a los acusados.

SEXTO.—La imposición de las penas es propia y exclusiva de la autoridad judicial, dice el art. 21 de la Constitución. A los inculpados les impuso la pena de muerte una autoridad administrativa. Añade el propio art. que la persecución de los delitos incumbe al Ministerio Público, y éste, que es el único que puede disponer de la acción penal, ni siquiera tuvo participación, ni intervención alguna en este asunto.

SEPTIMO.—Queda prohibida la pena de muerte

ir delitos políticos, y en cuanto a los demás, sólo drá imponerse al traidor a la Patria en guerra tranjera, al parricida, al homicida con alevosía, meditación y ventaja, al incendiario, al plagiario. salteador de caminos, al pirata, y a los reos de itos graves del orden militar. (Art. 22 de la Cons- ución de la República.) Es evidente que el delito que se trata no está comprendido en la enume- ión que antecede, por lo que la pena de muerte es aplicable, ya que se trata de un delito frus- do, y que debe castigarse con una pena propor- nal a la del delito consumado; y al aplicarse la a de muerte se violó también por este concepto garantía individual consignada en el art. 21.

México, D. F., 24 de diciembre de 1927.

Hasta aquí el documento de los abogados. Las cau- de semejante modo de proceder por parte del bierno, por lo que se refiere al P. Pro, no pudie- ser otras que el deseo de dar un golpe a los ca- cos y la inquina contra un sacerdote cuya acti- ad en el trabajo por la salvación de las almas he- s admirado en páginas anteriores.

Pudo también juntarse el natural deseo de la Po- a de vengarse de quien tantas veces con habili- l había evitado caer en sus manos. Pero, sea co- quiera, así en ésas como en otras muchas circuns- cias menudas que no es del caso referir, lo que otros vemos es el deseo bien claro de Dios de

Ultimos Instantes de Vida Temporal.

¡Al Cielo!

remiar con la corona del martirio a un hombre que
había ido preparando a él con una vida santa de
negación alegre, de sacrificio generoso y constan-
, de obediencia rendida, de caridad ardiente y de-
cada, de celo de las almas extraordinario. Quería
ios sangre pura para su gloria y nuestro provecho,
que, según San Pablo, **sine sanguinis effusione non**
redemptio (sin derramamiento de sangre no hay

redención) y escogió al P. Pro como víctima agradable a su Corazón divino.

Continuemos la serie de los sucesos.

"La primera noticia que recibí al llegar, escribe el R. P. Carlos M. Mayer al R. P. Provincial **el 28 de noviembre**, fue la de la prisión del Padre Agustín Pro; y por la atmósfera que en derredor del hecho estaba formando la Prensa, concebí serios temores. Estuvimos en angustia cuatro días, recibiendo ofrecimientos de próxima libertad, y al fin, aviso de que sería consignado a un juez: esto mismo les comunicaron a los detenidos en la Inspección de Policía, de manera que no hubiera ni tiempo, ni tampoco oportunidad de acudir a ningún medio de defensa. Durante todo el tiempo de la prisión habían tenido a los presos incomunicados desde el primer momento, y al mismo tiempo publicando la prensa noticias falsas y calumniosas de que estaban convictos y confesos de lo que todos negaron hasta el último momento. Así se ha sabido por el testimonio fidedigno de algunos detenidos que fueron compañeros de los presos de que hablo."..

El doce de diciembre escribe el mismo: "La certidumbre de la inocencia del Sr. Enghien (El P. Pro) se extiende cada día, y puede decirse que está hoy en la conciencia pública, confesada aún por sus mismos enemigos..."

El cuatro de diciembre, una persona bien enterada escribía así: "En primer lugar, advierta que

ninguno tuvo que ver ni remotamente con el famoso atentado: son, pues, inocentes... "Excusado es decirte que el P. Pro no tuvo ingerencia en el famoso atentado..." dice un caballero de esta ciudad a su hermano que estaba en Estados Unidos.

Persona que trató íntimamente al P. Pro y que está bien enterada de lo ocurrido, nada menos que su inmediato Superior, el R. P. Toribio Bracho, S., J. creyó deber de conciencia elevar al Comité Episcopal una protesta que así dice:

"Es para mí un deber de justicia elevar hasta Uds. mi testimonio explícito y ciertísimo de la inocencia del P. Miguel Agustín Pro, S. J.... Eran perfectamente conocidas de muchísimas personas que le tratamos íntimamente, sus virtudes de excelente religioso y celosísimo sacerdote, y podrán ser atestiguadas por numerosas familias de esta Capital, y esto basta para cerciorarnos de cuán lejos estaba de organizar un complot dinamitero. Por mi parte yo le conocí hace 12 años en los Estados Unidos y lo he tratado íntimamente, sobre todo en estos últimos meses, y puedo asegurar, y ASEGURO BAJO JURAMENTO QUE ES ABSOLUTAMENTE FALSO que el P. Pro haya asistido a junta alguna en que se fraguara el atentado, o haya tomado parte en él, y muchísimo menos que él haya sido el autor intelectual del complot...

Tan clara era su inocencia, que se creyó más bien contraproducente el mover influencias para obtener

El Tiro de Gracia.

libertad, esperando que pronto se aclararía la verdad. Pero la policía, que hacía ya tiempo lo molestaba y perseguía por sus actividades en la Liga defensora de la Libertad Religiosa, no trató de averiguar la verdad, sino de aprovechar la ocasión para hacer recaer sobre los católicos, y en particular sobre un sacerdote, la culpabilidad; urdiendo cuantas mentiras fueron necesarias, y quitando en absoluto a los detenidos toda posibilidad de defensa..."

Finalmente, como se hubiese enviado por las autoridades mexicanas a Washington, al Departamento de Estado, copia del llamado proceso del P. Pro y de sus compañeros, cierto americano, persona perfectamente conocida y autorizada, que leyó toda la documentación dicha, dijo al autor de estas líneas que de ella no se sacaba dato alguno que pudiera indicar alguna culpabilidad para el Padre.

Asistamos ahora a los últimos momentos que pasó en esta vida aquel a quien hemos visto siempre alegre en el padecimiento, siempre ardiente en el trabajo por Dios y por las almas.

El martes 22 de noviembre, por la noche, bajaron a los sótanos de la Inspección los señores Cruz, Palomera López y otro; sacaron a los tres hermanos y fueron al corredor del sótano número 1, y Cruz dijo a Palomera: "Mire, éstos son", y señalando a cada uno, agregó: "Este es Miguel, éste Humberto y aquel Roberto". Sacaron enseguida con luz de magnesio unas fotografías ,(que son en las que el P. Pro

Cómo Quedó el Cadáver..

está con sweater), pusiéronles guardias dobles y se retiraron. Serían como las once. El humo del magnesio los molestó toda la noche. Una vez que estuvieron solos pregunta Miguel:—"¿Qué piensas de esto?"—Yo creo, contesta Roberto, que ahora sí nos sucede. Y Miguel: yo también, y creo que será mañana." Se pusieron a rezar una media hora, cuando de pronto dice el Padre: "Bueno, si nos van a matar, demos gracias a Dios de que hayan escogido nuestra sangre; Dios nos dará fuerzas para ir adelante hasta el fin." Prepararon el catre de campaña y se acostaron los dos en él como media hora; el movimiento de soldados que era casi continuo no

dejaba dormir.. En la mañana, a eso de las 8, des-
és del desayuno, Miguel estaba algo deprimido y
o: "Siento como que hoy nos van a matar"; a
o de los soldados que le preguntó si quería algo,
contestó: "No, ¿para qué? al cabo que hoy nos
a matar." Jugaron a los gallitos para calentar-
porque hacía frío; pero no jugaron con el ánimo
todos los días Rezaron casi continuamente Cre-
, Salves, etc. Como a las diez y veinte minutos
ró Mazcorro y llamó a Miguel; éste estaba en
eater y preguntó que si iba así; no, contestó Maz-
rro, póngase su saco y véngase. Roberto le ayu-
a ponérselo, y el Padre, sin decir nada, le apre-
la mano. El sótano tenía una ventanita al pa-
de la ejecución, ventana que habían tapado con
as tablas tres días antes, pero que conservaba
ranura; Roberto, al ver que su hermano salía
o regresaba, se asomó y vió el patio lleno de sol-
los, oyó la descarga y después un tiro; entonces
dió cuenta de lo que había sucedido; lloró y rezó,
sta mandó un papel a Cruz pidiéndole que le de-
a ver a sus hermanos, pero no recibió contes-
ión.

Al entrar al patio y verlo todo lleno de soldados,
ó en la cuenta el P. Pro de lo que iba a suceder.
instantánea que sacaron los fotógrafos llamados
el gobierno nos le presenta con los ojos bajos,
cara seria, algo inclinada la cabeza, como de quien
verse a las puertas del sepulcro, ofrece a Dios

El Reconocimiento en la Camilla.

su vida por alguna causa muy grande... Al ir caminando, uno de los agentes que le había aprehendido le pidió perdón, y el padre le contestó: "No sólo le perdono, sino que le doy las gracias."

Llegado al lugar de la ejecución, que es el sitio en que se encuentran los maniquíes para los ejercicios

le tiro, le preguntaron si deseaba algo; "Sí, con-
estó, espere un momento", y poniéndose de rodi-
las con profunda devoción se santiguó pausadamen-
e, juntó las manos, oró unos momentos, besó devota-
nente el pequeño crucifijo que llevaba al cuello,
y tomando en una mano el crucifijo y en la otra
el rosario, se puso en pie, abrió tranquilamente los
brazos en cruz y, mirando sin pestañear los rifles
que le apuntaban al pecho, dijo con tono mesurado:
"¡Viva Cristo Rey!"... Al instante siguiente cayó
con los brazos todavía en cruz.

Esta frase, fórmula sagrada de los modernos mártires mexicanos, no tenía en sus labios el bravío acento marcial de otros testigos de nuestra fe, parecía verdaderamente la fórmula de la consagración con que el sacerdote sacrifica la víctima divina; él moría también, pero como ministro del altar, por la realeza de Cristo.

Los circunstantes estaban profundamente conmovidos por mil razones; entre otras, les sorprendía en un ajusticiado ese valor no sólo sereno, sino envuelto en una dulce y apacible sonrisa; en cambio, los amigos íntimos del P. Pro teníamos la clave del secreto: su obsesión constante, desde que se desencadenó la actual persecución religiosa fue la de morir mártir y "víctima completa", con muerte no sólo física, sino también moral, "deshonrado", a fin de que también pudiera decirse de él como de Nuestro Señor; "Et cum scelaratis reputatus est."

En la Plancha del Hospital.

Así debía morir un fidelísimo observante de nuestra regla once, un habitual cumplidor del tercer grado de humildad... ¿No había de sonreír en la muerte el que alcanza en ella el supremo anhelo de su vida?

Dado el tiro de gracia, fusilaron a otros tres compañeros de prisión del P. Pro, a saber: a Humberto Pro, al Ingeniero Segura Vilches y a Juan Tirado.

evaron los cadáveres al Hospital Juárez, les hi-
eron la autopsia, y los entregaron a sus familias
spectivas.

IX.

EL TRIUNFO.

"Desde que se instalaron en la casa de su padre, el Sr. Dn. Miguel Pro (en la calle del Pánuco), dice un testigo presencial, los cadáveres del sacerdote y de su hermano Humberto, una inusitada romería de devotos visitantes, pertenecientes a todas las clases sociales, se improvisó creciendo por momento hasta un grado increíble. Hubo necesidad de que numerosos "agentes de tráfico particulares" facilitaran el acceso y la salida de la casa mortuoria. Aquello no parecía un duelo sino un jubileo.

Las lágrimas eran silenciosas, de pena, sí, pero más de ternura y devoción. Todo el mundo llevaba crucifijos, rosarios y otros objetos piadosos que querían a porfía tocar a "los cuerpos de los mártires". Hubo escenas delicadísimas. Una pobre anciana que llevaba en brazos a un niño pequeño tomó una rosa blanca de las que depositaban los "peregrinos" sobre la caja del Padre, y frotando con ella el cristal que le cubría el rostro, persignó con la misma al

La Capilla Ardiente.

niño, y lo acercó luego para que besara como una reliquia aquellos santos despojos. Otra señora de nuestra buena sociedad, llevaba de la mano a su hijito de diez años de edad y le decía con toda la vehemencia de su alma: "Hijito mío, fíjate en estos mártires, por eso te he traído, para que se te grave bien en la mente lo que estás viendo, para que cuando tú seas grande, sepas dar tu vida por defender la fe de Cristo, y morir como ellos, inocentes, y con gran valor..." Muchísimos eran los que después de contemplar un rato el rostro de los mártires se santiguaban como ante una imagen bendita.

Entre todos se señaló el heroico padre de los con-

fesores de Cristo, que con un valor cristiano imponderable, de rodillas entre los dos cadáveres no hacía sino ofrecer a Dios aquellas víctimas puras. A los que se afligían demasiado por el tremendo espectáculo de aquella sala, les decía para consolarlos: "El Padre fué un apóstol, mi Humberto un ángel toda su vida... Murieron por Dios, ya gozan de El en el cielo." Claro está que el llanto no cesaba con estos razonamientos, pero sí se transfiguraba en algo sobrehumano. Una hija suya modesta, fina y delicada, pero también valiente, contemplaba la escena comparable a aquellas en que intervenían las Ineses y Cecilias. Durante la noche, un numeroso grupo de personas se quedó a velar los cadáveres. Por una circunstancia singular se tuvo también una singular velación del Santísimo Sacramento. Nos habían prometido que a las dos de la mañana se permitiría a otro hermano, Roberto, preso también por Cristo, ir a ver a sus hermanos.

Para poderle dar con esa ocasión la comunión, llevamos en un relicario una hostia consagrada, que depositada, a ruegos de la familia, sobre los féretros, nos dió la feliz oportunidad de tener una adoración de su Divina Majestad muy parecida a las de las catacumbas. De 11 a 12 tuvo lugar una piadosísima "Hora Santa" con sermón y todo. El pobre Roberto no llegó al fin; pero el anuncio de su visita nos proporcionó la visita real de su "Grande

Salida de la Casa Mortuoria.

Amigo'', como él le llama. Entre cuatro y cinco se celebraron dos misas de Requiem con comunión general de los visitantes; a las 6 a. m. se abrieron las puertas de la casa, porque así lo exigía la multitud agolpada en la calle; eran casi todos obreros y gente humilde que querían visitar a ''su padre'' antes de irse al trabajo. Con esto se reanudó, enormemente aumentada, la romería de la víspera. Por fin, a las 3 de la tarde, hora en que deberían salir los cadáveres al Panteón de Dolores, la aglomeración de carruajes, y de toda suerte de personas, en frente

Vox Populi Vox Dei.

de la casa y en todas las calles vecinas, fue de lo que raras veces suele verse en un entierro.

Al anunciarse que iba a salir el féretro del Padre, un repentino silencio y quietud sucedió a la confusión que todo lo invadía; pero cuando apareció en el umbral de la puerta, un grito atronador, unánime, salió de millares de pechos: ¡Viva Cristo Rey! ...resonando a la vez los más inesperados aplausos, al mismo tiempo que caían por dondequiera lluvias de flores copiosísimas...

Con muchísimo trabajo, por el ímpetu de la multitud que se lanzaba en verdaderas oleadas huma-

nas a tocar los féretros, se pudo al fin organizar la pompa fúnebre o marcha triunfal hacia la colina de Dolores. Al atravesar el paseo de la Reforma por la espaciosa glorieta de la Independencia, el cortejo estaba ya perfectamente organizado. Cuatro interminables filas de automóviles (como unos quinientos) protegían, en dos bandas, el centro de la procesión formado por los acompañantes que, marchando de cuatro en fondo, rezaban contínuamente el santo Rosario. En las bocacalles la gente se agolpaba, arrodillándose y santiguándose al paso de los féretros. Los tranvías y otros vehículos que tanto circulan en el bosque de Chapultepec se vaciaban para sumarse sus pasajeros al cortejo. Al acercarnos a Dolores, notamos que en toda la extensa planicie se hallaba esparcida una gran multitud, quizá mayor que la que subía, de personas a pie y en automóvil... Toda ella nos salió a recibir a la anchurosa carretera, y aquello sí que fue el colmo del fervor, de ese fervor singular, mezcla de duelo y de triunfo, que constituyó la nota propia de este sepelio. Sólo que entonces empezaron los himnos y los cantos a Cristo Rey, en tal forma, que parecía una catarata de voces que de la meseta de Dolores se despeñaba por todo el Valle...

Al descender a la cripta de la Compañía el cadáver del Padre, un profundo silencio sobrecogió de nuevo a toda la entusiasmada multitud; apenas salimos los enterradores, se renovó aumentada la

animación que se desbordó al oírse este grito inopinado: "Viva el primer mártir Jesuita de Cristo Rey!"... En medio de los obligados vítores y cánticos se avanzó hasta la fosa de Humberto. Nuevo intervalo de silencio mientras se bendijo el sepulcro y al bajar el cadáver. El nobilísimo anciano, padre del ferviente joven católico, toma la pala y echa a la fosa la primer tierra que se convertirá en sagrada reliquia al contacto de aquellos restos, y luego, avanzando con paso firme, dice: "Hemos terminado, Te Deum Laudamus ..." ¿Cómo describir la impresión que nos produjo esa invitación al himno de acción de gracias?... Lo rezamos semitonado, con voces entrecortadas por sollozos, expresión de sentimientos desconocidos a la inmensa mayoría de los mortales..."

X.

"SEPULCRUM EIUS GLORIOSUM."

El sepulcro del Padre Pro, cubierto desde el principio de flores, se ha conservado así todos los días por espacio de tres años; lámparas cuyo aceite usan los enfermos para curarse, candelas de cera cuyos cabos recogen también las gentes como reliquias arden continuamente ante la sepultura de aquel a quien el pueblo mexicano considera como mártir de Cristo Rey; todos los días sin excepción, multitud de personas de todas edades y condiciones sociales van a buscar en él remedio a sus enfermedades, consuelo en sus penas, sostén en sus luchas; otros a darle gracias por los favores que creen haber recibido por su poderosa intercesión, y hay quienes recorren de rodillas el largo camino que hay desde la puerta del Cementerio de Dolores a la sepultura del Padre.

No nos toca a nosotros, humildes hijos de la Iglesia Católica, el determinar si el Padre Pro fué mártir, ni si los favores que se le atribuyen son mila-

Tocando los Santos Despojos.

gros; Vicario tiene Jesucristo en la tierra, el Romano Pontífice, que es el único que autoritativamente puede decidir de tales cuestiones, y a su fallo infalible sometemos nuestros juicios humanos; pero parece conveniente, ya que es tanto lo que hay, escoger, de entre los muchos favores que cuentan las gentes haber recibido del bendito Padre Pro, unos cuantos que aumenten la confianza que en su intercesión se tiene, y hagan glorificar a Dios tan poderoso en sus santos.

En primer lugar digamos, que, sin exageración ninguna, se cuentan por miles las acciones de gracias de los que creen haber recibido favores del cielo por in-

rcesión del P. Pro. Los exvotos que se han colocado
n su sepulcro son innumerables y se aumentan ca-
a día. Vienen las acciones de gracias no solo de
os Estados de la República, sino también de los Es-
ados Unidos y el Canadá, de Nicaragua, Honduras
El Salvador, de Chile y Argentina, de España y
rancia, de Italia y Bélgica. Los favores que se le
tribuyen al Padre son de todas clases: remedio a
ecesidades espirituales, conversiones de pecadores,
bjetos hallados, salud en las enfermedades, noti-
as de personas ausentes, hallar trabajo los que no
o tenían, soluciones de negocios difíciles, etc., etc.
íe aquí algunos ejemplos: "La Sra. Luz Esparza,
e Ciudad Juárez, deseaba pasaporte para sí y para
u hijo, con que poder pasar a Estados Unidos, y
omo en la oficina de inmigración se les exigía que
eyeran un cartón que les presentaron, no sabiendo
er, se encomendó al P. Pro, mártir mexicano, que-
ando sorprendida de que su hijo sin dificultad le-
ó correctamente el cartón y obtuvieron el pasapor-
e sin dificultad alguna. Como ni ella ni su citado
ijo han aprendido jamás a leer, cree la Sra. Es-
arza que esto fue un milagro patente, obtenido por
ediación del P. Agustín Pro, y así lo declara."
(Relación del R. P. Goñi, S. J.)

"Granada (España), 1 de marzo de 1928.—Aquí
P. Pro ha curado al hijo del Conde de Tovar, de
lmonía, meningitis y difteria. Estaba por comple-
desahuciado, y desde que le llevaron la estampa

Sepelio Glorioso.

y le hicieron la novena, empezó la crisis favorable, y ya está comiendo. La familia atribuye la mejoría al Padre...'' (De una carta del H. Rafael Villoslada, S. J.

''Ha hecho Dios un gran milagro por mediación del P. Pro. Se trata de un enfermo cuya muerte ya se esperaba de un momento a otro, pues entre otras enfermedades, le aquejaba una angina de pecho. El mismo médico, que es persona cultísima, ha dicho que sólo un milagro puede explicar el hecho.'' (De Oaxaca, 3 de abril de 1928).

''Teniendo un chiquito de nueve meses, enfermo de los ojos desde que nació, al que habían recetado

os mejores oculistas sin darme esperanzas de que
e aliviara, sino más bien diciendo que quedaría
iego, invoqué al padre Pro por la noche y al día
iguiente amaneció sano. Como prometí publicar el
nilagro, lo hago con mucha gratitud. "Guadalajara,
ov. 28 de 1928".

—Trabajando en el Hospital el verano pasado, por-
ue soy enfermera, hablé de los beneficios que ha-
ía recibido por medio de la oración al padre Pro,
una de las otras enfermeras me pidió un ejemplar
le la novena. Cuando se la llevé, estaba ausente,
así se la dí à otra compañera para que se la entre-
ara. Esta última era protestante, pero le agradó
a oración, pidió una gracia por medio del Padre
ro, la obtuvo, y ahora se ha convertido a la Iglesia
atólica. "De una carta de San Antonio, Tex., de
Irs. A. D. Preice.

"La que suscribe, para mayor honra y gloria de
ios Ntro. Señor y para que si es servido, se digne
lorificar a su siervo el R. P. Miguel Agustín Pro
. J. certifica lo siguiente:

Teniendo a mi nieto Octavio Arévalo, de edad de
ueve meses, gravemente enfermo de infección in-
estinal, se le declaró manifiestamente la meningi-
s; reconocido el enfermito por el Dr. Dn. Alfon-
o Martínez, lo desahució, tanto por la gravedad
e la enfermedad, como por tenerla que sufrir en
n corta edad; otras personas que vieron al en-
rmo juzgaron lo mismo.

Una amiga mía, al verme tan afigida, me indicó que invocase al padre Pro; pude conseguir una reliquia de dicho padre y se la puse, prometiéndole al Padre Pro visitar su sepulcro y rezar un novenario de rosarios; esto lo hice después de llevar el niño 8 días de gravedad: en la tarde del mismo día el niño estaba fuera de peligro.

Creo que la intercesión del padre Pro lo salvó, pero no quiero por esto prevenir el juicio de la Santa Iglesia al cual me someto por completo.

En el Santo nombre de Dios y poniéndole a El por testigo, juro que en todo lo que antecede he querido decir la verdad.

Firmas: Juana M. Vda. de Aranda.—Margarita García.—Petra O. de Lozada.

"Yo, Concepción Vaqué y Sastré de 61 años de edad, natural de Mora de Ebro (Tarragona) hacía largo tiempo que sentía un gran dolor en la mano izquierda, llegando al extremo de que, teniendo que trabajar para ganarme el sustento, me era de todo punto imposible el hacerlo, pues era tanto mi mal que ni siquiera podía sostener un plato con dicha mano. En vista de esto, me acompañaron al Hospital Clínico de Barcelona, con el fin de que me visitaran los médicos, dos Hermanas de la Consolación que están al cuidado de las enfermas del Hospital del Espíritu Santo de este pueblo, en cuyo establecimiento presto mis servicios.

Entre otros facultativos, me reconoció el Dr. Juan

Solá Suris, médico cirujano de la clínica de operaciones, sacando tres radiografías de mi mano, no encontrando otra solución sino operarme, lo que no pudo hacerse por no haber cama dispuesta para mí, por estar toda la sala llena de enfermos: por fin, el 7 de mayo, que cayó en lunes, fué el día destinado para hacerme la operación, en la que debían amputarme el dedo del corazón, con parte del metacarpo. El día anterior, con motivo de celebrarse el onomástico de la Rvda. Madre Superiora, una de las madres que vinieron a visitarla, al enterarse de mi estado y verme tan apenada, enseñándome una estampa del R. P. Miguel A. Pro S. J. fusilado en la persecución religiosa de México, me dijo: Concepción, ten ánimo, y confianza en ese mártir, encomiéndate a él y yo te aseguro que mañana no te operarán, pues él te curará. Y diciéndome esto, me aplicó a la parte enferma una estampa del Padre y me vendó la mano. A los pocos momentos me sentí como si me abrasara la mano, tanto que apenas podía resistirlo, y como si el dedo, que por la enfermedad estaba muy encogido, se me alargase. Quise quitarme la venda, pero la Rvda. Madre me mandó no lo hiciera, y obedecí, no quitándome la estampa hasta el momento en que iba a enseñar la mano al Dr., advirtiendo que no me dolió ya en toda la noche. Al reconocerme el médico, quedóse unos minutos en suspenso, y dijo a los que le acompañaban: "Creo que no hay necesidad de trabajar, pues primero morirá esta mujer de otra enfermedad que de la

que ha padecido. Así es que no hay necesidad de operarla."

Mi alegría no es para contada, pues fué grande, y desde aquel día (7 de mayo) trabajo con más fuerza que antes de estar enferma, y puedo llevar bastante peso colgado de la mano; en fin, estoy perfectamente curada, y, gracias al mártir, puedo ganarme el pan con mi sudor y trabajo.

No sólo en esto me ha favorecido este santo religioso, pues me ha hecho tambien otras gracias Es muy grande la devoción que me inspira este P. Y para que conste el poder que el Señor le ha dado, me complazco en referir lo que en mí ha sucedido, y lo firmó dando fe de ello, en San Adrián del Besós, a 22 de noviembre de 1928.—Concepción Vaqué. (Rúbrica.)"

Tenemos el certificado médico del Dr. Solá Suris, y el testimonio de Sor Jacoba Guimerá, que fue la que aplicó la estampa a la mano de la enferma.

De Nueva York escriben: "Un Padre me refirió que trataba de infundir contrición de sus pecados a una señora, pero sin resultado alguno; pues absolutamente todos sus esfuerzos se estrellaban contra la dureza de aquel corazón. Como último recurso, saca el P. una reliquia del P. Pro y se la da a la Sra. diciéndole de quién es. Casi en el mismo momento, la señora se echa a llorar y se siente movida eficazmente a dolor de sus culpas."

De Jiménez, (Chihuahua) dice una madre: "Tengo

un hijo el cual hace muchos años ha estado entregado al vicio de la embriaguez, siendo el escándalo de la sociedad, y de sus padres y esposa, y por el mismo vicio fue destituido del empleo que tenía en el ferrocarril.

Al saber las gracias que N. S. estaba concediendo por intercesión del P. Pro, de todo corazón le pedí la conversión de mi hijo, y al poco tiempo comenzó a dejar el vicio, y hoy hace ya casi un año que no ha vuelto a tomar, y además ha conseguido volver a su antiguo empleo el que no había esperanzas de conseguir..."

"Cierto día noté, escriben de Zacatecas, que de un alhajero que está dentro de mi ropero faltaban varias alhajas, encomendé mi aflicción al glorioso mártir P. Miguel Agustín Pro, ofreciéndole publicar su milagro si parecían los objetos robados; pocos días después, se me presentaba espontáneamente el ladrón ,implorando mi perdón y devolviéndome los objetos robados, y aun otros más que yo no había advertido que me faltaban".

"Un marido que había abandonado casa y esposa, un día al llegar a la casa, vió una fotografía del P. Pro, y en lugar de comenzar con insultos, según costumbre, tomó la fotografía, la miró largo rato, y dijo: "¡Cómo me gusta este padrecito!" A los tres días cayó muy enfermo, pidió confesión y se preparó muy bien para morir, pero N. S. le dió la salud. Hizo ejercicios, y ha seguido una vida cris-

tiana; su esposa no se cansa de bendecir al P. Pro".

Laura Noiseux, desde Canadá escribe al P. Dragón S. J., autor de la Vida del P. Pro escrita en francés: Habiéndome hecho una herida en el dedo índice de la mano derecha, por descuido mío se me inoculó la herida y se me envenenó la sangre. Mas luego, poniendo el dedo enfermo sobre una imagen del P. Pro, hice la siguiente oración: "Buen Padre Pro, pedid a la Sma. Virgen me alcance la curación de mi dedo." Al punto cesaron los dolores y ahora estoy perfectamente curada."

A una señora de Celaya, Gto., se le formó un grande y doloroso absceso en un pecho. Los doctores opinaban que era necesaria una operación. Se encomendó al P. Pro y se le disolvió el tumor en dos días, sin operación ninguna.

Una niñita de ocho meses sufrió una fuerte caída, a consecuencia de la cual quedó con convulsiones y un estertor como de muerte; invocó la madre al P. Pro, y al cabo de unos minutos, la niña volvió a la salud, y hasta la fecha no ha sufrido resultados del golpe.

A un niño de nueve meses de edad, enfermo de infección intestinal, se le declaró meningitis, y los médicos lo dieron por desahuciado, tanto por lo grave del carácter de la enfermedad, como por la tierna edad en que tenía que pasarla; púsole su abuela una reliquia del P. Pro, prometió visitar su sepulcro y rezar un novenario de rosarios; en la tarde

del mismo día, el niño estaba fuera de peligro. (Año de 1928).

El testimonio anterior es jurado así como el siguiente: "Encontrándose Luz Aranda al servicio de la familia Reider y teniendo a su cuidado al hijito de los señores, que tiene como dos años y medio de edad, por descuido dejó que el niño jugase con una tabla, con la cual se hizo una herida como de dos centímetros de largo y bastante profundidad; asustada y llena de temor por el regaño que le darían sus amos, invocó llena de fe al P. Pro, al mismo tiempo que aplicaba un poco de algodón mojado en agua común y corriente; al día siguiente estaba la herida completamente cerrada, sin haber usado más medicamento."

"Estados Unidos de América.—Estado de Louisiana.—Parroquia de Iberville.—Sépase, que ante mí, Jules A. Carville, Notario Público, debidamente comisionado y habilitado, en y por el dicho Estado de Lousiana y Parroquia de Iberville, vino y compareció personalmente: Mrs. Mary Magdalene Dupuy, esposa del Dr. William L. Grace, residente en la dicha Parroquia y Estado y a quien conozco por mí mismo como la persona que hizo esta atestación, y que después de haber sido debidamente juramentada por mi, depuso y dijo bajo juramento: "Caí enferma la noche del 23 de septiembre de 1929, con violentos dolores y náuseas que continuaron cinco días y produjeron una terrible inflamación desde el pecho hasta la parte inferior de las vísceras. Ya

había sufrido anteriormente dos pequeños ataques, y el dolor e inflamación se encontraban del mismo modo en la parte superior del abdomen, aparentemente desde el estómago. Estos dos ataques ocurrieron a intervalos diversos, el primero unos dos años antes del 23 de septiembre de 1928. Al tiempo de este tercer ataque me dí cuenta de que se había formado una hinchazón al lado derecho de la parte superior del abdomen, pero aunque sufría algunas veces a consecuencia de esto, no creí entonces que se tratara de ninguna afección grave, pero el último ataque que padecí el 23 de septiembre de 1928 fué intolerable. Mi esposo, que es médico, empezó a atenderme; más empeorando mi estado llamó al Dr. Adrián A. Landry, ambos me examinaron y obtuvieron radiografías de mi estómago, sacadas por el Dr. W. E. Barker, Jr. Estas radiografías mostraban una masa o tumor que podía observarse claramente, y que con facilidad se percibía también al verificarse el reconocimiento. No era posible comer sin violentos dolores, y perdí veinte libras de peso en dos semanas. Fui trasladada a New Orleans, a "Touro Infirmary" el 12 de octubre de 1928 y puesta al cuidado del Dr. E. D. Martín por cuatro días. Se me aplicaron entonces de nuevo los rayos X y el fluoroscopio, dando por resultado que la dicha protuberancia fue considerada como un tumor. El Dr. E. D. Martín abrió mi abdómen el 16 de octubre de 1928 en presencia del Dr. Ike Lehman, y ambos me examinaron juntamente con sus asis-

tentes a fin de comprobar si la afección era un tumor y si había esperanza de remedio. Su diagnóstico fué que tenía un cáncer en la extremidad del páncreas, y me vieron en tal estado que me cosieron de nuevo el abdomen sin proceder a ninguna otra operación. Enterada de mi estado, me recomendaron los PP. R. M. Brooks, S. J. y Wallace A. Burke, S. J. que orase e hiciese una novena al P. Pro, el jesuíta mártir de México. El P. Brooks me llevó una reliquia del P. Pro: era un fragmento del sweater que llevaba al ser ejecutado, y estaba teñido con su sangre. Hice la novena y cada día aplicaba esta reliquia a mi estómago al encomendarme a la intercesión del P. Pro. El séptimo día después de la operación me condujeron a casa. Todos los médicos y cirujanos que me habían visto y habían entendido en mi caso, incluso los Dres. Martín y Lehman que habían abierto y examinado mi abdomen, aseguraban que no viviría yo sino una semana. El último día de la primera novena experimenté una impresión y sensación particular en la parte superior del abdomen. Dejé entonces todas las medicinas porque desde aquel momento no volví a sentir la presencia del tumor canceroso. Cuatro semanas después de mi regreso a casa fuí a ver a los mismos doctores que me habían atendido y examinado, y en el nuevo reconocimiento que entonces hicieron no pudieron ya encontrar aquella extraña hinchazón que tenía antes cerca del estómago.

Nuevas radiografías sacadas entonces no mostraban ya vestigio alguno del tumor o cáncer. Ya ha transcurrido más de un año desde mi enfermedad y operación... Me siento bien y peso ahora ciento cincuenta y cuatro libras. Seguramente el P. Pro me ha ayudado... —Habiendo escrito esto yo, el dicho Notario Público, dictándolo la dicha Mrs. W. L. Grace, fue jurado por ella ante mí, en mi oficina en la ciudad de Plaquemine, Parroquia de Iberville, Louisiana, hoy, 8 de febrero, A. D. 1930; en fe de lo cual es firmada esta atestación por la dicha deponente ante mí, el dicho Notario Público, todo presenciado y escuchado por los competentes testigos que abajo firman, residentes en la dicha Parroquia y Estado, los cuales también suscriben sus nombres después de leído esto íntegramente.—Testigos: Marion Bourjois, Rebeca Applebaum, Mrs. W. L. Grace. Jules A. Carville, Notario Público, Parroquia de Iberville, La. Rúbricas. Un sello con esta inscripción: "Jules A. Carville, Notary Public. Parish of Iberville, State of Lousiana."

Los tres favores siguientes, últimos que vamos a publicar, tienen sus correspondientes certificados médicos. El primero nos lo cuenta la Srita. Eugenia González Lafón, de esta manera: "El viernes 16 de diciembre (1927) a eso de las diez u once de la mañana, la Srita. Catarina Morales, que está a mi servicio se me presentó diciéndome que lavando ropa se le había enterrado una aguja de coser y que

más de la mitad se le había quedado dentro." (El Dr. dice que, efectivamente, había un cuerpo extraño en la eminencia Thenar que parecía ser aguja y ocupaba los planos profundos, debajo de la aponeurosis de esa región)" Yo no pensé en otra cosa, continúa la Srita. Lafón, que en mandarla cuanto antes con el médico para que se la extrajera, y así lo hice. A eso de las doce del día volvió Catarina de casa del Doctor diciéndome que éste, después de examinarla, le había dicho que para extraerle la aguja necesitaba abrirle la mano, y que la había citado para las tres de la tarde... En el apuro que me causó la idea de que iban a abrirle la mano a Catarina, me vino la inspiración de invocar al P. Pro, y, delante de la misma Catarina y de la Srita. Gracia Esqueda que me acompañaba, dije en alta voz: "Vamos a invocar al P. Pro, y le prometo que si de aquí a las tres de la tarde la aguja sale sola, le pido el certificado al Dr., y lo mando a México". (Nos hincamos, y después de un Padrenuestro y Avemaría, repetí tres veces: Señor, por intercesión de tu Siervo, el P. Pro, te pedimos la gracia que solicitamos"; enseguida me volví a la Sma. Virgen y le rogué me alcanzara que el P. Pro nos hiciera la gracia. Mandé a Catarina a rezar, y no teniendo otra cosa del Padre, le dije que se pasara por la mano el grabado del "Universal" que representa al P. con los brazos en cruz, dispuesto a recibir la descarga que acabó con su vida... Como a las dos y

media de la tarde, en los momentos en que me disponía para acompañar a Catarina a casa del Doctor, se me presenta ésta con el pedazo de aguja en la mano diciéndome que derrepente le había aparecido entre los dedos... Inmediatamente me acabé de alistar y fuimos las dos, Catarina y yo, a ver al Doctor; le referí lo que nos había pasado y le pedí el certificado; de muy buena voluntad se prestó a dármelo y en cumplimiento de mi promesa lo envío hoy adjunto a esta relación..." De Querétaro, 26 de diciembre de 1927.

Al margen: Dr. Luis de los Cobos.—Ave. Pino Suárez, 63.

"El Médico Cirujano que suscribe, legalmente autorizado para ejercer la profesión, certifica que: el mes de noviembre de 1926 fue llamado a ver a la Srita. María Teófila Mendoza, la que hacía 24 horas que se había caído de una altura aproximadamente de dos metros y medio, yendo a dar al suelo de espaldas en el dintel de una de las puertas. Procedí a hacer un examen clínico de la lesionada y encontré que tenía una fractura de las apófisis espinosas de la primera y segunda vértebra lumbar y probable luxación de dichas vértebras, una con otra. El tratamiento consistía en inmovilizar la columna, para lo cual propuse poner un corset de yeso previa radiografía, mas ni una ni otra cosa se hizo por falta de recursos; sin embargo, permaneció en cama y en decúbito dorsal hasta el mes de marzo de

1927; después de ese tiempo pudo levantarse y empezar a dar unos pasos.. En el mes de mayo de ese mismo año, me volvieron a llamar encontrando a la enferma casi en las mismas condiciones; como no era posible ni poner el corset, ni sacar la radiografía, me limité a prescribir unas inyecciones de Hemo-Cito-Serum y unas Obleas de Adrecal; la enferma se seguía levantando pero con mucha dificultad a causa de los dolores del lugar lesionado. En el mes de enero del año actual se sintió la enferma muy delicada; como me volvieran a llamar, hice otro examen clínico encontrando aún móviles las apófisis espinosas de la primera y segunda vértebras lumbares, como volví a insistir en la radiografía y el corset de yeso no me volvieron a avisar sino hasta el día cinco de mayo del año actual (1928), en que habiendo efectuado otro examen, encontré la lesión aparentemente curada, y digo aparentemente porque sólo la radiografía puede mostrar si efectivamente la lesión está cicatrizada.

Preguntando a la Srita. cuál ha sido su tratamiento, dice: que no pudiendo hacer ningún movimiento sino con muchos dolores y estando por lo tanto imposibilitada para hacer algún trabajo, le llevaron una reliquia del R. P. Pro, S. J. y habiéndosela puesto en el lugar del dolor, a otro día se sintió muy mejorada, y al siguiente había desaparecido toda molestia; actualmente, y a partir de esa fecha puede efectuar toda clase de movimientos y

El Sepulcro Tres Años Después de su Muerte.

trabajos como efectivamente me lo mostró.—México, 11 de mayo de 1928.—(Firma) Dr. L. de los Cobos.—(Rúbrica)."

La ex-enferma completa así las noticias que el médico nos ha dado:

"El 28 de enero de 1928, si mal no recuerdo, una señora conocida me trajo una reliquia del P. Pro que me apliqué inmediatamente en la parte dolorida; en seguida sentí ciertamente menos dolores y como si la dolencia se me retirase de la parte afectada; al día siguiente me sentí mejor y al otro día me levanté y comencé a trabajar como si no hubiese estado enferma, pues de entonces a la fecha hay días

que trabajo cuatro horas en máquina de coser, he fregado pisos, subo y bajo escaleras y trabajo en las demás cosas de casa; el pequeño dolor que me quedaba desapareció por completo el día diez y ocho de mayo actual, mil novecientos veintiocho."

Terminemos esta enumeración, larga en sí y tal vez algo pesada, pero muy corta, cortísima, en comparación de lo que podría escribirse en esta materia, con la relación de uno de los favores más antiguos que parece haber hecho el P. Pro, y que está garantizado por varios certificados médicos: Tomamos el del Dr. Luis G. Vázquez: "El día 17 de julio de 1927, se presentó en mi consultorio la Srita. Joaquina Delgado Riestra, solicitando le hiciera un reconocimiento, pues hacía poco había notádose un tumor en el seno izquierdo.

Examiné a la enferma, encontrando efectivamente dos núcleos en dicho seno, uno mayor, externo, duro y doloroso a la palpación, y uno menor, el interno, de consistencia renitente. No había repercusión ganglionar.

Indiqué a la Srita. que había necesidad de ser operada, pues tratándose de tumores de esa región, fueran benignos o malignos, no había más recurso que la intervención. A grandes rasgos le indiqué en qué consistía aquella, y ante sus lágrimas y negativa le propuse una intervención parcial, enucleación de las partes enfermas, para mandarlas analizar: si dicho examen revelaba la naturaleza maligna del

tumor, había que proceder a practicarle la operación propuesta; si el análisis indicaba que el tumor era benigno, con la enucleación quedaba ya operada. No aceptó tampoco, y ante su insistencia para emplear otros medios quirúrgicos, le aconsejé consultara con el Sr. Dr. Dn. Gustavo Peter para que, si lo juzgaba conveniente, la tratara por medio de los rayos X.

Dos meses después de la última aplicación de dichos rayos por el mencionado facultativo, regresó, por indicación del mismo, a verme, y encontré que el tumor externo había tomado un gran desarrollo, adhiriéndose a los planos profundos y alterando característicamente la piel, al mismo tiempo que proporcionando a la enferma grandes dolores irradiados a la espalda del propio lado. Dije entonces a la enferma que su tumor era maligno y de evolución tan rápida que no pensara más tiempo en la operación, sino que se decidiera inmediatamente para, si era posible, operarse al siguiente día.

Por razones económicas no se pudo arreglar dicha intervención, y para subsanarlas le escribí una tarjetita al Sr. Dr. Rafael Reygadas para que fuera internada en el Sanatorio de las Damas de Francia, en donde con un gasto pequeño podía ser operada.

A fines de noviembre o principios de diciembre, la Srita. Directora del Colegio Teresiano de Mixcoac me indicó que la enferma había resuelto ser operada por mí; supliqué a dicha señorita me hiciera favor de decir a la enferma que yo ya no la

operaba, porque en vista del rápido desarrollo del tumor y de su carácter francamente maligno, estaría tan avanzado que no quería exponerme a un fracaso. Dos o tres días después se presentó nuevamente la enferma solicitando la reconociera, quedando verdaderamente sorprendido de encontrar apenas una ligera infiltración dura en el sitio de la lesión. Le prescribí unas inyecciones de Nalalgine, pues quejábase todavía del dolor en la espalda, rogándole volviera al terminarlas.

El 26 del mismo diciembre volvió la enferma a la que, tras cuidadoso examen, le expedí el certificado médico respectivo en el que indico que "la señorita está en este momento sana y no presenta huella alguna de su antigua lesión".

Esta suscinta relación de los hechos estoy dispuesto a ratificarla bajo juramento ante la Autoridad Eclesiástica respectiva.

En la última entrevista pregunté a la enferma cuál había sido la opinión del Sr. Dr. Reygadas, contestando que no lo había consultado, pero lo hizo con los doctores Gutiérrez y Eguiluz, los que opinaban porque se operara, pues era la única manera de salvarse. "En el siglo XX, dijo uno de ellos, no se hacen milagros ni se cree en ellos."

Al preguntarle, sorprendido de su curación, cómo se había aliviado, me contestó: "Me encomendé al M. R. P. Pro y me apliqué una reliquia suya, eso es todo".—México, Enero 17 de 1928.—L. G. Vázquez.—(Rúbrica).

A. M. D. G.

060.97
P 94G
33142
GARCES OBREGON, EUGENIO
AUTHOR
Vida del P. Miguel Augustin Pro
TITLE

DATE LOANED	BORROWER'S NAME
	O'Brien
NOV 20	Prud't.
	STORAGE - COSA

33142